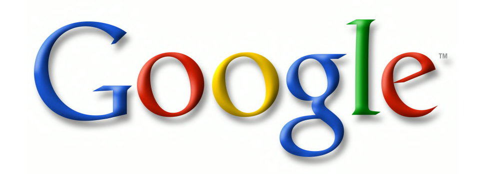
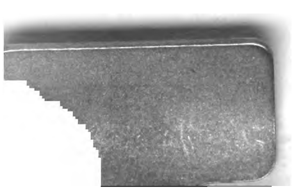







Ex-
Libris
Biblioteca
Central
de la
Diputación
Provincial
de
Barcelona



BIBLIOTECA POLITICA.

EL PRINCIPE

DE

MAQUIAVELO,

PRECEDIDO DE LA BIOGRAFIA DEL AUTOR

Y SEGUIDO DEL

ANTI-MAQUIAVELO

O EXÁMEN DEL PRÍNCIPE,

POR

FEDERICO, EL GRANDE,

rey de Prusia,

CON UN PREFACIO DE VOLTAIRE,

y varias cartas de este hombre ilustre al primer editor de este libro,

no publicado hasta ahora

EN ESPAÑA.

MADRID:

IMPRENTA DE D. JOSE TRUJILLO, HIJO,

plaza de los Ministerios, 3.

1854.

BIOGRAFIA DE MAQUIAVELO.*

El célebre publicista Nicolas Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 de una familia cuyo oríjen se remontaba a los antiguos marqueses de Toscana y particularmente al marqués Hugo, que vivía por el año 850. Los Maquiavelos eran señores de Monte-Sportoli; mas, prefiriendo el derecho de ciudadanos de Venecia, a la conservacion inútil de unas prerogativas que la república naciente les disputaba todos los dias, se sometieron a sus leyes para alcanzar empleos en la alta majistratura. Esta familia fué una de las del partido Güelfo, que abandonaron a Florencia en 1260 después de la derrota de Monte-Aperti. Mas tarde, vuelta a su patria, dió trece gonfalonieros de justicia y cincuenta y tres priores, dignidades entonces consideradas como las mas importantes de la república.

El padre de Maquiavelo era jurisconsulto, y el estado de su fortuna no muy lisonjero. Su madre amaba la poesía y hacía versos con facilidad.

Dícese que en 1494 se puso bajo la direccion del sabio Marcello di Virjilio, profesor de literatura griega y latina y traductor de Dioscorides, y otros aseguran que fué su amanuense. Cinco años después, cuando apenas

* Está tomada casi literalmente del gran diccionario biográfico publicado por Michaud.



tenía 29, fué preferido entre cuatro opositores para la plaza de canciller de la segunda cancillería *de signori*. Muy luego fué nombrado secretario del *Oficio de los Diez majistrados de libertad y paz*, que constituia el gobierno de la república, y estuvo desempeñando este destino catorce años y cinco meses, hasta el advenimiento de la dinastía de los Médicis, que lo destituyó. Su ocupacion ordinaria en este empleo era la correspondencia oficial que exijía la política esterior e interior, la redaccion de las actas de las sesiones y la de los tratados internacionales. Pero como el gobierno florentino conoció luego los talentos de Maquiavelo, no tardó en estender sus atribuciones, encargándole sucesivamente de veinte y tres legaciones estranjeras y frecuentes comisiones cerca de las ciudades dependientes de la república. Las mas notables fueron las de Roma, Jénova y Francia. En 1511 tuvo la cuarta legacion en Paris cerca de Luis XII; y, si no pudo asegurar la independencia de su patria, nadie puede negarle la gloria de haber trabajado en esta noble empresa con todo el poder de su jenio y sus relaciones. Atemorizado por los males que amenazaban a su pais, y reconociendo que uno de los mayores embarazos de las circunstancias era la supuesta necesidad de confiar la seguridad del Estado a manos mercenarias, que inspiraban miedo mas que seguridad, imajinó sustituir a las tropas venales con milicias sacadas del seno de la nacion, medida entonces nueva y atrevida, que aconsejó y ejecutó por sí mismo.

Pero el furor de los partidos estaba en grande efervescencia; el papa y el emperador querían restablecer a los Médicis, y el momento era favorable. Florencia se veía gobernada por el gonfaloniero Soderini, hombre presuntuoso y sin convicciones, que se había unido obstinadamente a la Francia, sin conocer que esta potencia no podría favorecerle. Maquiavelo decía, haciendo alusion a esta política: «La buena fortuna de la Francia nos ha costado la mitad de la nacion, y su mala fortuna nos hará perder la libertad.» La prediccion no tardó en realizarse; pues así que las armas francesas perdieron su superioridad en Italia, todas las tempestades se desataron sobre Florencia, que abrió al fin sus puertas a los Médicis. Esta revolucion produjo la ruina del gonfaloniero y causó tambien la caida del secretario. El nuevo *señoría* lanzó contra él dos decretos: el primero, *deponiéndole*, *privando y despojándole de sus oficios de secretario de la cancillería de los Diez majistrados de libertad y paz;* y el segundo, desterrándole por un año de la ciudad de Florencia, sin salir de su territorio, bajo pena de la indignacion del señoría. Verdad es que este rigor se mitigó luego, permitiéndole entrar en el palacio del señoría en diferentes ocasiones; por lo que llegó a sospecharse que andaba en tratos con los Médicis, y que no estaba completamente alejado del nuevo gobierno.

Sea de esto lo que quiera, no tardó en correr graves peligros por haber sido acusado de complicidad en la conspiracion formada por Capponi y Boscoli contra el cardenal de Médicis, después Leon X. Fué preso, y se le aplicó el tormento, con cuyo motivo decía él mismo: «He estado próximo a perder la vida, que solo Dios y mi inocencia han salvado.» Esta persecucion duró hasta el advenimiento de Leon X, que le comprendió en una amnistía. Durante su encierro, buscó el alivio de su suerte en el estudio y las letras, siendo entonces cuando escribió sus obras mas conocidas: ***El Príncipe***, los

Discorsi dell Arte della guerra, las *historias* y las *comedias*, que son consideradas como uno de los principales monumentos de la literatura moderna. Leon X hizo mas, pues a la muerte de Lorenzo de Médicis llamó a Maquiavelo, y le consultó sobre los medios de reformar la administracion; en 1521 le confió una mision cerca de los frailes menores de Carpi; en seguida recibió órden de fortificar de nuevo la ciudad, y de tratar varios asuntos con Francisco Guicciardini, gobernador en la Romanía; y después fué empleado en el ejército de la Liga contra Carlos V, que fué la última ocupacion notable de su vida.

Vuelto a Florencia a fines de mayo de 1527, quiso tomar un medicamento en que tenía gran confianza para sus dolencias del estómago; y bien pronto, sorprendido por violentos cólicos, espiró (el 22 de Junio) a la edad de 58 años, después de haber recibido los socorros espirituales.

Fué enterrado en la iglesia de Sta. Cruz, en el panteon de su familia, donde reposó mas de dos siglos sin distincion alguna, hasta que lord Nassau Clavering, conde de Cowper, removiendo sus frias cenizas y protejiendo la ereccion de un monumento, enseñó a Florencia que tenía la gloria de haber producido un hombre de que se habría gloriado la sabia Grecia y la política Roma. Este monumento, colocado en la iglesia de Sta. Cruz, es obra de Inocente Spinazzi y lleva esta inscripcion: TANTO NOMINI NULLUM PAR ELOGIUM, NICOLAUS MACCHIAVELLI OBIIT. A. P. V. MDXXVII. Una figura representando a la vez la Política y la Historia, con los atributos de las dos ciencias, tiene en la mano derecha un bajo relieve con el busto de Maquiavelo.

Era de una estatura regular, color algo verdoso, y fisonomía espresiva, que anunciaba la fuerza de su espíritu. En la conversacion era gracioso y sencillo, y en la réplica pronto y picante. Hablando un dia con Claudio Tolomeo le dijo este: «En Florencia son los hombres menos ilustrados que en Siena, escepto vos;» y Maquiavelo le respondió: «En Siena los hombres son mas necios, sin esceptuaros a vos.» Haciéndole notar un dia que había enseñado a los príncipes a ser tiranos, respondió: «Yo he enseñado a los príncipes a ser tiranos, pero tambien he enseñado al pueblo a destruir los tiranos.»

Muchos escritos del secretario florentino son mirados como producciones estimables de un talento superior, y otros son considerados como perniciosos y llenos de abominables doctrinas. En el número de estos últimos se cuentan *Il modo tenuto da Valentino*, etc., apolojía del duque de Valentino, cuando hizo asesinar a Vitellazo-Vitelli, el tratado del *Príncipe* y algunas opiniones sembradas en los *Discursos sobre Tito Livio*. Los *siete libros de la guerra* suponen en Maquiavelo un estudio profundo de la ciencia militar, que un escritor italiano encuentra, no solamente maravilloso en un hombre dedicado a las ocupaciones civiles, sinó estraordinario en un viejo jeneral. Segun el autor del prefacio de la edicion de 1813, Maquiavelo había adquirido este profundo conocimiento meditando sobre las operaciones de los antiguos romanos, que, sin contradiccion, son mirados como los primeros maestros del arte. Federico II puso en práctica algunos de sus preceptos, y en Francia hay una obra titulada: *Instruccion sobre materias de guerra, estractada de los libros de Polivio, Frontin, Vegecio, Maquiavelo y muchos otros buenos autores*, Paris, 1553. Los *Discursos sobre Tito Livio*, escritos en 1516, en la época de su desgracia, encierran un estudio profundo

de este célebre historiador y de Tácito, pudiendo decirse que aprendió con este a leer y esplicar a Tito Livio. La *Storie fiorentine*, en que el autor describe además los acontecimientos que destruyeron el imperio romano, es una composicion admirable, que da a Maquiavelo un lugar entre los grandes historiadores, de tanto mas valor, cuanto los mismos antiguos nada habían dejado para modelo en este jénero. Bossuet la colmaba de elojios. El carácter del estilo de Maquiavelo, sobre todo en la *Storie* y en la *Vida de Castruccio Castracani*, es elegante y sencillo, lleno de gracias sin artificio, agradable sin insipidez, claro sin ser difuso, y conciso sin oscuridad y sin pretensiones de misterioso.

Aun cuando la celebridad de Maquiavelo sea como político, tambien tiene derecho a un puesto honroso entre los autores dramáticos. *La Mandragola*, segun Voltaire, le coloca sobre Aristófanes. Compuso además la *Clicia*, la *Máscara*, el *Andria*, etc., la graciosa novela de *Belphegor* y el *Asino d' oro* e *I Capitoli*, que recuerdan el estilo de Dante. Leyéndolas, es apenas concebible como un hombre tan profundamente versado en los cálculos políticos, ha podido entretenerse, y con tanto brillo, con las musas, adquiriendo laureles en el jénero épico y en el lírico.

Pero la obra de Maquiavelo que mas ha escitado la atencion universal es el tratado del *Príncipe*, reimpreso varias vezes en todos los idiomas europeos. Jamás libro alguno fué mas combatido, ni dió márjen a mas opuestos pareceres: unos vieron en él un código de la tiranía, mientras otros supusieron que habia sido inspirado por el deseo de hacerla mas odiosa. Rousseau, que es de esta opinion, llega a decir en su *Contrato social* que «*El Príncipe* es el libro de los republicanos.» Voltaire, por el contrario, se esplica así en una carta dirijida al príncipe real de Prusia (luego Federico II) el 20 de mayo de 1738: «La primera cosa de que tengo que hablaros es del modo con que juzgais a Maquiavelo. ¿Cómo no os indignaríais con su lectura como os indignais contra mí porque he elojiado el estilo de ese malvado? Los Borgias, padre e hijo, y todos los pequeños príncipes que tenían necesidad de crímenes y de sangre para elevarse, pudieron estudiar esa política infernal; pero es propio de un príncipe como vos detestarla con todos vuestros sentidos. Ese arte, que debe colocarse al lado del de los Locustos y Brinvillers, ha podido dar a algunos príncipes una soberanía pasajera como la herencia que debe procurarse con el veneno; pero nunca ha podido hacer grandes hombres, ni hombres dichosos. ¿Sabeis a donde puede llegarse con esa política desastrosa? A la perdicion de todos y a la perdicion propia. Decid si puede ser ese el catecismo de vuestra bella alma.» El príncipe contestó a este homenaje lisonjero, con algunas frases eminentemente francesas y las mas apropósito para escitar la mas viva satisfaccion en el corazon de Voltaire: «Lo que he meditado contra el maquiavelismo es precisamente una continuacion de la *Henriada*. Sobre los grandes sentimientos de Enrique IV he forjado el rayo, que aniquilará a César Borgia.» En efecto el jóven Federico escribió un libro, sobre el cual le decía Voltaire el 27 de diciembre: «Habeis escrito un libro digno de un príncipe, y yo no dudo que una edicion del Maquiavelo con ese contraveneno al fin de cada capítulo, será uno de los mas preciosos monumentos literarios. El *Anti-Maquiavelo* debería ser el catecismo de los reyes y de los ministros.» No seguiremos haciendo mencion

de la infinidad de críticas y de apolojías, de acusaciones y de elojios que se han prodigado en todos los idiomas a Maquiavelo; limitándonos a presentar un juicio difícil de refutar. Este juicio es del mismo secretario florentino: después de concluir su tratado del *Príncipe*, escribía a su amigo Francisco Vettori una carta, que se encuentra en la biblioteca Barberini de Roma, y que trasladamos íntegra a continuacion, copiada del mismo manuscrito orijinal, porque, valiéndonos de la frase de Buffon, *la carta es Maquiavelo mismo*: «Magnífico señor: *las gracias divinas no fueron jamás tardías* (1). Digo esto, porque me parecía estar, sinó olvidado, al menos, apartado de vuestra amistad. Mucho tiempo habeis guardado silencio, y he procurado adivinar la causa, sin poderla encontrar en las razones que se me ofrecían; solamente imajinaba que los deseos de escribirme habían desaparecido de vos, sin duda porque no me creíais fiel depositario de vuestras cartas, que solo han visto con mi consentimiento Felipe y Pedro. Vuestra carta del 23 me ha consolado, y estoy lleno de placer viendo con que órden y con que calma ejerceis vuestra dignidad. Yo os ruego continueis así, porque el abandonar sus placeres por los ajenos, pierde los suyos sin disfrutar nada con los de otros, y puesto que la fortuna quiere hacerlo todo, debe dejársela obrar tranquilamente y sin fatigarla, esperando solamente el dia en que deje algo que hacer a los hombres. Entonces tendreis mas cuidados, tendreis que dedicaros a los negocios, y yo saldré de mi retiro para deciros: *¿quereis mis servicios?* Yo no puedo, sin embargo, deciros en esta carta sinó cual es mi vida, y si juzgais que puede cambiarse con la vuestra, estaré contento con ella. Yo me estoy en este retiro, desde los últimos acontecimientos, habiéndolo abandonado solamente para ir a Florencia el 20 de junio. Me levanto con el dia, visito mis gallinas, y después me marcho con mis libros bajo el brazo, semejando a Geta (2) cuando vuelve con los libros de Amfitrion. Me voy a un bosque que he comprado, y paso las horas con los trabajadores, que siempre tienen pendiente alguna disputa, bien entre ellos, bien con los vecinos. Mucho podría deciros sobre este bosque, pues me han sucedido sobre él mil cosas con Frosino de Panzano y con otros que lo querían. Frosino, por ejemplo, me ha cojido una porcion de madera, sin decirme una palabra, para el pago, segun dice, de diez libras que le debo y que me ganó en casa de Antonio Guicciardini jugando a la *cricca* (3). Comenzé a darme al diablo, y quise acusar de ladron al pilluelo que me había mandado; pero Juan Maquiavelo ha mediado, y nos ha puesto en paz. Mientras soplaba esta tramontana Bautista Guicciardini, Felipe Ginori, Tomás del Bene y otros, me han pedido tambien su parte, de modo que llegará dia en que tenga que decir *Ya no tengo bosque*. Cuando salgo de él, me dirijo a la fuente con el libro que llevo, que suele ser el Dante, Petrarca o alguno de los mas célebres poetas; leo sus amores y sus apasionadas ternuras, recuerdo los mios, y me complazco algun tiempo con los pensamientos que me sujieren. Vuelvo en seguida al pueblo, y me voy á la posada, donde hablo con todos, y les pido noticias de su pais; oigo diferentes cosas, y encuentro diferentes gustos y diversas imajinaciones. Cuando llega la hora de comer lo hago con mi brigada, segun mi pobre campo

(1) Petrarca: *Triunfo de la Divinidad*, verso 13.
Ma tarde non fur' mai gracie divine.
(2) Personaje de una comedia de Terencio.
(3) Juego de naipes parecido a la *treinta y una* española.

y mi escaso patrimonio me lo permiten. Después de haber comido, vuelvo a la posada, donde encuentro al mesonero, al buhonero, un molinero y dos albañiles, con los cuales me *encanallo* jugando a la *cricca* y al *trictrac*, de donde nacen mil disputas y quimeras, acompañadas de palabras injuriosas, cuyo asunto suele ser un ochavo, y por el cual nos oye gritar todo San Casiano. Metido en tal villanía, impido a mi cerebro que se envanezca, y escito la malignidad de la fortuna, satisfecho de que me haya colocado tan abajo para ver si se avergüenza de verme así. Llegada la noche, me vuelvo a mi casa y entro en mi gabinete; a la puerta me despojo de este vestido de paisano lleno de barro o de polvo, y equipado con traje limpio y de etiqueta, me acerco a los círculos de los hombres antiguos. Acojido por ellos con amor, me lleno de este alimento, el único que me conviene y para el que he nacido; no temo conversar con ellos y pedirles razon de sus acciones, y ellos llenos de humanidad me contestan. Durante cuatro horas no siento, olvido todas las penas, me separo de la pobreza, y ni aun me espanta la muerte; me adhiero a ellos completamente, y como Dante dice que *no se tendrá ciencia si no se retiene lo que se haya oido*, yo he notado que tenía un capital en sus conversaciones, y he compuesto una obra sobre los principados, estendiéndome lo mas que he podido por el profundo conocimiento que he adquirido del asunto. Examino lo que es un principado, en qué consiste, y sus especies; como se adquieren, como se conservan y como se pierden. Si alguna vez os han agradado mis caprichos, este seguramente no os desagradará: debe ser grato a un príncipe, y sobre todo a un príncipe nuevo. Por eso lo he dedicado a la magnificencia de Julian. Felipe Casavecchia ha visto mi tratado, y podrá instruiros detalladamente de lo que es y de las discusiones que con él he tenido y segun las que, como siempre, he hecho algunas correcciones. Vos deseais, magnífico embajador, que yo deje mi vida actual para gozar la vuestra: de buena gana lo haría; mas me retienen, sin embargo, ciertos asuntos que no podré terminar hasta dentro de seis semanas. Lo único que me tiene indeciso es que tendré que hablar a Soderini; y sentiría que, en lugar de volver a mi casa, me hicieran descender a una prision, porque, sin embargo de que el Estado tiene sólidos fundamentos, es nuevo y por consiguiente movedizo, y nunca faltará algun intrigante que, por conseguir un buen escote, me haga pagar a mí. Os ruego me libreis de este temor, y de cualquier manera yo iré a veros en el tiempo dicho. He hablado con Felipe acerca de mi opúsculo *(el Príncipe)* y le he preguntado si le parecía bien que lo diese a luz o que no lo diese, y en caso de darlo, si convendría mejor que yo lo llevase o que os lo mandase. El dejarlo de publicar me hacía pensar naturalmente que Julian no lo leería, y que Ardinghelli se honraría con este último de mis trabajos. La necesidad es lo que me obliga a darlo, porque me arruino, y no puedo estar así mucho tiempo sin que la pobreza se me haga insoportable. Yo desearía que esos señores Médicis empezasen a emplearme, aun cuando fuera en hacer rodar una piedra; y si no alcanzase su benevolencia, me quejaría de mí mismo. Por esta produccion, si fuera elojiada, se vería que durante quince años que he pasado estudiando el arte de gobernar, no he perdido el tiempo en dormir y divertirme, y todos pagarían por adquirir la esperiencia a costa del prójimo. No deberían dudar de mi fé, porque, habiéndola guardado siempre, mal puedo aprender ahora a romperla. El que ha sido fiel y bueno duran-

te 43 años (esta es mi edad) no debe cambiar ya de naturaleza. Mi indijencia atestigua mi fidelidad y honradez. Yo desearía que me escribieseis sobre este punto, y me recomiendo a vos. Sed dichoso.—10 de octubre de 1513, Florencia.—NICOLÁS MAQUIAVELO.»

Esta carta no necesita comentarios ni esplicacion. En ella pinta Maquiavelo el estado de su alma, su despecho, su miedo a la miseria, su vergüenza del estado mas que despreciable a que estaba reducido: el lector atento encontrará en ella la clave del *Prìncipe*. Los literatos italianos no juzgan esta obra sin citar su carta a Vetori. Puede consultarse acerca de este punto y sobre otros importantes la escelente disertacion del caballero Baldelli. Tampoco debe olvidarse que el *Prìncipe* fué impreso con un privilejio del papa Clemente VII, dado el 20 de agosto de 1531. En fin, en la dedicatoria de la misma obra se encuentran estas significativas palabras: «Y si al mismo tiempo os dignais bajar la vista a estas rejiones y considerar el miserable estado a que me veo reducido, conocereis, señor, cuan severa e implacable ha sido conmigo la fortuna.»

Sin embargo, no todo es igualmente reprensible en este libro; pues a menudo se hallan las máximas mas opuestas. En el artículo VII, por ejemplo, al paso que pone por modelo al abominable Borgia, le dice: «*vos no podeis llamar virtud a degollar a sus conciudadanos, vender a sus amigos, vivir sin fe, sin piedad, sin relijion: esto podrá dar un reino; pero no gloria;* y en el capítulo VIII ataca con vigor las confiscaciones.»

Pero, con todo, nosotros encontramos muy justas las observaciones que sobre la obra y su autor hace un escritor moderno. «Su vida, dice, fué por demás licenciosa y estravagante, señalándose siempre entre los amigos de la disipacion y haciendo el amor aun a una edad muy avanzada. Le escribían de Florencia: *Como no estais aqui, ya no se trata de juegos, tabernas, mujeres y demás pasatiempos.* Era, sin embargo, individuo de las hermandades mas devotas de Florencia; y con motivo de la fiesta de una de ellas, predicó una vez un sermon lacrimoso, tomando por testo el *De profundis*, y concluyó exhortando a sus oyentes a que hicieran penitencia e imitasen a San Francisco y San Jerónimo. Tal vez al acabar de predicar de esta manera iba a cantar a la reja de su querida alguna cancion lasciva. Un hombre de estas cualidades no puede ser, como algunos han querido, un republicano ardiente y severo, sinó un escritor eminente, que, como tantos otros, vendía su injenio al que mejor se lo pagaba, para poder entregarse a su vida de licencia o libertinaje.

Con la intencion sin duda de abrirse el camino de los honores y de ganarse la confianza de Julian de Médicis, fué por lo que escribió su tratado del *Principe*, destinado a indicarle por qué medios puede conservarse un poder nuevo. Su libro está lleno de una sabiduría enteramente romana, llena de egoismo y de una lójica inexorable, fundada siempre en la necesidad de conservacion. «El tirano debe tener siempre en la boca las palabras de clemencia y relijion; pero no debe inquietarse por faltar a ellas cuando lo exija su interés. Las crueldades son necesarias muchas vezes, porque el objeto de un gobierno es durar, y esto no es posible sinó con la ayuda del rigor.» Nada mas lójico ni necesario en el arte de gobernar de aquella época; pero nada mas inmoral ni vituperable a los ojos de la razon, de la humani-

1*



dad y de la filosofía, hoy que la ciencia del gobierno tiende por todas partes a establecerse sobre los principios salvadores del cristianismo: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los que han imajinado que Maquiavelo escribió su libro irónicamente, con el objeto de hacer odiosa a los pueblos la autoridad y el poder de uno solo, como hizo Sunderland con Jacobo II, o no han visto del ***Principe*** mas que el título y desconocen enteramente la historia de aquel tiempo, o han escuchado mas el sentimiento humano que la verdad de las cosas y su union. Maquiavelo no trató mas que de reasumir en máximas y observaciones el arte de gobernar de entonces. Sus máximas son pinturas fieles de la época, y fuera de que un fin humanitario y liberal estaba en contradiccion con su vida, sus amistades y carrera, le hubiera sido tambien imposible desarrollarlo en aquellos tiempos bajo la forma del ***Prìncipe***, porque nadie le hubiera comprendido. La traicion y la perfidia, la mala fe y los torpes manejos, eran medios de gobierno admitidos entonces por todos los Estados. La política no era la ciencia de los derechos; apoyábase en los hechos, en las prácticas; era el arte de dominar, con honradez o sin ella, de sostenerse a todo precio. Entre los reyes y pontífices de aquel siglo, lo mismo que en los siglos anteriores, el arte de gobernar no enseñaba mas que los medios de evitar la astucia con la astucia y un asesinato con otro. ¿Y cómo Maquiavelo, el hombre licencioso y escéptico, que ya servía a la república florentina, ya se vendía a los Médicis y los abandonaba en su desgracia para obtener empleos del nuevo gobierno; cómo el amigo de los príncipes, el compañero de mesa de los magnates, había de encerrar bajo tan vil carácter el corazon de un republicano? ¿Donde hay una sola frase de su libro en que se halle manifiesta la ironía? ¿Y porqué se ha de querer disculpar del justo y verdadero castigo que le ha impuesto la posteridad al confidente de los políticos abyectos, de los traidores a su patria, al libertino, que consideraba como el colmo de la miseria el vivir humilde y oscuro; que adula a Leon X, a Clemente VII y al incapaz Lorenzo; que, puesto en el tormento, canta las alabanzas de sus opresores, hoy los adula y mañana los insulta; y todo por una mesa espléndida y unas cuantas queridas? De todas las prostituciones ninguna mas repugnante que la del jenio que se vende a la maldad por un puñado de oro.

CARTAS SOBRE EL ANTI-MAQUIAVELO.

I.

A Mr. Van Duren, librero, en el Haya.

Bruselas, 1.° de junio de 1740.

Muy señor mio: Me ha remitido V. las poesías latinas de algunos individuos de la Academia Francesa, que a la verdad me interesan muy poco, y se ha olvidado V. de remitirme la *Química* de Stahl, que me está haciendo mucha falta. Hágame V. el obsequio de enviarmela por el mismo conducto.

Tengo en mi poder un manuscrito singular, de uno de los hombres mas distinguidos de Europa: es una especie de refutacion de Maquiavelo, capítulo por capítulo; obra llena de atrevidos pensamientos y de hechos interesantes, que avivan la curiosidad del lector en provecho del librero. Se me ha encargado que la revise y la dé a la imprenta. No tengo inconveniente en remitir a V. el manuscrito orijinal con tal que mande sacar copia y me lo devuelva; advirtiendo que tengo que añadirle un prefacio. La única condicion que impongo a V. es que ha de procurar se imprima con todo esmero, enviando después dos docenas de ejemplares, magníficamente encuadernados, a la corte de Alemania, con direccion a la persona que diré a V. en tiempo oportuno. Tambien a mi me mandará V. otras dos docenas en pasta. Quisiera además que el libro del *Príncipe* de Maquiavelo, en francés o en italiano, se imprimiese al lado de la refutacion, todo con buena letra y mucho marjen.

Acabo de saber que corren impresos tres folletos contra el *Príncipe* de Maquiavelo, con diversos títulos; bueno sería que los buscase V. y me los mandase cuanto antes. Si no se encuentran, tampoco harán mucha falta: la obra de que se trata no necesita ayuda tan insignificante.

Su atento y fino servidor.

VOLTAIRE.

II.

Bruselas, 5 de junio de 1740.

Es necesario que me dé V. una respuesta pronta y terminante. Si supiera V. de quien es el manuscrito en cuestion, me estaría V. muy particularmente agradecido, y no tardaría en aprovecharse de esta buena oportunidad: no puedo, por ahora, decir a V. mas. Si no recibo su inmediata contestacion, no estrañe V. qne sea otro librero el favorecido.

Su humilde servidor.

VOLTAIRE.

III.

Bruselas, 13 de junio de 1740.

Remito a V. por el correo lo que hay ya copiado de la refutacion de Ma-

quiavelo, y creo que es interés de V. el que se imprima sin tardanza. Le aconsejo que la tirada de los 24 ejemplares para la corte de Alemania se haga sobre el mejor papel posible y con márjenes espaciosas; y para satisfacer de una vez la curiosidad de V. le diré que habrá de remitirlos *A S. M. el Rey de Prusia, en mano propia*. Esto le valdrá a V. probablemente, además de un buen regalo, el honor de ser librero de S. M. No se olvide V. de buscar tafilete marroquí superior para la encuadernacion, que deberá llevar grabadas las armas reales. Ante todo, la edicion de lujo.

Imprima V. al lado de la refutacion el testo del libro del *Príncipe*, traducido por Amelot de la Houssaye, y mandeme V. un ejemplar de esta traduccion para tenerla presente al escribir el prólogo que se me ha encomendado. Envíeme V. tambien diez ejemplares en octavo de mis obras.

He leido con sumo gusto el primer tomo de la *Historia de Luis XIV*. ¿Cuando se publicará el 2.°? Tambien me gusta mucho la nueva edicion de Morery, aunque todavía tiene muchas erratas.

Su humilde servidor.

VOLTAIRE.

IV.

Bruselas, 15 de junio de 1740.

He recibido su última duplicada. Acúseme V. recibo del orijinal que le envié anteayer.

Hoy remito a V. hasta el capítulo 18, inclusive. Creo que debe V. estarme agradecido por haberle proporcionado tan buen negocio. No me cansaré de aconsejarle que sea espléndido en punto a la impresion de la obra, a fin de que pueda este trabajo honrar a V. tanto como honrará a su ilustre y respetable autor. La reputacion de probidad e intelijencia de que V. goza, me ha inducido a preferirle a los demás.

Recomiendo a V. la mayor actividad posible; y tan luego como se imprima el primer pliego, mándemelo V. por el correo.

Aguardo los diez ejemplares de mis obras y uno de la traduccion de Maquiavelo por Amelot.

Su humilde servidor.

VOLTAIRE.

V.

Bruselas, 19 de junio de 1740.

Recibí la suya del 12; y por su parte debe de haber recibido dos paquetes que contenían la continuacion del *Anti-Maquiavelo* hasta el capítulo 18.

Ahora le incluyo los capítulos, 19, 20 y 21. No son mas que 26, de modo que no hay que perder tiempo.

Haga V. lo posible por encontrar el *Maquiavelo*, de Amelot; y si apesar de todo no se encuentra, imprímalo V. en italiano al lado de la refutacion. El *Maquiavelo* es un libro que será eternamente leido por todos los estadistas y hombres políticos: todos estos entienden el idioma italiano, y además la reunion de dos idiomas en una sola obra será una novedad en materia de literatura. Hay una edicion italiana en tres volúmenes, que tal vez V. mismo habrá reimpreso, y que contiene las obras políticas de Maquiavelo: facilmente puede V. arrancar la parte del libro del *Príncipe* y enviármela. De todos modos, dígame V. lo que determine hacer, para que pueda yo arreglar el prólogo segun convenga. No revele V. a nadie que el prólogo ha de ser mio; así como yo tampoco revelo por ahora el nombre del autor.

Su humilde servidor. VOLTAIRE.



VI.

Bruselas, 23 de junio de 1740.

Allá van los capítulos 22 y 23; estoy aguardando con impaciencia la copia de los tres últimos. Cuanto mas leo esta obra, tanto mas me afirmo en pronosticarle un éxito inmenso y duradero, y tanto mas me felicito por contribuir en algo a su publicacion. No vacile V. en imprimir el texto italiano si no se encuentra la traduccion de Amelot. Supongo que ya habrá V. tomado sobre esto una resolucion definitiva. En el Haya podrá V. ver las armas del ilustre personaje, protector de nuestra publicacion, a quien enviará V. los 24 ejemplares consabidos; y en cuanto al modo de dirijírselos creo que será mejor enviarlos directamente a su secretario particular. Ya le escribiré a V. sobre esto. Si logra V. por este medio proveer de libros la Biblioteca Real, no será corto el servicio que habrá recibido de su humilde servidor.

VOLTAIRE.

VII.

Bruselas, 27 de junio de 1740.

Recibo en este momento la suya del 24 con el prefacio de la traduccion de Amelot, por el cual voy a escribir el que se me ha encargado. Incluyo a V. los últimos capítulos de la obra bajo dos cubiertas distintas: la una marcada **A** debió haberle sido remitida por el corsario de ayer; la que lleva la marca **B** no ha podido estar lista hasta hoy.

Puesto que al fin se halló la traduccion de Amelot, no deje V. de imprimirla al lado de la refutacion. Mi prefacio deberá ir colocado antes del de Amelot y del de Maquiavelo, y en él haré una reseña de todo lo contenido en el libro.

Hágame V. el obsequio de enviarme el primer pliego impreso.

Su humilde servidor.

VOLTAIRE.

VIII.

Bruselas, 3 de julio, en la noche,
para el correo de mañana.

Tengo que acusar a V. recibo de los diez ejemplares de mis obras, que han llegado felizmente a mis manos.

Estoy muy inquieto porque no tengo noticias de V. Por el correo del 27 debe V. haber recibido una carta de aviso y dos envoltorios que contenían los últimos capítulos del *Anti-Maquiavelo*; y hoy esperaba que me acusaría V. su recibo, y me mandaría el primer pliego impreso de la obra.

El prefacio está ya escrito; pero aguardo la venia indispensable para publicarlo. Le aconsejo a V. que trabaje con suma dilijencia, si quiere V. proveer de libros la biblioteca del ilustre personaje, que habrá de ser con el tiempo una de las mas notables de Europa.

Su humilde servidor.

VOLTAIRE.

IX.

Bruselas, 8 de julio de 1740.

Todo va bien. Dese V. prisa; pero bueno será que su corrector ponga mas cuidado en lo que hace, porque veo un error gravísimo en la página 10, donde dice: «No se oian ni se veían mas que lágrimas, etc.» Esto de oir lágrimas

es el colmo del ridículo; debe decir en el orijinal: «No se oían sinó lamentos, ni se veian mas que lágrimas, etc.»

Por lo demás no hay que perder un momento, a fin de que la obra pueda ser presentada en tiempo oportuno a la persona a quien está destinada. Creo que podrá pasar la encuadernacion sin que lleve las armas reales, con tal que sea bueno el tafilete de la cubierta. Alguna moldurilla dorada no le vendrá mal.

Estoy aguardando a que me devuelvan el prefacio para enviarlo a V. en seguida.

Su humilde servidor.

VOLTAIRE.

NOTA. La última carta que poseemos de Voltaire contiene la correccion de las pruebas que le enviaban de la imprenta; lectura pesada y sin interés, por lo que juzgamos conveniente omitirla.

PREFACIO DEL ANTI-MAQUIAVELO.

AL dar publicidad al *Anti-Maquiavelo* creo, en conciencia, hacer un beneficio a la humanidad. El ilustre autor de esta refutacion es una de esas almas grandes que suele crear el cielo a fin de atraer a los hombres a la senda de la virtud con sus preceptos y ejemplos. Hace algunos años que escribió estas *reflexiones*, con el solo objeto de meditar mejor las verdades que su corazon le dictaba: era muy jóven aun, y quería acostumbrarse en edad temprana a la sabiduría y a la virtud. Pero las lecciones que creía tan solo darse a sí mismo, merecen servir de norma a los reyes todos del mundo, y pueden muy bien ser oríjen de futura felizidad para los pueblos: por esta razon, cuando quiso honrarme poniendo en mi poder su manuscrito, he creido que debía pedirle permiso para publicarlo. El veneno de Maquiavelo circuló demasiado para que yo no me esforzase en prodigar el antídoto. El público se disputaba ya con ansiedad las copias del manuscrito, entre las cuales corrían algunas plagadas de errores; y a fin de evitar que la obra apareciese desfigurada, he querido dar a luz una copia exacta del orijinal en la edicion presente, con la que espero se conformarán los demás editores.

El lector se admirará, sin duda, cuando sepa que el que escribió este libro en idioma francés, en un estilo tan noble, tan enérjico y tan puro a vezes, es un jóven estranjero, que aun no había puesto los pies en tierra de Francia; y no faltará quien crea que se esplica mucho mejor que Amelot, intérprete de Maquiavelo, cuya traduccion precede por capítulos a la impugnacion de nuestro autor. El hecho es inaudito, lo confieso; pero observaré de paso que en todas sus empresas ha obtenido siempre igual éxito la persona a quien me refiero. En fin, poco importa que sea inglés, español o italiano: se trata de su libro, no de su patria; y digo que, en mi opinion, está mejor pensado y mejor escrito que el libro de Maquiavelo, y es una felizidad para el jénero humano el ver que, al fin, se le presenta la virtud mejor adornada que el vicio.

Dueño de este precioso depósito, he creido deber omitir ciertas espresiones que no son de puro oríjen francés, aunque merecen serlo; y me atrevo a decir que esta obra, tal cual la ofrezco al público, puede servir de modelo en nuestro idioma y de ejemplo a nuestras costumbres. Por lo demás debo adver-

tir que no todos sus capítulos son impugnaciones de los respectivos de Maquiavelo, porque no en todos ellos predica el crímen el escritor italiano. En tales casos puede decirse que nuestro autor no refuta, sinó comenta; y tal vez hubiera sido mejor dar a su libro el título de *Exámen o Análisis de las doctrinas de Maquiavelo.*

El ilustre autor ha dado amplia respuesta a su adversario: a mi me toca ahora contestar brevemente al prefacio de Amelot, traductor de Maquiavelo.

Amelot ha querido pasar por un profundo político; si no lo ha conseguido, yo por mi parte puedo asegurar que el autor del *Anti-Maquiavelo* es positivamente lo que Amelot aparentaba ser.

Amelot era uno de esos autores que escriben para comer, y el mayor favor que puedo hacerle es decir que, si tradujo a Maquiavelo y sostuvo sus doctrinas, fué con la intencion de vender el libro, y no de persuadir a sus lectores. En su *Epístola dedicatoria* habla mucho de *razonesde estado* y de *cuestiones vitales;* y yo diré, con su permiso, que el hombre, como él, que no supo mejorar su estado miserable, ni pudo nunca pasar de un mal vivir, mal puede entender las cuestiones vitales ni las razones de estado.

Amelot quiere justificar a su autor protejido, citando el testimonio de Justo Lipsio que, dice él, era tan devoto y relijioso como sabio y político. A esto respondo:—1.° que ni Justo Lipsio, ni los sabios todos del mundo son suficiente autoridad para deponer en favor de una doctrina funesta al jénero humano.—2.° que la piedad y la relijion, de que hace tan intempestivo alarde, enseñan precisamente una doctrina diametralmente opuesta a la de Maquiavelo.—3.° que Justo Lipsio nació católico, se hizo luterano, luego calvinista, y en fin volvió a convertirse al catolicismo; visto lo cual, nunca pasó por hombre relijioso, apesar de haber compuesto unas poesías detestables, que dedicó a la Vírjen María.—4.° que su voluminoso *Libro de Política* es la mas despreciable y despreciada de sus obras, apesar de haberlo dedicado a los reyes, príncipes y emperadores.—5.° que, aparte de todo esto, Justo Lipsio dice, hablando de Maquiavelo, todo lo contrario de lo que Amelot quiere que diga. «Pluguiera a Dios, (dice Justo Lipsio en la pájina 9 de su obra citada) que Maquiavelo hubiese logrado enseñar a su príncipe la senda verdadera que conduce al templo del honor y de la virtud; pero, atento solo a lo que es útil, se ha olvidado de lo que es justo y honorífico.» Amelot ha suprimido espresamente estas palabras del testo que cita. Verdad es que la moda pedantesca de su época le prescribía citar a tontas y a locas; pero alterar de ese modo un punto tan esencial, no es ya pedantería sinó calumnia. El grande hombre que me ha designado para ser su editor no cita nunca; pero, o mucho me engaño, o creo que su obra será citada eternamente por los partidarios de la razon y de la justicia.

Amelot se empeña en probar que Maquiavelo no es impío: ¡buena ocasion por cierto para hablar de su piedad! ¡El hombre que se ha atrevido a dar al mundo lecciones de asesinato y de envenenamiento, encuentra un traductor que se digna informarnos de que era devoto!

Amelot se cansa en balde; no se engaña al público de ese modo. Por mucho que diga que Maquiavelo habló ventajosamente de los Jacobinos y Franciscanos se le contestará que no se trata ahora de frailes, sinó de reyes, de príncipes, a quienes quiso enseñar el arte de ser malos, cosa ya muy sabida antes que Maquiavelo la enseñase.

¿Quedarían justificados Cartouche, Miriwits o Ravaillac con decir que eran relijiosos? ¿Es posible que haya de emplearse siempre la sagrada palabra de relijion para mancillar la probidad y justificar la corrupcion y el crímen?

Cesar Borgia, dice Amelot, es un buen modelo para los príncipes bisoños.».



Sin duda quiso decir para los usurpadores. Pero, en primer lugar, no todos los príncipes bisoños son usurpadores: los Médicis no lo eran apesar de ser bisoños en el arte de reinar; y en segundo lugar, César Borgia, el bastardo del papa Alejandro VI, detestado de todos, y al fin perseguido por la desgracia, es un malísimo modelo para un jóven príncipe.

Amelot, para concluir, afirma que Maquiavelo aborrecía la tiranía. ¡Lo creo: no hay hombre en el mundo que no la abomine; pero, en tal caso, Maquiavelo es un escritor vil y despreciable, pues que aborrecía la tiranía, y sin embargo la enseñaba.

No diré mas, porque podría debilitar los sentimientos y espresiones del ilustre autor de este libro. Léalo el público y juzgue.

Bruselas, a 24 de junio de 1740.

VOLTAIRE.

Yo, el infrascrito, he entregado el manuscrito orijinal, en manos de Mr. Cirilo Le-Petit, censor eclesiástico de la Iglesia Galicana en el Haya, cuyo manuscrito orijinal está en un todo conforme con el testo del libro titulado *Anti-Maquiavelo o exámen del Príncipe de Maquiavelo*; y tengo por defectuosa cualquiera otra edicion, debiendo los editores arreglarse en lo sucesivo al testo de la presente.

Haya, 12 de octubre de 1740.

FRANCISCO AORUET DE VOLTAIRE.

NICOLAS MAQUIAVELO,

CIUDADANO Y SECRETARIO DE FLORENCIA,

AL

Magnífico Señor

LORENZO DE MEDICIS,

DUQUE DE URBINO, SEÑOR DE PÉSARO,
ETC. ETC. (1)

Los que desean captarse la voluntad de un príncipe suelen ofrecerle presentes de raro mérito, o aquellas cosas que son conocidamente de su agrado: unos le presentan armas o caballos, otros telas de oro, piedras preciosas, alhajas, en fin, dignas de su grandeza. Deseando yo, pues, ofreceros una prueba de mi adhesion y respetuosa obediencia, he encontrado que la alhaja de mas valor, y tal vez la única que poseo, es el conocimiento de lo que han hecho los grandes hombres; conocimiento que he adquirido con una larga esperiencia de la política moderna, y una lectura continua de la que seguian los antiguos. De todo esto, meditado y examinado con detencion escrupulosa, he formado un pequeño volúmen, que os envío, pues, aunque creo que mi obra es indigna de tamaño honor, sin embargo, confío en que será acojida con benevolencia, considerando que no puedo ofreceros mayor regalo que el conocimiento instantaneo de lo que tantos años y peligros me ha costado aprender. No he engalanado esta obra con flores retóricas, ni con palabras altisonantes, porque he creido que la gravedad de la materia bastaba para darle lustre y hacerla agradable. Tampoco quiero que se me acuse de presuntuoso, si desde la humilde esfera en que me hallo situado, me atrevo a examinar y a dar consejos a los gobiernos de los príncipes; porque, así como el artista se coloca en los lla-

(1) Este príncipe era padre de Catalina de Médicis, reina de Francia. (N. del T.)



nos para pintar con mas facilidad los montes y colinas, y, por el contrario, sube a las colinas para obtener mejor vista de los llanos y praderas, del mismo modo, para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es preciso ser príncipe, y, para comprender la de los príncipes, es necesario ser hijo del pueblo. Recibid, pues, este corto presente con la misma buena voluntad con que yo os lo ofrezco, y en él hallareis una prueba del ardientísimo deseo que tengo de veros elevado a la grandeza que os prometen vuestras riquezas y vuestros talentos. Y si al mismo tiempo os dignais bajar la vista y considerar el miserable estado a que me veo reducido, conocereis, Señor, cuan severa e implacable ha sido y es conmigo la fortuna.

NICOLAS MACHIAVELLI.

EL PRINCIPE Y ANTI-MAQUIAVELO.

CAPITULO PRIMERO.

Cuantos jéneros hay de principados, y por qué medios se adquieren.

Todos los estados, todas las soberanías que tienen o que han tenido autoridad sobre los hombres, han sido y son, o repúblicas, o principados.

Los principados son, o hereditarios en una familia, cuyos antecesores han sido príncipes desde la antigüedad, o bien son nuevos sin estas condiciones.

Entre los principados nuevos, los unos, o son enteramente nuevos, como lo era el de Francisco Esforcia en Milan (1), o son como miembros reunidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere: tal es el reino de Nápoles con respecto al rey de España (2). Esta clase de estados, o viven bajo el dominio de otro príncipe, o gozan de entera libertad; y para adquirirlos, pueden emplearse armas propias y ajenas, o abandonarse a la fortuna, o hacer alarde del oro, del talento o del valor.

EXÁMEN.

Antes de dar cuenta de los diferentes estados o gobiernos, hubiera debido Maquiavelo, en mi opinion, examinar su orijen y averiguar las razones que pudieron inducir a los hombres, libres por su naturaleza, a sujetarse voluntariamente al dominio de sus primeros señores.

Tal vez no hubiera sido conveniente en un libro en que su autor se propuso dogmatizar el crímen y la tiranía, revelar verdades que hubieran destruido su objeto. No era Maquiavelo quien debía declarar que, si los pueblos tuvieron príncipes, fué porque creyeron necesario nombrar juezes que compusieran sus diferencias, protectores que defendiesen sus bienes contra la rapiña y la violencia, soberanos, en fin, que reuniesen sus intereses individuales en un solo interés comun; y que, con solo este objeto, elijieron de entre ellos mismos aquellos que tuvieron por mas discretos, mas imparciales, mas desinteresados, mas humanos y mas valientes, para que los dirijieran y gobernaran.

Segun esto, la justicia debe ser el verdadero objeto del príncipe; debe sobreponer a toda clase de intereses el interés de sus gobernados; y lejos de ser el soberano absoluto, no es mas que el primer majistrado de la república.

Este orijen de los príncipes hace que la usurpacion del poder sea mas atroz

(1) Hijo natural de Esforcia (Attendolo): nació en 1401, siguió a su padre en muchas campañas, y con su buena maña hizo suyo el ejército que aquel había formado, a cuyo frente peleó en la Lombardia con el célebre Carmañola. Tomó la Marca de Ancona en 1434 al papa Eujenio IV, y la constituyó en estado independiente; y por último, de protector que era, llegó a ser conquistador del ducado de Milan. Falleció en 1466. (N. del T.)

(2) Sabido es que la corona de Nápoles perteneció a España durante los siglos XVI y XVII. (N del T.)

aun de lo que sería si solo considerásemos la violencia de sus actos; «puesto que huellan aquella ley primera que hicieron los hombres al elejir un gobierno que los protejiese, ley hecha precisamente contra los usurpadores (1).» No hay mas que tres medios lejítimos para hacerse dueño de un pais: o por sucesion, o por eleccion del pueblo, o por derecho de conquista, cuando se emprende una guerra justa y se toma posesion del territorio enemigo.

He aquí el eje sobre que han de jirar todas mis reflexiones en el curso de este libro.

CAPITULO II.

DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS.

No hablaré ahora de las repúblicas, habiéndolo hecho ya en otra obra con estension (2), y solo fijaré la consideracion en los principados, siguiendo las divisiones que acabo de indicar, para examinar el modo de gobernar y de conservar estos diferentes estados.

Es preciso convenir desde luego en que es mucho menos difícil mantener los estados hereditarios, acostumbrados a la familia de su príncipe, que los estados nuevos. En efecto, el príncipe hereditario no necesita mas que una capazidad regular para mantenerse siempre en sus estados; y no hay duda que lo conseguirá, sometiéndose a la imperiosa necesidad de los tiempos en que vive, y no saliendo voluntariamente del órden y método establecidos por sus predecesores, a no venir a despojarle una fuerza infinitamente superior: aun en este último caso podrá volver a recobrarlos a pocos reveses de fortuna que sufra el que los ocupe después de él. Tenemos un ejemplo de esto dentro de Italia en la persona del duque de Ferrara (3), el cual pudo resistir a los Venecianos en el año de 1484, y al papa Julio II, en el de 1510, solamente porque era un soberano antiguo en este ducado. El príncipe natural debe ser mas amado, no teniendo tanta ocasion y necesidad de vejar a sus súbditos; y es regular tambien que estos le tengan inclinacion, no haciéndose aborrecible por vicios estraordinarios. La misma antigüedad y duracion de un gobierno desvanece los deseos y disminuye las ocasiones de mudarle, porque toda mudanza tiene sus inconvenientes, y deja sentados los cimientos para otra nueva.

EXÁMEN.

Los hombres tienen cierto respeto, que raya en supersticioso, hacia todo lo antiguo; y cuando el derecho de sucesion une su lejítima fuerza a esta influencia que ejerce sobre ellos la antigüedad, no hay yugo, por duro que sea, que no sobrelleven dócilmente. Asi es que estoy muy lejos de disputar a Maquiavelo lo que todo el mundo le concederá: «que los estados hereditarios son los mas fáciles de gobernar.»

Solo añadiré que los príncipes hereditarios logran comunmente mantenerse en sus tronos formando estrecha alianza, no solo con otros príncipes vecinos, sinó con las familias mas nobles y poderosas del estado, que casi siempre deben su prosperidad a la rejia munificencia, y cuya fortuna está tan enlazada con la

(1) Lo comprendido entre comillas indica las correcciones que hizo Voltaire a instancias de Federico II.
(2) En sus discursos sobre Tito Livio.
(3) Alfonso de Este, a quien Julio II escomulgó y quiso despojar de su ducado

del príncipe, que no pueden cooperar a la ruina de este sin labrar la suya propia.

En nuestros dias, los numerosos ejércitos que los príncipes mantienen, tanto en paz como en guerra, contribuyen tambien a la seguridad de sus estados, sirviendo de baluarte contra la ambicion de los vecinos. La espada desnuda y vijilante impide que salga de su vaina el acero enemigo.

Pero no basta que el príncipe sea, como dice Maquiavelo, *di ordinaria industria;* yo quisiera que pensase sobre todo en hacer la felizidad de su pueblo. Un pueblo feliz y bien gobernado no se subleva nunca; porque teme perder a su príncipe bienhechor, mucho mas de lo que puede temer el mismo soberano la disminucion de su poder. Jamás se hubieran sublevado los Holandeses contra los Españoles, si la tiranía de los reyes de España no hubiese llegado a tal estremo, que era ya imposible que la Holanda fuese mas infeliz con la revolucion.

Los reinos de Nápoles y Sicilia han pasado mas de una vez de la corona de España al Imperio, y del Imperio a la España. Si la conquista y la pérdida de aquellos reinos han sido siempre tan fáciles para ambas potencias, consiste en que ambas los gobernaron con escesivo rigor; de modo que los pueblos, al pasar de una a otra mano, creían siempre encontrar libertadores en sus nuevos príncipes.

¡Cuan diferentes eran en esto los Loreneses de los Napolitanos! La Lorena entera lloraba cuando se vió precisada a mudar de dinastía, porque temía perder los últimos vástagos de aquellos duques que habían estado por tantos años en posesion de su hermoso pais, y entre los cuales se cuentan algunos tan dignos de estimacion por sus virtudes, que merecen servir de ejemplo a los reyes todos del mundo. La memoria del duque Leopoldo se conservaba tan viva entre los Loreneses que, cuando su respetable viuda se vió obligada a salir de Luneville, el pueblo todo corría a arrodillarse delante de su carroza, y por varias ocasiones detuvo el arranque de sus caballos: no se oían sinó lamentos, ni se veían mas que lágrimas en todos los semblantes.

CAPITULO III

DE LOS PRINCIPADOS MISTOS.

SÍGUESE, pues, que las dificultades mas grandes se encuentran en el principado nuevo, al cual podrá llamarse *soberanía mista*, cuando no es nuevo absolutamente, sinó como un miembro incorporado a otra soberanía. Estas mismas dificultades nacen de las variaciones que ocurren naturalmente en los principados nuevos; porque, si al principio los vasallos se prestan con gusto a mudar de señores, creyendo que el cambio es ganancioso, y, llevados de esta opinion, toman las armas contra aquel que los gobierna, suelen engañarse, y no tardar luego en reconocer que su situacion empeora cada dia, siendo muchas vezes los males que esperimentan consecuencia necesaria de la mudanza. En efecto, todo príncipe nuevo se ve precisado a vejar mas o menos a sus nuevos súbditos, ya sea con la permanencia de las tropas que necesita mantener en el pais, ya con otra infinidad de incomodidades que acarrea siempre la nueva adquisicion (1). Así es que este príncipe tiene por enemigos a todos aquellos que

(1) Bien sabidos son los versos que Virjilio pone en boca de la reina Dido, confirmando esta verdad.

Res dura et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et late fines custode tueri.

ha perjudicado con la ocupacion del señorío, y no puede conservar en su amistad a los que le han colocado en él; porque ni puede llenar las esperanzas que tenían concebidas, ni valerse abiertamente de medios violentos contra aquellos mismos a quienes debe estar reconocido; puesto que un príncipe, aunque tenga fuerzas, necesita del favor y benevolencia de los habitantes para entrar y mantenerse en el pais adquirido. Por esta razon Luis XII de Francia perdió el estado de Milan tan presto como lo ganó; y Luis Esforcia lo recuperó, la primera vez, solo con presentarse delante de las puertas de aquella ciudad: como que el pueblo, que se las había abierto al rey, desengañado bien pronto de la esperanza que tenía concebida de mejorar su suerte, se cansó al instante del príncipe nuevo.

Es cierto tambien que no se pierde con tanta facilidad un pais rebelde, después de haber sido reconquistado, porque el príncipe, a pretesto de la rebelion, no repara tanto en usar de aquellos medios que pueden asegurarle la conquista; y así castiga a los culpables, atiende mas a contener los sospechosos, y se fortifica hasta en los lugares de menor peligro. Por esta razon, si la primera vez Luis Esforcia no necesitó mas que acercarse a las fronteras del Milanesado para quitárselo a los franceses, la segunda, para apoderarse del mismo estado, tuvo necesidad de juntarse con otros soberanos, y de destruir los ejércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos que acabamos de indicar.

Resta ahora examinar las causas que motivaron la segunda desgracia del rey de Francia, y tratar de los medios que hubiera debido emplear aquel príncipe para no perder su nuevo estado; medios que son aplicables a cualquier otro príncipe que se hallare en circunstancias semejantes.

Supongo desde luego que un soberano quiere reunir a sus antiguos dominios otro estado nuevamente adquirido. Lo primero que se debe considerar es si este último confina con los otros, y se habla en ambos la misma lengua o no. En el primer caso, es muy fácil conservarlo, sobre todo si los habitantes no están acostumbrados a vivir libres; porque entonces, para asegurar la posesion, basta haberse estinguido la línea de sus antiguos príncipes, y por lo demás, conservar sin alteracion sus usos y costumbres. De este modo se mantendrán tranquilos bajo el dominio de su nuevo señor, a no existir entre ellos y sus vecinos una antipatía nacional. Así hemos visto fundirse sucesivamente en la Francia, la Borgoña, la Bretaña, la Gascuña y la Normandía; porque, aunque hubiese alguna diferencia en la lengua de estos pueblos, podian conciliarse entre sí, siendo muy parecidos en sus usos y costumbres. El soberano que adquiere esta clase de estados necesita atender a dos cosas solamente, si quiere conservarlos: la primera es, como queda dicho, el que se haya estinguido la antigua dinastía; y la otra, que no altere sus leyes, ni aumente las contribuciones. De este modo se reunen y confunden insensiblemente los estados nuevos con el antiguo, y en poco tiempo no forman mas que uno solo.

Las mayores dificultades se encuentran cuando en el pais nuevamente adquirido, la lengua, las costumbres y las inclinaciones de los habitantes son diferentes de las de los súbditos antiguos: entonces, para conservarlo, se necesita tener tanta fortuna como habilidad y prudencia.

Uno de los arbitrios mas eficazes y preferibles con que el nuevo soberano hará mas durable y segura la posesion de semejantes estados, será fijar en ellos su residencia. De este medio se valió el Turco con respecto a la Grecia; pais que jamás hubiera podido mantener bajo su dominio, por mas precauciones que hubiera tomado, si no se hubiese decidido a vivir en él. Con efecto, cuando el soberano está presente, ve nacer los desórdenes, y los remedia al

instante; pero, estando ausente, muchas vezes no los conoce hasta que son tan grandes que ya no puede remediarlos. Además de esto, la nueva provincia se ve de esta suerte libre de los robos y vejaciones irritantes de los gobernadores, y en todo caso logra las ventajas de un pronto recurso a su señor, el cual tiene así mas ocasiones de hacerse amar por los nuevos súbditos, si se propone obrar bien, o de hacerse temer, si quiere portarse mal. Agréguese que, cuando un estranjero quisiere invadir el nuevo estado, se hallaría detenido por la dificultad suma de quitárselo a un príncipe vijilante, que reside en él.

Será otro modo escelente enviar colonias de súbditos antiguos a una o dos plazas, que seran como la llave del pais conquistado: medida indispensable, a no mantener allí un número crecido de tropas. Estas colonias cuestan poco al príncipe, y solo serán gravosas a aquellos individuos particulares que le inspirasen rezelos, o que tratase de castigar, despojándoles de sus haciendas y dándoselas a otros moradores nuevos mas seguros. De este modo, como siempre es corto el número de los despojados, y estos en adelante no podrán causar daño por haber quedado pobres y dispersos, se logra mas facilmente que se mantengan sosegados todos los demás, como suelen estarlo por lo regular, no habiendo sufrido perjuicio alguno, y temiendo, si llegan a inquietarse, la suerte de los primeros. Concluyo, pues, que estas colonias son menos costosas y mas fieles al príncipe, sin necesidad de mas castigos, ni despojos que los que al principio hiciese, como hemos dicho. Y aquí debo advertir que es necesario ganar la voluntad de los hombres, o deshacerse de ellos; porque, si se les causa una ofensa lijera, podrán luego vengarla; pero, arruinándolos, aniquilándolos, quedan imposibilitados de tomar venganza. La seguridad del príncipe exije que la persona agraviada quede reducida al estremo de no poder inspirar rezelos en lo sucesivo.

Pero si, en lugar de colonias, mantiene el soberano un número crecido de tropas en el nuevo estado, gastará infinitamente mas y consumirá todas las rentas del pais en su defensa; de suerte que la adquisicion le traerá mas pérdida que ganancia. Los daños que causa este último arbitrio son tanto mayores cuanto se estienden indistintamente a la universalidad de los habitantes, molestándoles con las marchas, alojamientos y tránsito continuo de los militares: incomodidad que alcanza a todos, y que, al cabo, hace a todos enemigos del príncipe; y enemigos peligrosos, porque, aunque estén sujetos y subyugados, permanecen en sus propios hogares. En fin, no hay razon que no persuada de que es tan útil este último sistema de defensa, como ventajoso el de las colonias que hemos propuesto.

Debe tambien el nuevo soberano de un estado distante, y diferente del suyo, constituirse en defensor y jefe de los príncipes vecinos mas endebles, y estudiar como ha de debilitar al estado vecino que sea mas poderoso; impidiendo sobre todo que ponga allí los pies cualquier estranjero que tenga tanto poder como él; porque sucederá a las vezes que llamen a alguno los mismos descontentos, o por miedo, o por ambicion, como los de Etolia llamaron a la Grecia a los Romanos, y como siempre fueron llamados estos últimos por los habitantes del pais en todas las provincias donde entraron. La razon es muy sencilla, pues al estranjero recien venido se le reunen siempre los menos fuertes, por cierto motivo de envidia que les anima contra el mas poderoso. De modo que, sin esfuerzo alguno, logra el invasor atraerlos a su partido.

El príncipe que se hallase en este caso, deberá atender unicamente a que sus nuevos amigos no tomen mucha fuerza, al paso que con sus tropas procurará debilitar y abatir a los fuertes y poderosos: de esta suerte conservará su independencia, y no tendrá partícipes en la soberanía, si llega a adquirirla.

El que no sepa valerse de estos arbitrios, bien pronto perderá cuanto hubiere adquirido, y esperimentará innumerables dificultades y trabajos mientras lo conservare.

Con gran cuidado empleaban los Romanos en las provincias de que se hacían dueños, los medios que acabamos de apuntar: a ellas enviaron colonias; sin acrecentar sus fuerzas, sostuvieron a los príncipes menos poderosos; disminuyeron las de aquellos que podían infundirles temor, y nunca permitieron que un estranjero poderoso adquiriese en ellas la menor influencia. Tomando por ejemplo la provincia de Grecia, observamos desde luego como sostuvieron en ella a los pueblos de Etolia y de Acaya; debilitaron el poder de los Macedonios; lanzaron de allí a Antíoco; por mas servicios que recibieran de los Aqueos y Etolios, jamás les permitían el menor aumento de dominacion; desatendieron constantemente todos los medios de persuasion que empleó Filipo, no queriendo admitir la amistad suya, sinó para debilitar su poder; y siempre temieron demasiado a Antioco, para consentirle que conservase señorío alguno en aquella provincia.

Hicieron, pues, los Romanos en esta ocasion lo que debe hacer todo príncipe prudente; el cual no solo acude al remedio de los males presentes, sinó que tambien precave los que están por venir. Cuando los males se preven anticipadamente, admiten remedio con facilidad; pero, si se espera a que estén encima para curarlos, no siempre se logra el remedio, haciéndose a vezes incurable la enfermedad. En los principios la tisis es fácil de curar, y difícil de conocer; mas, si no se conoce, ni cura en su oríjen, con el tiempo viene a hacerse una enfermedad tan fácil de conocer, como difícil de curar. Este ejemplo, sacado de la medicina, puede aplicarse exactamente a los negocios de estado, porque, habiendo la debida prevision, talento que unicamente tienen los hombres hábiles, los males que pueden sobrevenir se remedian pronto; pero cuando, por no haberlos previsto al principio, llegan luego a tomar tanto incremento, que todo el mundo los advierte y conoce, ya no tienen remedio.

Por eso los Romanos que preveían los peligros antes que llegaran, se aplicaban a precaverlos con celeridad, sin dejarlos agravarse o empeorarse por evitar una guerra. Sabían muy bien que una guerra en amago, al fin no se evita, sinó que se dilata con gran ventaja siempre del enemigo. Ajustados a estos principios, decretaron prontamente la guerra contra Filipo y contra Antioco en Grecia, por no tener que defenderse de estos mismos soberanos en Italia. Es cierto que pudieron entonces no tenerla con ninguno de los dos; pero no quisieron tomar ese partido, ni seguir la máxima de ganar tiempo, que tanto recomiendan los sabios de nuestros dias. Usaron unicamente de su prudencia y de su valor, porque, con efecto, el tiempo todo lo arrastra, y puede traer tras de sí tanto el bien como el mal, y el mal como el bien.

Volvamos ahora a la Francia y examinemos si en algun modo siguió los principios que acabamos de esponer. No hablaré de Carlos VIII, sinó de Luis XII, que, por haber dominado mas largo tiempo en Italia, nos dejó vestijios mejor señalados para que podamos llevar mas adelante la observacion de su conducta en la que echaremos luego de ver que hizo cabalmente lo contrario de lo que convenía para conservar un estado tan distinto del suyo.

Luis fué llamado a Italia por la ambicion de los Venecianos que intentaban servirse de él para apoderarse de la mitad de la Lombardía. No reprobaré yo esta entrada del rey en Italia, ni el partido que entonces tomó; porque a la sazon, no teniendo amigos en aquel país, y habiéndole cerrado todas las puertas la mala conducta de su antecesor Carlos, tal vez le sería indispensable aprovecharse de aquella alianza que se le presentaba, para volver a entrar en Italia como quería; y hubiera sido favorable el éxito de su empresa, si hubiese sabi-

do conducirse despues. Con efecto, este monarca recobró al instante la Lombardía, y con ella el crédito que habia perdido Carlos. Génova se sometió, los Florentinos desearon y obtuvieron su amistad, y todos los demás estados pequeños se apresuraron a pedírsela, como el marqués de Mántua, el duque de Ferrara, los Bentivoglios (señores de Bolonia) la condesa de Forli, los señores de Faenza, Pésaro, Rímini, Camerino, Piombino, y los de Luca, Pisa y Sena.

Entonces los Venecianos llegaron a conocer su imprudencia y el partido temerario que habían abrazado; como que, por adquirir dos plazas en Lombardía, daban al rey de Francia el dominio de las dos terceras partes de Italia.

Y ¿cuán fácilmente hubiera podido el rey, conociendo y sabiendo seguir las reglas anteriormente indicadas, mantenerse poderoso en Italia, y conservar y defender a sus amigos? Estos, aunque numerosos y fuertes, temian a la Iglesia y a los Venecianos, y debían por su propio interés mantenerse unidos a él: Luis podía tambien con sus socorros fortificarse fácilmente para rechazar a cualquiera otra potencia peligrosa.

Mas, apenas entró en Milan, siguió el sistema opuesto, dando socorro al papa Alejandro para invadir la Romanía. No conoció que, obrando así, se debilitaba a sí mismo; que se privaba de los amigos que se habian arrojado a sus brazos; y que engrandecía a la Iglesia añadiendo al poder espiritual, que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un estado tan considerable. Cometida esta falta primera, tuvo luego necesidad de llevarla adelante hasta el punto de verse precisado a volver a Italia para poner límites a la ambicion del mismo Alejandro, e impedir que se apoderarse de la Toscana.

— No contentó con haber aumentado el poder de la Iglesia, y despues de haber perdido sus aliados naturales con el deseo de enseñorearse del reino de Nápoles, hizo la locura de partirlo con el rey de España; y así, siendo él antes árbitro único de Italia, se creó en ella un rival, un concurrente, a quien pudiesen recurrir los descontentos y los ambiciosos; y pudiendo haber dejado en este reino un rey que hubiese sido tributario suyo, le echó de allí, para poner otro en su lugar con bastante poder para echarle a él mismo.

Es tan natural como comun el deseo de adquirir, y los hombres mas bien son alabados que reprendidos cuando pueden contentarlo; pero aquel que solo tiene deseos y carece de medios para adquirir, es un ignorante y digno de desprecio. Si el rey de Francia podía con sus propias fuerzas atacar al reino de Nápoles, debía hacerlo; pero, si no podía, a lo menos no lo debía dividir; pues, aunque el repartimiento de la Lombardía con los Venecianos merezca alguna escusa, porque estos le habian proporcionado el medio de entrar en Italia, el repartimiento de Nápoles solo merece censura, porque no había motivo que lo aconsejara.

Cometió, pues, el rey Luis cinco faltas absurdas en Italia: aumentó la fuerza de una potencia grande, y destruyó las potencias pequeñas; llamó a un estranjero muy poderoso; no vino a vivir en la Italia, ni hizo uso de las colonias. A pesar de estos errores, todavía hubiera podido sostenerse, a no haber cometido el sesto, que fué despojar a los Venecianos. Es verdad que, si no hubiera engrandecido el estado de la Iglesia, ni llamado a Italia a los Españoles, hubiera sido necesario debilitar los estados de Venecia; pero jamás debía consentir su ruina, habiendo tomado el primer partido. Manteniéndose los Venecianos poderosos, hubieran impedido que los otros soberanos formasen designios contra la Lombardía, ya porque no lo hubieran consentido, no pudiendo ellos mismos apoderarse de ella, ya porque no hubieran querido los otros quitársela a la Francia para dársela a aquellos, o que no fuesen tan audazes que vinieran a atacar a estas dos potencias.

Si se replica que el rey Luis cedió la Romanía a Alejandro VI y un trono a

la España por evitar una guerra, responderé con lo que ya tengo dicho: que nunca debe dejarse empeorar un mal por evitar un guerra, pues al cabo no se evita, y solamente se dilata en daño propio. Si alegan otros la promesa que Luís había hecho al papa de concluir por él esta empresa, con la condicion de que quitaría todo impedimento para su matrimonio (1) por medio de una dispensa, y que daría el capelo al arzobispo de Ruan (2); mi respuesta se halla en un artículo inmediato, donde hablaré de la palabra del príncipe y de como debe guardarla.

Perdió, pues, el rey Luis la Lombardía, por no haber observado ninguna precaucion de aquellas que toman otros al apoderarse de una soberanía que se quiere conservar. Nada menos estraño que semejante suceso, y nada al contrario mas natural, mas regular y consiguiente. Del mismo modo me espliqué en Nantes con el cardenal de Amboise, cuando el duque de Valentino (así era llamado comunmente el hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romanía. Diciéndome este cardenal que los Italianos hacían la guerra sin conocimiento, le respondí que los Franceses no entendían maldita la cosa de política, porque, entendiendo algo, jamás hubieran consentido que la Iglesia llegase a semejante estado de grandeza. Luego se ha visto palpablemente que el acrecentamiento de esta potencia y el de la España en Italia, se le debe a la Francia; y no proviene de otra causa la ruina de la misma Francia en Italia. De aquí se deduce una regla jeneral que nunca o rara vez falla, y es la siguiente: *El príncipe que procura el engrandecimiento de otro labra su ruina*; porque claro está que para ello ha de emplear sus propias fuerzas o su habilidad, y estos dos medios que ostenta, siembran celos y sospechas en el ánimo de aquel que por ellos ha llegado a ser mas poderoso.

EXÁMEN.

El siglo XV, en que vivía Maquiavelo, participaba aun de la barbarie de los antiguos tiempos. Entonces se prefería la funesta gloria del conquistador y aquellos heróicos hechos que asombraban por su osadía, a todas las verdaderas virtudes: a la justicia, a la bondad y a la clemencia. Hoy veo que, por el contrario, se estiman en mas los sentimientos humanos que todas las cualidades del conquistador, y nadie se cuida ya de alimentar con poéticas alabanzas esa sañuda pasion de la guerra, que ha causado con tanta frecuencia el trastorno de las naciones.

—Yo quisiera preguntar a los maquiavelistas, ¿qué razones puede alegar un hombre para engrandecerse y fundar su poderío sobre la miseria y la destruccion de otros hombres, ni como puede nadie conquistarse un nombre ilustre en la tradicion o en la historia, haciendo desgraciados a sus semejantes? Por muchas conquistas que haga un soberano, no hará mas opulentos ni mas ricos los estados que ya poseía, porque sus pueblos no sacan partido alguno de sus victorias; y se engaña a sí mismo el príncipe que crea por este medio aumentar

(1) Con Ana de Bretaña. Nardi dice con este motivo que el papa Alejandro VI y el rey Luis XII, se servían mútuamente de lo espiritual para adquirir lo temporal: Alejandro a fin de conseguir la Romanía para su hijo, y Luis para unir la Bretaña a su corona. Véase la historia de Florencia. (*N. del T.*)

(2) Jorje de Amboise, que administró la Francia reinando Luis XII, por el poderoso influjo que tuvo en las determinaciones de este monarca. Habiéndose propuesto suceder en el pontificado al papa Alejandro VI, y queriéndo valerse para este fin del crédito de César Borgia, hijo del mismo papa, indujo al rey a que le diese a este último el ducado de Valentino con una pension considerable, y se mostró en todo muy solícito favorecedor de los designios de su Santidad. Alejandro se valió de él para conseguir que Luis le ayudase a arruinar enteramente la familia de los Orsinis, que no merecía ser maltratada por la Francia; pero el cardenal persuadió al rey que no llegaría, como deseaba a recobrar el reino de Nápoles, si no daba aquel gusto al papa. Los Orsinis fueron luego sacrificados a las miras de una política tan torpe como insidiosa, y no por eso logró las suyas el cardenal después de la muerte del papa Alejandro. (*N del T.*)

su propia felizidad. ¿Cuantos príncipes hay que han conquistado, con la espada de sus capitanes, provincias y reinos, que no se acuerdan de visitar? Semejantes conquistas, teniendo tan poco valor para los soberanos que las emprendieron, pudieran llamarse imajinarias; y es infame el causar la desgracia de tantos hombres por contentar el capricho de uno solo, que tal vez debiera vivir ignorado.

Por otra parte, supongamos que un conquistador sometiese el mundo entero a su dominio: ¿podría acaso gobernarlo, por muy adicto que el mundo le fuese? Aun siendo el mas grande de cuantos príncipes han existido, sus facultades, como las de todo hombre, serían limitadas, apenas podría conservar en su memoria los nombres de sus estados; de modo que su misma grandeza serviría tan solo para hacer mas evidente su verdadera pequeñez.

La gloria de un príncipe no depende de la mayor o menor estension del pais que gobierna, ni adquirirá mayor renombre por haber conquistado algunas leguas mas de territorio, porque, si así fuese, podríamos del mismo modo suponer que el hombre mas digno de estimacion es el que mide mayor número de aranzadas en su propiedad.

Pero si los errores que propagó Maquiavelo acerca de la gloria de los conquistadores pudieron ser jenerales en su época, seguramente no era jeneral la perversidad de aquel escritor. Nada mas repugnante que los medios que propone para conservar los paises conquistados; examinándolos con detencion, no hay uno solo de sus arbitrios que sea razonable o justo. «*Es necesario*, dice, *que el soberano aniquile la raza entera de los príncipes que reinaron en el pais antes de su conquista.*» ¿Quien puede leer semejantes máximas sin estremecerse de horror e indignacion? Eso es hollar cuanto hay de mas sagrado en el mundo; es abrir camino al egoismo y al interés para que puedan perpetrar toda clase de crímenes; es decir que, si un hombre ambicioso se apodera por la violencia de los estados de un príncipe, tiene derecho para asesinarlo o envenenarlo.

Pero el conquistador que obrase de este modo sentaría un precedente que tarde o temprano le acarrearía su propia ruina. Otro príncipe mas ambicioso o mas hábil podría castigarle con la pena del Talion, invadiendo sus estados, y condenándole a morir con la misma crueldad con que fué condenado su predecesor. El siglo mismo de Maquiavelo nos ofrece numerosos ejemplos que demuestran la verdad de esta asercion. ¿No hemos visto al papa Alejandro VI próximo a ser depuesto de su dignidad, en justo castigo de sus crímenes? ¿No vimos a su odioso bastardo César Borjia despojado del fruto de sus rapiñas, y morir al fin en la mayor miseria? ¿Y a Galeaso Sforza asesinado en una iglesia de Milan; y a Luis Sforza, el usurpador, que murió en Francia encerrado en una jaula de hierro; y a los príncipes de York y de Lancaster, esterminándose unos a otros; y a los emperadores griegos asesinándose sucesivamente, hasta que los turcos se aprovecharon del horror que inspiraban sus crímenes para destruir su vacilante poderío? Si hoy son menos frecuentes estas revoluciones en los pueblos cristianos, es porque empiezan ya a propagarse los principios de la sana moral; porque los hombres, al cultivar su intelijencia, han suavizado sus costumbres, y tal vez debamos estos beneficios a los hombres de letras que han civilizado a la Europa.

La segunda máxima de Maquiavelo es que *el conquistador debe fijar su residencia en sus nuevos estados.* En esto al menos no hay crueldad; antes parece cordura, bajo cierto punto de vista. Pero es preciso considerar que los grandes estados se hallan, en su mayor parte, colocados de tal suerte, que no pueden los príncipes separarse de su centro sin que el reino todo se resienta. El soberano es el primer principio y foco de actividad en el cuerpo de la nacion, y no



es posible que abandone su centro sin que sufran las estremidades.

La tercera máxima de política es *que conviene enviar colonias a las provincias conquistadas para que contribuyan a conservar la fidelidad de los nuevos súbditos.* Maquiavelo se apoya aquí en el ejemplo de los Romanos; pero no considera que, si los Romanos, al enviar colonias, no hubiesen enviado sus lejiones para que las protejiesen, poco hubieran tardado en perder sus conquistas. Tampoco considera que, además de sus colonias y sus lejiones, poseía aquel pueblo el secreto de hacerse aliados en todas partes. En los tiempos felizes de la república, los Romanos eran los bandidos mas discretos de cuantos habían asolado la tierra hasta aquella época. Supieron, es verdad, conservar con su prudencia lo que habían adquirido con injusticia; pero al fin aconteciòles lo que a todo usurpador, y fueron a su vez hollados y oprimidos.

Examinemos ahora si esas colonias, para cuyo establecimiento quiere Maquiavelo que su Príncipe cometa tantas injusticias, son en realidad tan útiles como aquel autor pretende. O las colonias que envíe el príncipe al pais conquistado han de ser grandes, o pequeñas: si lo primero, tendrá que despoblar sus antiguas provincias y espulsar un crecido número de sus nuevos súbditos para dar cabida a los antiguos; con lo cual debilita sus propias fuerzas: si lo segundo, mal podrá una colonia pequeña sofocar el descontento, en un pais que llora su perdida independencia; de modo que habrá sido preciso espulsar a los habitantes y hacerlos desgraciados, sin que de ello resulte al conquistador una utilidad tal, que compense su injusticia.

Hoy dia los soberanos obran con mas prudencia, ocupando militarmente aquellos paises que la suerte de la guerra coloca bajo sus dominios; porque, al menos, las tropas bien disciplinadas no pueden cometer grandes escesos en los puntos de guarnicion, ni gravan directamente a los particulares, estando acuarteladas y mantenidas a costa del Estado. Esta política es mejor que la de Maquiavelo; pero no era conocida en su tiempo. Los soberanos de entonces no se cuidaban de mantener grandes ejércitos; las tropas eran mas bien cuadrillas de bandidos, que vivían jeneralmente del fruto de sus violencias y rapiñas. No se sabía lo que eran milicias, reunidas constantemente bajo sus banderas en tiempo de paz, ni se conocían cuarteles, casernas, ordenanzas y otros mil reglamentos e instituciones que contribuyen a la seguridad de un pais durante la paz, protejiéndole contra la ambicion de sus vecinos y contra la violencia misma de los soldados que paga para su defensa.

«El Príncipe, continúa Maquiavelo, debe protejer y atraerse a los príncipes pequeños sus vecinos, sembrando entre ellos la discordia para poder mas facilmente rebajarlos o engrandecerlos, segun convenga a sus intereses.» Este es su cuarto precepto: no de otro modo obró Clovis, que fué el primer rey bárbaro que se hizo cristiano, y su ejemplo ha sido después imitado por otros que no le han cedido en crueldad y barbarie. ¡Pero qué diferencia entre estos tiranos y un príncipe virtuoso que quisiese servir de mediador entre los príncipes pequeños; que terminase amigablemente sus contiendas, y se captase su confianza en fuerza de su misma probidad, justicia y desinterés! Su discrecion, entonces, le granjearía el título de padre, en vez de obligarle a ser tirano de sus vecinos, y su misma grandeza le induciría a protejer a los pequeños en vez de interesarse en su abatimiento.

Por otra parte, no es menos evidente que los príncipes que se han empeñado en engrandecer o entronizar a otros por medios violentos, se han labrado ellos mismos su propia ruina. En nuestro siglo hemos visto dos ejemplos de esta verdad: uno es de Carlos XII, que puso a Estanislao en el trono de Polonia; el otro es mas reciente y fácil de adivinarse.

Concluyo, pues, repitiendo que ningun usurpador será jamás acreedor a la

verdadera gloria; que el asesinato será siempre abominado del jénero humano; que los príncipes que emplean la injusticia y la violencia para gobernar, se enajenarán siempre el amor de sus súbditos, en vez de captarse sus voluntades; que el pretender justificar el crímen es tentativa inútil, y que los que traten de hacer su apolojia raciocinarán tan mal como Maquiavelo; porque el raciocinio es una espada que nos ha sido concedida para nuestra defensa, y el que la emplea contra la humanidad se hiere con sus propias armas.

CAPITULO IV.

Porqué el reino de Dario, conquistado por Alejandro, no se levantó contra los sucesores de este después de su muerte.

Cuando se consideran las dificultades que se encuentran para conservar un estado recientemente conquistado causa jeneralmente admiracion ver que el imperio del Asia, del que se hizo dueño en pocos años Alejandro el Grande, habiendo muerto este tan pronto que apenas tuvo tiempo para tomar posesion de él, no padeció una revolucion completa. Se mantuvieron, no obstante, sus sucesores en aquel estado, sin esperimentar mas dificultad para conservarlo, que la que entre ellos mismos produjo su propia y particular ambicion.

Yo responderé a esto, que todos los principados de que se conserva alguna noticia por la historia, han sido gobernados de dos diferentes modos: o por un príncipe absoluto, ante el cual fueron esclavos todos los demás hombres, y a quienes se concediera, como ministros y por una gracia especial, la facultad de que le ayudasen a gobernar su reino; o por un príncipe y por los grandes de aquel mismo estado, no gobernando estos últimos por favor particular del primero, sinó solamente en virtud de un favor inherente a la antigüedad de su familia, y teniendo tambien señoríos y vasallos particulares que les reconocieran por sus dueños, y les consagraran una devocion personal.

En los paises gobernados por un principe y por esclavos, tiene el príncipe infinitamente mucha mas autoridad; porque, con efecto, nadie reconoce en sus estados otro soberano mas que a él; y aun cuando obedezcan a otros individuos, lo hacen como a ministros u oficiales del primero, sin tenerles afecto particular. La Turquía y la Francia nos presentan en el dia ejemplos de estas dos especies de gobierno. Toda la monarquía turca se gobierna por un señor, en cuya presencia son esclavos todos los demás hombres: divide, pues, su reino en diferentes provincias, y a cada una envía administradores, mudándoles o quitándoles a su arbitrio; pero el rey de Francia se ve rodeado de una multitud de personas ilustres por la antigüedad de su familia, que tiene vasallos que la reconozcan y estimen como a su señora, y que disfruta en suma de varias prerogativas que el rey mismo no podría quitarles sin correr algun riesgo.

Si queremos examinar estas dos soberanías, verémos que se necesíta vencer grandes dificultades para apoderarse de un reino gobernado como la Turquía; pero que tampoco hay cosa tan fácil como conservarlo, una vez conquistado. Ciertamente es dificultoso apoderarse de un estado semejante, porque cualquiera que lo intente, no podrá contar con que le llamen los grandes de aquel reino, ni aguardar a que se rebele, ni confiar en los socorros que le prestarán los que estén al lado del príncipe; por la sencilla razon, que ya hemos dicho al tratar de la organizacion de tales estados. Como en efecto, todos son esclavos del príncipe y allegados suyos, es dificultoso corromperles; y aun cuando se les ganase, se conseguiría poca ayuda, no pudiendo los mis-

mos inclinar al pueblo a su partido por las razones que dejamos manifestadas. Y así cualquiera que acometa a los Turcos entienda que ha de encontrarles unidos, y mas bien ha de hacer la cuenta con sus propias fuerzas, que con la facilidad que le proporcionaría la division de ellos. Pero, una vez vencidos y derrotados sus ejércitos, en términos que no pudieran volver a reponerse, ya no habría que temer mas que a la familia del príncipe, estinguida la cual, no quedaría otra entre las demás del estado que tuviese crédito para con el pueblo; y del mismo modo que el vencedor nada podría esperar de ellas antes del combate, tampoco podría temer nada después de la victoria.

Todo lo contrario sucede en reinos gobernados como la Francia: en ellos se puede entrar fácilmente, una vez ganados algunos grandes, encontrándose siempre descontentos y personas que deseen una mudanza. Estos, pues, abrirán las puertas y facilitarán la conquista del estado; pero, queriendo luego conservarlo, se esperimentarán infinitas dificultades, tanto de parte de los conquistados, como de los que prestaron auxilio. No basta aquí estinguir la familia del príncipe, porque quedan despues los grandes del estado, que se hacen cabeza de partidos nuevos; y como ni es posible contentarles ni destruirles, fácilmente se pierde la conquista a la primera o mas mínima ocasion.

Ahora pues, considerando de qué naturaleza era el gobierno de Dario, le encontramos semejante al del Turco. Alejandro tuvo que acometerlo por todas partes hasta enseñorearse del territorio; pero, una vez vencido y muerto Dario, quedó el estado en poder del conquistador, sin que debiera temerse su pérdida por las razones que ya hemos apuntado. Con la misma tranquilidad lo hubieran poseido sus sucesores habiendo estado unidos, porque efectivamente no se vieron mas alborotos en este imperio que los que ellos mismos suscitaron.

No se espere una posesion tan quieta de estados gobernados como la Francia. Los frecuentes levantamientos de la España, de las Galias y de la Grecia contra los Romanos provenian todos del gran número de reyezuelos que había en estos paises. Mientras subsistieron semejantes señores, fue para los Romanos instable y peligrosa la posesion de este territorio; pero, una vez destruidos, y borrada hasta la memoria de su poder, fijaron los Romanos su dominio valiéndose de sus propias fuerzas, a medida que los naturales fueron acostumbrándose a su imperio.

Cuando los Romanos batallaban unos contra otros en aquellas provincias, cada partido, segun la autoridad que hubiera ejercido en ellas, podía contar fácilmente con su ausilio, porque, acabada la familia de los señores territoriales, no reconocían las mismas otro dominio que el de los Romanos. Reflexionando, pues, sobre todas estas diferencias, nadie se admirará de la facilidad con que Alejandro conservó los estados del Asia que conquistó, ni de las dificultades que esperimentaron otros conquistadores, como Pirro, en conservar sus conquistas: lo que no debe atribuirse a la buena o mala conducta del vencedor, sinó a la diferencia de gobierno de los dominios conquistados.

Examen.

Para juzgar con acierto el carácter de las naciones, es necesario compararlas unas con otras. Pero Maquiavelo establece en este capítulo un paralelo entre los turcos y los franceses que está lejos de ser exacto; pues nada es mas antitético que los usos, costumbres y opiniones de estos dos pueblos. El autor espone las razones que le inducen a considerar la conquista del imperio turco como difícil de hacer, pero fácil de conservar, al par que señala las causas que pueden facilitar la conquista de la Francia, y las que, dando orígen a contínuos desórdenes, amenazan sin cesar la seguridad de su soberano.

Maquiavelo mira las cosas bajo un solo punto de vista: la forma de los gobiernos. En su opinion el imperio de Turquía se mantiene por el sistema de la servidumbre y por el principio de dominacion esclusiva de un solo hombre; y de aquí deduce que el medio mas seguro que puede emplear un príncipe para reinar con tranquilidad y poder resistir vigorosamente los ataques de sus enemigos, es gobernar sus estados por un sistema despótico, esclusivo y sin trabas.

Cierto es que, en tiempo de Maquiavelo, los grandes y los nobles en Francia eran considerados como otros tantos pequeños soberanos que participaban hasta cierto punto del poder del príncipe. Esto daba lugar a discordias intestinas, alimentando el encono de los partidos y suscitando frecuentes rebeliones; y, sin embargo, no me atreveré a afirmar que el Gran Señor está menos espuesto a perder su trono que el rey de Francia. La diferencia que hay entre ambos es, que los emperadores turcos mueren generalmente ahorcados por sus jenízaros, y los reyes de Francia que han muerto asesinados, han sido víctimas de algunos fanáticos o de algun monstruo educado en la escuela del jesuitismo. Pero Maquiavelo alude a las grandes revoluciones, no a los acontecimientos parciales; y en este caso, aunque haya podido adivinar algunos resortes del complicado mecanismo político, paréceme que se ha olvidado de examinar los principales.

La diversidad de climas, la diferencia en los alimentos y en la educacion de los hombres, son causa de que estos vivan y piensen de distinto modo. Así, por ejemplo, un filósofo chino y un fraile italiano no parecen ser de la misma especie: el temperamento de un inglés sesudo, pero misántropo, dista mucho del de un español orgulloso y valiente; y querer hallar semejanza entre un frances y un holandes, es querer comparar la vivazidad del mono con la cachaza de la tortuga.

En todos tiempos se ha observado que el carácter distintivo de los pueblos orientales estriba en ese espíritu rutinario que les mueve a seguir constantemente sus antiguos usos y costumbres. Su relijion, diferente de la de los europeos, les impide hasta cierto punto favorecer cualquier empresa de los que ellos llaman *infieles,* mucho mas si de ella pueden resultar perjuicios a su lejítimo soberano; y les prescribe evitar escrupulosamente todo lo que pueda atacar la integridad de la relijion misma o trastornar la forma de su gobierno. Estas son las circunstancias que contribuyen verdaderamente a la seguridad del trono en aquellos paises; no a la seguridad del monarca, porque el imperio siempre subsiste, pero los sultanes se han visto muchas vezes destronados.

Del mismo modo, si queremos hallar la causa de las contínuas revoluciones que han trastornado la Francia, debemos buscarla muy principalmente en el carácter de sus habitantes, opuesto diametralmente al de los musulmanes. La lijereza, la inconstancia, son rasgos característicos de aquella amable nacion. Los franceses son revoltosos, libertinos y propensos a cansarse de todo. Su amor a la novedad se ha manifestado aun en las cosas mas graves y respetables. No parece sino que aquellos dos grandes ministros cardenales, tan pronto estimados como aborrecidos del pueblo francés, que gobernaron sucesivamente, quisieron poner en práctica las máximas de Maquiavelo con el solo objeto de rebajar el poder de los nobles; al par que supieron estudiar el carácter de sus gobernados, para evitar con acierto las frecuentes conmociones que amenazaban la ruina del poder real.

La política del cardenal de Richeliu iba esclusivamente encaminada a disminuir el poder de los grandes para aumentar la autoridad del rey, y fundar sobre ella, de un modo absoluto, el sistema gubernamental del Estado; y de tal modo lo consiguió, que ni aun vestijios quedan hoy en Francia de aquel poder señorial, a cuya sombra cometieron los nobles tantos escesos.



El cardenal Mazarino siguió las huellas de Richeliu; y aunque tuvo que luchar con mil dificultades, logró llevar a cabo la empresa de su predecesor, despojando al Parlamento de sus prerogativas y reduciéndolo al estado de un mero fantasma, que rara vez da señales de vida sin tener que arrepentirse de ello.

La misma política que indujo a estos ministros a cimentar en Francia el despotismo absoluto, les sujirió la sagaz idea de alimentar la inconstancia y la lijereza características del pueblo frances, a fin de hacer menos peligrosas sus consecuencias. Mil ocupaciones frívolas, el libertinaje y los placeres embotaron hasta tal punto la índole nacional, que hoy vemos aquellos mismos hombres que combatieron tanto tiempo contra Julio César, que sacudieron tantas vezes el yugo de los emperadores romanos, que llamaron en su ausilio a los estranjeros en la época de los Valois, que se coaligaron contra Enrique IV, que se ajitaron y conspiraron en tiempo de las famosas minorías; esos mismos franceses, en fin, se ocupan hoy únicamente en seguir los caprichos de la moda, en variar los tipos del buen gusto, en despreciar hoy lo que ayer admiraron, en introducir la frivolidad y la inconsecuencia en todo cuanto de ellos depende, y en cambiar de un dia a otro sus costumbres, sus voluntades, sus placeres y sus queridas. No es esto todo: poderosos ejércitos y formidables fortalezas garantizan la posesion de este reino a sus soberanos, sin que hayan de temer, por ahora, las discordias intestinas ni las invasiones estranjeras.

CAPITULO V.

COMO HAN DE GOBERNARSE LAS CIUDADES O PRINCIPADOS QUE, ANTES DE SER CONQUISTADOS, SE REJÍAN POR SUS PROPIAS LEYES.

TRES medios tiene el conquistador para conservar los estados adquiridos en que concurren las circunstancias ya esplicadas, y que están acostumbrados a gobernarse por sus leyes particulares, bajo un gobierno liberal: el 1.° es destruirlos; el 2.° fijar su residencia en ellos; el 3.° dejarles sus leyes, exijirles un tributo y constituir un gobierno, compuesto de corto número de personas de confianza que mantengan en paz el país. Este gobierno, recien creado por el príncipe, sabe que no puede subsistir sin su poder y favor, y por consiguiente tiene interés en emplear esfuerzos de todas clases para mantenerse en la posesion del territorio. Se logra tambien mucho mas facilmente conservar una ciudad acostumbrada a gobernarse por sus propias leyes, destinando para su gobierno un corto número de sus propios ciudadanos, que por cualquier otro medio. Los Lacedemonios y los Romanos nos han dejado ejemplos de estos diferentes modos de contener a un estado.

Los primeros gobernaron a Atenas y a Tebas, estableciendo un gobierno compuesto de pocos: sin embargo, volvieron a perder estas dos ciudades.

Los Romanos para asegurarse de Capua, de Cartago y de Numancia, las destruyeron, y volvieron a perderlas.

Quisieron, por el contrario, poseer la Grecia, como la habían poseido los Espartanos, concediéndole su libertad y dejándole sus leyes; pero nada adelantaron por este medio, y al cabo se vieron en la precision de destruir muchas ciudades de aquella provincia para sujetarla; como que no hay ciertamente otro arbitrio mas seguro.

Cualquiera, pues, que llegue a hacerse dueño de una ciudad acostumbrada a gozar de su libertad, y no la destruya, debe temer que será destruido por

ella. Le servirá de bandera en todas sus revoluciones el recuerdo de sus antiguos fueros y el grito de la libertad, que no se borra con el trascurso del tiempo ni por recientes beneficios: de manera que, por mas precauciones que se tomen, no dividiendo o dispersando a los habitantes, nunca se desarraigará de su corazon, ni soltará su memoria el nombre de libertad, y la inclinacion a sus antiguas instituciones; estando por lo mismo prontos todos a reunirse para recobrarla con la mas lijera ocasion. Buen ejemplo de esto nos presenta Pisa, después de haber vivido tantos años bajo el yugo de los Florentinos.

Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir sujetas a un príncipe, cuya dinastía se halla estinguido, como ya se hallan acostumbradas a la obediencia, y por otra parte privadas de su soberano lejítimo, no son capaces de avenirse para elejir otro nuevo, ni tienen disposicion para llegar a proclamarse libres; siendo, por consiguiente, mas lentas y remisas en tomar las armas, y presentando al príncipe nuevo mas medios de granjearse su amor, al paso que afianza la posesion del territorio.

En las repúblicas es, por el contrario, mas fuerte y activo el aborrecimiento, y mas vivo el deseo de venganza; y la memoria de su libertad antigua no les deja ni puede dejar un solo momento tranquilo, de suerte que los medios mas seguros de conservarlas son, o destruirlas, o fijar en ellas su residencia.

Exámen.

Uno de los medios que Maquiavelo propone para conservar la conquista de un pais acostumbrado al sistema liberal, es destruirlo. El remedio no puede ser mas eficaz para evitar revoluciones. Un ingles sano y robusto, que cometió la locura de suicidarse en Lóndres hace algunos años, dejó un papel escrito sobre su bufete, en el que trataba de justificar su atentado, declarando que se había quitado la vida para no caer nunca enfermo. He ahí el caso de un príncipe que arruina a sus estados por temor de perderlos.

Argüir a Maquiavelo con razones de humanidad, sería profanar la virtud. Es preciso combatirle con sus propias armas; con ese mismo *interés*, Dios de la política y del crímen, que es el alma de su libro.

Sí, pues, Maquiavelo asegura que el príncipe que conquista un pais libre debe destruirlo para poseerlo con mayor seguridad, yo le preguntaría ¿con qué fin emprendió su conquista? Sin duda con el fin de engrandecerse; y en este caso, facil es demostrar que, siguiendo las máximas de Maquiavelo, hace el príncipe lo contrario de lo que desea; porque los grandes sacrificios y gastos materiales que toda guerra ocasiona, solo puede compensarlos el valor de la conquista misma, y mal podría indemnizar al conquistador un pais arruinado. Ni ¿cómo ha de ser temible el soberano de un estado sin poblacion y sin riquezas? Yo creo que el príncipe que poseyese los vastos desiertos de Barca y de la Lybia, no causaría envidia ni temor a las demas naciones; porque un millon de panteras, de leones y de cocodrilos, no vale tanto como un millon de subditos, de ciudades ricas, de puertos navegables y atestados de buques, de ciudadanos industriosos, de valientes tropas, y de todo cuanto constituye un pais bien rejido.

Es una verdad reconocida que la fuerza de un estado no estriba en la estension de su territorio, sinó en el número de sus habitantes. Compárese la Holanda con la Rusia. La primera se compone de islas pantanosas y estériles que se alzan del seno del Océano, formando una pequeña república de 48 leguas de lonjitud por 40 de latitud; pero en este cuerpo tan pequeño hay un nervio, una vida que sorprende. Un pueblo inmenso lo habita; pueblo industrioso, rico y fuerte, que sacudió el yugo de la dominacion española cuando la



España era la monarquía mas formidable de la Europa. El comercio de esta república se estiende hasta los confines del mundo. Entre las naciones europeas, solo cede en importancia a las monarquías de primera clase, pudiendo levantar en tiempo de guerra un ejército de cincuenta mil hombres, además de su escuadra, numerosa y bien equipada.

Por otra parte, la Rusia se nos presenta como un pais jigantesco; es un mundo semejante al universo cuando salió del caos. Por un lado confina con la gran Tartaria y las Indias; por otro, con el mar negro y la Hungría; sus fronteras se estienden hasta la Polonia, la Lituania, la Curlandia y la Suecia que le sirve de límite al N. O. Su estension podra ser de seiscientas millas alemanas de lonjitud, y trescientas de latitud. Su suelo, fertil en trigos, produce además todos los artículos de primera necesidad, principalmente en las cercanías de Moscow y hacia la pequeña Tartaria; y á pesar de todas estas ventajas, su poblacion no pasa de 15 millones de habitantes. Esta nacion, que empieza ahora a figurar, no es mas poderosa que la Holanda en tropas de mar y tierra, y le es muy inferior en riquezas y recursos. No; la fuerza de un estado no consiste en la estension de su territorio, ni en la posesion de dilatadas llanuras o inmensos desiertos; consiste en el número y la riqueza de sus habitantes. El interés de todo príncipe está, pues, en poblar sus nuevos estados, y en procurar su prosperidad; no en devastarlos, ni en causar su ruina. La perversidad de Maquiavelo nos horroriza; pero su argumentacion nos causa lastima: antes de enseñarnos su política monstruosa, hubiera debido aprender a raciocinar mejor.

Otra máxima del autor es que el príncipe debe establecer su residencia en el pais conquistado. Es el mas cuerdo de todos su preceptos; pero ya espuse en el exámen del capítulo III las dificultades que se oponen a su realizacion.

Por mi parte creo que el príncipe que conquista una república, habiéndole hecho la guerra con justicia, debiera contentarse con la humillacion que la victoria impone a los vencidos, devolviéndoles en seguida su libertad. Bien sé que son pocos los que opinan de este modo. Una república puede tambien conservarse, estableciendo fuertes guarniciones en las principales plazas de su circuito, sin que sea necesario despojar al pueblo de sus libertades.

¡Hombres insensatos, que todo lo queremos conquistar como si tuvieramos tiempo para poseerlo todo; como si no tuviera límites la duracion de la vida! El tiempo pasa con sobrada rapidez; y mientras creemos trabajar para nosotros solos, acaso trabajamos en provecho de sucesores indignos o ingratos.

CAPITULO VI.

DE LOS NUEVOS ESTADOS QUE UN PRÍNCIPE ADQUIERE POR SU VALOR Y POR SUS PROPIAS ARMAS.

No se estrañe que en la relacion que voy a hacer de los principados nuevos, del príncipe y del estado, me valga solamente de los ejemplos que ofrecen las personas mas célebres. Casi siempre caminan los hombres por sendas trilladas antes por otros, y casi no obran por sí sinó por imitacion; pero como esta no puede ser exacta en un todo, ni suele ser posible llegar a la altura de aquellos que se toman por modelos, el hombre sabio debe únicamente seguir los caminos que abrieron otros, tenidos por superiores, e imitar bien a los que han sobresalido, a fin de que, si no se consigue igualarles, se le acerque a lo menos

en alguna cosa. Cada uno, pues, deberá portarse como el ballestero prudente, que, cuando advierte que el blanco a que dirije sus tiros, se halla demasiado distante, considera la fuerza de su arco y apunta mas alto que el blanco, con el objeto de llegar siquiera a tocarlo.

Paso ahora a decir que las dificultades mayores o menores que se esperimentan para mantenerse en un principado absolutamente nuevo, dependen mucho de las prendas personales del que lo ha adquirido; así como llegar a ser príncipe desde simple particular, supone antes, o mucha fortuna, o gran talento, y con uno de estos dos medios debe allanarse la mayor parte de las dificultades. Sin embargo, se ha visto tambien sostenerse mejor aquel que ha contado menos con su fortuna; y tampoco hay duda de que proporciona ventajas al principe que no tenía otros estados el venir a domiciliarse en aquel de que se ha hecho soberano.

Si hemos de hablar de los que llegaron a ser príncipes por su valor o por su talento, deben citarse en primer lugar Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo, etc.; pues, aunque parece al pronto que no debería hacerse mencion de Moisés, porque no fué mas que el ejecutor de las órdenes del cielo, merece, no obstante, nuestra admiracion, por haber sido escojido por Dios para manifestar su voluntad a los hombres.

Si examinamos con atencion la conducta de Ciro y de otros que adquirieron o fundaron reinos, la hallaremos digna de todo elojio; y se advertirá tambien que la direccion que siguió cada uno de ellos, no era diferente de la de Moises, aunque este tuvo tan grande maestro. Su vida y sus acciones probarán tambien que toda su fortuna consistió en presentárseles una ocasion favorable para introducir la forma de gobierno que parecía mas conveniente a sus nuevos estados, y en haberse sabido aprovechar de ella. Hubieran sido inútiles su valor y talento, si no se les hubiese presentado la ocasion de emplearlos, o si la hubieran malogrado por falta de las prendas personales correspondientes.

Era muy necesario, pues, que Moises encontrara a los Israelitas esclavos en Ejipto, y aun oprimidos por los naturales de aquel pais, para disponerlos a que le siguieran, por salir de esclavitud. Era necesario tambien que no encontrara Rómulo quien le criara en Alba, y que fuese abandonado desde su nacimiento, para que pudiese llegar a ser rey de Roma, fundando esta ciudad, que hizo patria suya. Ciro debió encontrar a los Persas mal contentos con el imperio de los Medos, y a los Medos afeminados por una larga paz. Ultimamente, Teseo no hubiera podido dar muestras de su valor a no haber hallado dispersos a los Atenienses. Estas ocasiones son las que proporcionaron a aquellos hombres ilustres el buen éxito de sus empresas, y de las que supo su talento aprovecharse para que hicieran célebre su patria y la engrandecieran.

Los que llegan al rango eminente de príncipes por medios semejantes a los de estos héroes, adquieren la soberanía superando arduas dificultades; pero la conservan tambien sin trabajo. Las dificultades que esperimentan, nacen en parte de las mudanzas que necesitan introducir para establecer su gobierno, y afianzar la seguridad de su dominio; como que nada es mas difícil, ni de éxito tan dudoso y arriesgado en la práctica como la introduccion de leyes nuevas. Aquel que la emprende tiene por enemigos a cuantos se hallaban bien con las leyes antiguas, y no puede contar sinó con aquellos a quienes las nuevas serían ventajosas: defensores débiles, cuya tibieza nace en parte del miedo de sus contrarios, a quienes asiste el poderoso influjo del antiguo órden de cosas, y en parte de la incredulidad de los hombres, que naturalmente desconfían de toda mudanza, mientras no la ha confirmado una larga esperiencia. De aquí se sigue que siempre que los enemigos del nuevo órden tienen ocasion de oponerse a él, forman partido, y los otros defienden el suyo con flojedad; de suerte que

el príncipe se espone a tantos riesgos por la calidad de sus enemigos, como por la de sus defensores.

Para apurar esta cuestion conviene examinar si estos innovadores pueden intentar las mudanzas por sí mismos, o si dependen de otro: quiero decir si, para llevar adelante sus proyectos, tienen que emplear el medio de la persuacion o tienen sin ella la fuerza necesaria para forzar su voluntad. En el primer caso jamás salen con su intento; pero, siendo temibles e independientes, rara vez dejarán de conseguirlo.

De aquí proviene que triunfaran todos los profetas armados, al paso que decayesen los inermes: la causa de esto no solo se esplica por las razones indicadas, sinó que dimana del carácter voluble de los pueblos, tan pronto a decidirse por una opinion nueva, como flojos para mantenerse en ella; de forma que es necesario tomar disposiciones para forzar al pueblo a que crea desde el momento en que principia a no creer. Moises, Ciro, Teseo y Rómulo, estando desarmados, no hubieran podido conseguir que durase mucho tiempo la observancia de sus constituciones: como le ha sucedido cabalmente en nuestros dias al reverendísimo Jerónimo Savenarola, que vió caer por tierra sus proyectos, al momento en que, perdiendo la confianza de la multitud, le faltaron medios para obligarla a mantenérsela, y para inspirársela a los mas incrédulos. Grandes obstáculos, en verdad, y frecuentes peligros esperimentaron los primeros, necesitando para superarlos mucho talento y mucho valor; mas, una vez allanadas estas dificultades, se principia a adquirir cierta veneracion, cae desalentada la envidia, y el poder y la honra se arraigan y fortalezen.

Después de presentados los ejemplos que ofrece la historia de personas tan ilustres, me ceñiré a citar otro, en la realidad menor, pero que tiene analojía con los precedentes, y es el del siracusano Hierón. De simple particular llegó a ser príncipe de Siracusa, y no debió su fortuna sinó a haber sabido aprovecharse de una ocasion. En efecto, hallándose muy apretados los Siracusanos, le tomaron por capitan, y mereció luego ser su príncipe, por haber sido tal su conducta privada, que cuantos han escrito de él, dicen que no le faltaba mas que un reino para reinar dignamente. Reformó la milicia antigua, y organizó otra enteramente nueva; rompió las alianzas antiguas, contrayendo otras mas convenientes; y como podía contar con sus amigos y con sus soldados, le fué facil sentar sobre semejantes cimientos su fortuna; de manera que, habiéndole costado mucho trabajo adquirir, pudo costarle muy poco la conservacion de lo adquirido.

Exámen.

Si los hombres estuvieran esentos de pasiones, podriamos perdonar a Maquiavelo el deseo de infundírselas: su obra sería entonces comparable a la de Prometéo, que robó fuego del Cielo para animar a sus autómatas. Pero no sucede así, porque no existe, ni ha existido jamás hombre alguno sin pasiones. Cuando son moderadas, las pasiones son, en efecto, el alma de la sociedad; pero cuando no se les pone freno, causan su ruina.

De todos los sentimientos que tiranizan al alma, no hay ninguno tan funesto al hombre, tan contrario a la humanidad, ni tan fatal para la tranquilidad del mundo, como la ambicion desenfrenada, o el amor escesivo a la falsa gloria. El desgraciado que nace con estas inclinaciones, es aun mas miserable que insensato. Indiferente a cuanto le rodea, no vive sinó en los tiempos futuros; nada basta en el mundo a satisfacerle, porque la hiel de su ambicion mezcla siempre su amargura al placer de sus alegrías.

Un príncipe ambicioso es mas desgraciado que un particular; porque, como

su locura es proporcionada a su grandeza, es, por esto mismo, mucho mas intensa, mas indócil, y mas insaciable. Si los honores, si el engrandecimiento, sirven de pasto a las pasiones de los particulares, la ambicion de los monarcas se alimenta de provincias y de reinos; y como es mas fácil obtener empleos y honores que conquistar reinos y provincias, de aqui es que los particulares pueden satisfacerse mas facilmente que los príncipes.

Maquiavelo propone a estos los ejemplos de Moisés, de Ciro, de Rómulo, de Teseo y de Hierón, tirano de Siracusa. Facilmente pudieramos aumentar este catálogo añadiendo los nombres de algunos maestros de sectas, como Mahoma en Asia, Mango Capak en América, Odin en el norte, y otros muchos diseminados por la tierra. Tambien me permitirán los jesuitas del Paragüay que los incluya en esta lista; de lo que no puede menos de resultarles honor y gloria puesto que figuran al lado de grandes legisladores.

La mala fe con que el autor emplea estos ejemplos es muy digna de notarse: bueno será despojar al seductor de su astucia y malignidad.

Maquiavelo nos presenta la ambición por el lado mas favorable, si es que puede haberlo: nos habla de los ambiciosos que han sido favorecidos de la fortuna; pero calla los nombres de aquellos que han sido víctimas de sus pasiones. Eso se llama engañar a las jentes, y no puedo menos de observar aqui que Maquiavelo representa en este capítulo el odioso papel de charlatan del crímen.

¿Porqué, al hablar del lejislador de los judios, del primer monarca de Atenas, del conquistador de los Medas, o del fundador de Roma, cuyos designios fueron coronados de un éxito feliz, no se nos cita al mismo tiempo el ejemplo de algunos jefes de partido que sucumbieron a la desgracia, para enseñarnos que, si la ambicion engrandece a algunos hombres, es tambien causa de la perdicion de muchos? ¿No hemos visto a un Juan de Leida, jefe de los Anabatistas, tenaceado, quemado y ahoreado en una jaula de hierro en Munster? Si Cronwell fué dichoso en sus empresas, su hijo, que heredó su ambicion, ¿no fué derribado de su trono? ¿no vió colgar de la horca el cadáver desfigurado de su padre? ¿No hemos visto a tres o cuatro judios que se dieron el nombre de Mesías, despues de la destruccion de Jerusalen, ser condenados a morir en medio de atrozes suplicios; y al último de ellos terminar su carrera sirviendo de galopin de cocina en el palacio del Sultan, despues de haberse convertido al islamismo? Si Pepino destronó a su rey con la aprobacion del Papa, ¿no murió al propio tiempo asesinado el duque de Guisa por haber querido imitar el ejemplo de Pepino con la misma aprobacion del Santo Padre? Y finalmente, ¿no podemos contar mas de treinta jefes de sectas distintas y otros miles ambiciosos que han sufrido muerte violenta?

Por otra parte, me parece que Maquiavelo procede con harta lijereza al colocar a Moisés al lado de Rómulo, Ciro y Teseo, porque Moisés estaba inspirado o no lo estaba: si carecia de esta inspiracion divina, cosa que no me atrevo a suponer, merece que se le considere como un impostor que hacia uso del nombre de Dios como pudieran los poetas emplear sus dioses mitolójicos cuando quieren hallar el desenlaze de un drama: Moisés, considerado como instrumento único de la Providencia, tal como lo pinta nuestra relijion, no puede ciertamente compararse con otros lejisladores que solo han sido dotados de la escasa humana sabiduría; pero Moisés considerado como hombre, no puede sostener comparacion con Ciro, con Teseo y con Hércules; por que ni edificó ciudades, ni estableció grandes imperios, ni fundó el comercio, ni hizo florecer las artes, ni dió propiedad a su pueblo: antes bien no supo sinó conducirle a un desierto, y lejos de pensar en multiplicar el número de sus prosélitos, causó la muerte de veinte y tres mil de ellos que sucumbieron bajo el puñal de otras tribus amigas.

Por otra parte, confieso con toda injenuidad que se necesita mucho jénio, mucho valor, mucha prudencia y sagazidad para igualarse con Thereos, Ciros y Rómulos; pero no por eso me atreveré a decir que convenga dar a estos héroes el epíteto de virtuosos. El valor y la sagazidad son tan comunes en los salteadores de caminos como en los héroes: la diferencia estriba en que el conquistador es un ladron ilustre, y el otro es un ladron de baja esfera; el uno alcanza laureles en premio de sus violencias, y el otro recibe en pago un dogal a la garganta.

Todo el que aspira a avasallar a sus semejantes se ve obligado a ser impostor y sanguinario. Los jefes de los fanáticos de los montes Cevenas se decian inspirados del Espíritu Santo, y mandaban degollar en su presencia a todos aquellos que el Santo Espíritu les señalaba como víctimas. Y estos malvados que, protejidos por la inespugnable aspereza de sus montañas, se reian de Dios y de los hombres, eran sin embargo muy dignos de ser encomiados por su valor: en tiempo de Johe y de Zoroastro hubieran pasado por Dioses. Cuando los hombres vivian en estado salvaje, un Roland, un Cavalier o un Juan de Leida, hubieran sido otros tantos Alcides y Osiris; pero hoy dia un Osiris o un Alcides de aquellos tiempos no conseguirian distinguirse de los demas hombres.

Réstame ahora hacer algunas observaciones sobre el ejemplo de Hierón de Siracusa, que Maquiavelo propone por modelo á los que intentan elevarse con la ayuda de sus amigos y de sus soldados.

Hierón se deshizo de sus soldados y de sus amigos, que le habian ayudado fielmente en la ejecucion de sus designios, contrayendo despues nuevas amistades y levantando nuevas tropas; y yo sostengo, a despecho de Maquiavelo y de los príncipes ingratos, que la política de aquel tirano no pudo ser peor en aquella ocasion, y que es mucho mas prudente fiarse de tropas cuyo valor se ha esperimentado, y de amigos cuya fidelidad ha sido probada, que entregarse en manos de desconocidos, que no pueden nunca inspirar absoluta confianza. El lector podrá llevar mas lejos la deduccion de estas premisas; estoy seguro que los que aborrezcan la ingratitud y conozcan lo que es la verdadera amistad, tendrán mucho que decir sobre esta materia.

Debo ademas llamar la atencion del lector sobre el estraño significado que tienen las palabras en boca de Maquiavelo. Cuando dice, « la virtud no existe sinó cuando la ocasion le permite manifestarse : » quiere decir que los impostores y los temerarios no podrian hacer uso de sus talentos si no se les presentasen ocasiones favorables. Traducirle de otro modo seria engañarse; los pasajes oscuros de este autor solo pueden aclararse con el lenguaje del crímen.

Y ahora diré, al concluir este capítulo, que solo admito dos casos en que un individuo particular puede elevarse a la dignidad real sin que se le impute a crímen: cuando es elegido por el pueblo ó cuando salva la patria. Sobieski en Polonia, Gustabo Vassa en Suecia y los Antoninos en Roma se hallan en estos casos. Sea, pues, en buen hora César Borja modelo de los Maquiavelistas: el mio lo será siempre Marco Aurelio.

CAPITULO VII.

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON LAS FUERZAS DE OTRO O POR UN EFECTO DE BUENA FORTUNA.

Poco trabajo cuesta conseguir un principado a aquellos que de simples particulares son levantados a él por especial favor de la fortuna, y sin presentár-

seles el menor obstáculo; pero, si han de conservarle despues de alcanzado, tendrán que vencer muchas y grandes contrariedades. En este caso se hallan los que adquieren un estado, o por medio de dinero, o por gracia de aquel que se les concede, como sucedió a las personas que constituyó Dario por soberanos en ciudades griegas de la Jonia y del Helesponto, atendiendo a su propia gloria y mayor seguridad; y como lo fueron en Roma los simples militares que se elevaban al imperio sobornando a los soldados. Todos estos se sostienen únicamente por la fortuna y por la voluntad del que los ensalza: dos fundamentos tan mudables como poco seguros; además que ni ellos saben, ni pueden mantenerse en semejante dignidad. No saben, porque cualquiera que ha vivido como particular, ignora por lo comun el arte de mandar, a no ser hombre de muy señalado talento o de un espíritu muy superior: tampoco pueden mantenerse en aquel rango, porque carecen de tropas con cuyo afecto y fidelidad puedan contar. Por otra parte, los estados que se forman tan repentinamente, a semejanza de todo cuanto en la naturaleza nace y crece con igual prontitud, no arraigan ni se consolidan de manera que puedan resistir el embate del primer viento contrario, o de la primera tempestad que sobrevenga; a menos que, como ya hemos dicho, no se hallen bien adornados de grandes prendas y de una fuerza de injenio sobresaliente para valerse de los medios propios de conservar lo que les ha concedido la fortuna; y que, despues de ser príncipes, busquen y encuentren aquellos apoyos que los otros procuran adquirir antes de llegar a serlo.

Sobre estos dos modos de ascender a la soberanía, o por un efecto de la fortuna, o por el talento, quiero proponer dos ejemplos de nuestros dias, a saber, el de Francisco Esforcia y el de Cesar Borja.

El primero, por medios lejítimos y por su grande habilidad, llegó a ser duque de Milan, y conservó sin mucho trabajo lo que tanto le habia costado adquirir.

Cesar Borja, llamado comunmente el duque de Valentino, logró una soberanía por fortuna de su padre, y la perdió luego que le faltó este; aunque empleó todos los medios de que puede valerse un hombre hábil y prudente para conservarla, y no omitió nada de lo que deben hacer aquellos que adquieren estados nuevos por las armas o la fortuna de otro, tratando de mantenerse en la posesion.

Posible es, sin duda, al hombre de superior mérito, que aun no ha sentado los cimientos de su poder, fijarlos despues de haberlo adquirido; pero esto no se hace sinó a costa de mucho trabajo por parte del arquitecto y de grandes peligros por la del edificio. Si se quiere examinar la carrera y progresos de la fortuna del duque de Valentino, se verá lo que tenía hecho para cimentar su poder futuro; y este exámen no será superfluo, porque no acertaría yo a proponer a un príncipe nuevo otro modelo mas digno de ser imitado que el mismo duque. Si este, pues, a pesar de todas las medidas que tenía tomadas no consiguió su intento, mas fué por un efecto de su mala suerte, constante en serle contraria, que por culpa suya.

Cuando Alejandro VI quiso dar a su hijo una soberanía en Italia, debió luego esperimentar grandes obstáculos, y prever que serían mayores en lo sucesivo. No encontraba al pronto medio alguno de hacerle soberano de un estado que no perteneciese a la Iglesia, y sabía tambien que cualquiera de ellos que determina desmembrar, no lo consentirian el duque de Milan ni los Venecianos; como que Faenza y Rimini, en que fijó al principio la atencion, estaban ya bajo la proteccion de Venecia. Veia además que las armas de Italia, y especialmente aquellas de que hubiera podido servirse, se hallaban en manos

de los Orsinis, los Colonnas y sus partidarios, con quienes no podía contar, porque temian el engrandecimiento del papa.

Era indispensable, pues, destruir este órden de cosas y trastornar los estados de la Italia para apoderarse de la soberanía de una parte; lo que no fué dificil. Los Venecianos habían resuelto por otros motivos llamar a los Franceses a Italia; proyecto a que no se opuso el papa, antes bien lo favoreció, prestándose a anular el primer matrimonio de Luis XII. Entra, pues, este rey en Italia, ayudado por los Venecianos y con el consentimiento de Alejandro; pero, apenas había llegado a Milan, consiguió el papa que le diese tropas para apoderarse de la Romania, y así se hizo dueño de ella a favor de la reputacion de las armas del rey su aliado.

Habiendo el duque adquirido por este medio la Romania y abatido a los Colonnas, quería a un tiempo conservar su principado y aumentarlo; pero no tenía confianza en las tropas de los Orsinis de que se había servido, ni estaba muy seguro de la voluntad de la Francia; por lo que temía que las fuerzas le faltasen al mejor tiempo, y que no solo le estorbaran para llevar adelante sus proyectos de engrandecimiento, sinó que le quitasen tambien lo que tenía conquistado.

Los mismos recelos le inspiraba la Francia que los Orsinis: estos le dieron una prueba del poco caudal que debía hacer de ellos, cuando, despues de la toma de Faenza, atacó a Bolonia, y vió que se portaron con flojedad; y en cuanto a la primera, pudo juzgar de sus intenciones el duque, cuando, ya tomado el ducado de Urbino, hizo una invasion en Toscana, de la que el rey le obligó a desistir. Puesto en esta situacion, resolvió el duque que no obraría en adelante con dependencia de la fortuna o de las armas de otro.

Comenzó su empresa debilitando el partido de los Orsinis y de los Colonnas en Roma, y atrayendo al suyo todos los nobles unidos a estas dos casas, cuya voluntad iba ganando, ya con dinero, ya con la provision de gobiernos y empleos, segun la clase de cada uno; de forma que en pocos meses se les entibió la devocion que tenían a los primeros, y se la consagraron enteramente al duque. Ya que con mucha facilidad y destreza había dispersado a los Colonnas y atraídolos a sí, aguardó ocasion oportuna para perder a los Orsinis. Mas, conociendo estos, aunque algo tarde, que el poder del duque y el de la Iglesia producirían su ruina, celebraron una dieta en Majiona del Perusino, de la cual resultaron luego la rebelion de Urbino, los alborotos de la Romania y peligros innumerables que corrió la persona del duque, y de que se libró con el ausilio de los Franceses. Con todo eso no quiso volverse a fiar de ella ni de ninguna otra fuerza estranjera, luego que pudo dar cierta consistencia a sus negocios: a fin de no arriesgar nada en adelante, empleó únicamente la astucia; y de tal manera supo disimular sus intenciones, que los Orsinis llegaron a reconciliarse con él por la mediacion del señor Paolo. No hubo obsequio que no prodigara para ganarlos; les regalaba vestidos ricos, dinero, caballos, y ellos fueron tan simples que se dejaron engañar hasta venir a caer en sus manos en Sinigaglia. Quedando, pues, esterminados los jefes de esta familia, y luego reducidos a buena amistad sus mismos partidarios, el duque fijó su poder sobre cimientos mas sólidos, porque, no solo poseía ya toda la Romania y el ducado de Urbino, sinó que de tal modo se había ganado el afecto de los pueblos de estos dos estados, y especialmente el del primero, que se hallaban muy contentos con su gobierno. Es muy digna de atencion esta última circunstancia; y mereciendo por ella el duque ser imitado, no quiero pasarla en silencio.

unaLuego que se apoderó de la Romania, vió que habia estado manejada por infinidad de principillos, que se habian empleado en robar a sus súbditos

mas bien que en gobernarlos; y que, no teniendo fuerzas para protejerlos, mas bien habian contribuido a perturbarlos, que a mantenerlos en paz. Hallábase así aquel pais infestado de salteadores, despedazado por facciones y entregado a todo jénero de desórdenes y escesos. Conoció al instante que era necesario un gobierno vigoroso para restablecer la tranquilidad y el órden, y para someter los habitantes a la autoridad del príncipe. Puso para esto por gobernador a Ramiro de Orco, hombre cruel, pero activo, concediéndole facultades ilimitadas. Apaciguó Ramiro en poco tiempo los alborotos, concilió todos los partidos, y se granjeó la reputacion de pacificador del pais. Sin embargo, muy pronto reconoció el duque que ya no era necesario emplear tanto rigor, y que convenia mas templar una autoridad tan exhorbitante que hubiera llegado a ser odiosa (1). A este fin estableció un tribunal civil en el centro de la provincia, presidido por un hombre estimado generalmente, y dispuso que cada ciudad enviase allá su procurador o abogado. Conocia bien que las crueldades de Ramiro le habian acarreado algun aborrecimiento; y para purificarse de todo cargo ante los ojos del pueblo, ganando su amor, determinó manifestar que no debian imputársele las crueldades cometidas, sinó atribuirse todas al feroz carácter de su ministro (2). En seguida se aprovechó de la primera ocasion favorable que tuvo, y una mañana mandó hender de arriba abajo a Ramiro, y que se pusiera su cuerpo sobre un palo, en medio de la plaza de Cesana, con un cuchillo ensangrentado junto a él. El horror de semejante espectáculo dejó contentos los ánimos enconados, al paso que los llenó de espanto y de un frio estupor.

Pero volvamos a nuestro asunto. Encontrábase ya el duque muy poderoso y en gran parte exento del temor de sus enemigos, habiendo empleado contra ellos las armas que le parecieron mas convenientes, y destruido los vecinos poderosos que podian ofenderle. Faltábale únicamente, para asegurar la posesion de sus conquistas y poder aumentarlas, ponerse en estado de no temer al rey de Francia; pues sabia muy bien que este príncipe sufriría su engrandecimiento, habiendo reconocido, aunque tarde, el yerro que habia cometido. Con este fin procuró formar nuevas alianzas, al tiempo que se dirijian los franceses a Nápoles contra los españoles, que sitiaban a Gaeta. Era su intento fortificarse contra aquellos, como sin duda lo hubiera logrado si aun hubiese vivido Alejandro VI.

Tal fue su conducta en la provision de los negocios presentes; pero aun debia temer otros muchos peligros para lo venidero, como era el que le fuese contrario el papa nuevo y procurara quitarle lo que le había dado Alejandro su padre. Trató, pues, de ponerse a cubierto de semejantes peligros, y para esto en primer lugar acabó con el linaje de todos los señores a quienes habia despojado de sus dominios, quitando así al papa futuro un pretesto y los auxilios que aquellos hubieran podido suministrarle, para que le despojase a él mismo. En segundo lugar, procuró granjearse la aficion de todos los nobles de Roma, a fin de valerse de ellos para contener al papa en su misma capital. En tercer lugar introdujo en el sacro colejio a cuantas hechuras suyas pudo; y por último adquirió tantos estados, tanta soberanía y poder, antes que muriese su padre, que se hallaba ya fuerte y prevenido para resistir el primer asalto que se le diera.

(1) Moderen, pues, su ambicion los ministros de los tiranos, teniendo presente aquella máxima de Tácito: *Levi post admissum scelus gratiâ, dein graviùs ódio.* «Concédeles el príncipe un favor pasajero, cuando le sirven para un crimen; pero con ánimo de dejarles luego abandonados a los efectos de un odio profundísimo.» (Ann. 14).

(2) No ignoraba Borja lo que previene Tácito a los príncipes nuevos y viejos: *Nec unquan satis fida potentia, ubi nimia est.* «No esté nunca seguro de manienerse el poder que toque en los estremos.»

Al tiempo de la muerte de Alejandro, habia ya el duque empleado con buen éxito tres de estos cuatro medios, y lo tenia todo dispuesto para valerse igualmente del último. Habia quitado la vida a la mayor parte de los señores que dejaba despojados, libertándose muy pocos de sus manos; tenia ganada la voluntad de los nobles de Roma, y grande partido en el colejio de los cardenales; y en cuanto a sus adquisiciones, pensaba hacerse dueño de la Toscana, estando ya en posesion de Perusa y Piombino, y faltándole únicamente la formalidad de tomar la de Pisa, que se habia puesto bajo su proteccion. Tampoco tenia ya que contemplar a los franceses; pues habian sido lanzados del reino de Nápoles por los españoles, y cada uno de estos dos pueblos tenia que solicitar su amistad. Echándose sobre Pisa, Luca y Sena, no podian menos de ceder muy pronto, en parte por ódio de los Florentines, y en parte por miedo; y los Florentines no podian defenderse, estando faltos de fuerzas. Si todos estos proyectos hubieran podido estar ejecutados al fallecimiento de Alejandro, no hay duda que el duque hubiera tenido bastante fuerza y consideracion para sostenerse por sí mismo, e independientemente de la fortuna y del poder de otro.

Cinco años despues que el duque habia desenvainado la espada, murió Alejandro dejándole únicamente bien consolidado en el estado de la Romania, y todas sus demas conquistas en el aire entre dos potencias armadas. Hallábase tambien Borja a la sazon atacado de una enfermedad mortal; y con todo era tanta su habilidad, tan distinguido su valor, y sabia tan bien que hombres debia destruir y cuales atraer a su amistad; en fin, supo en tan poco tiempo asentar su poder sobre cimientos tan sólidos, que, a no haber tenido delante dos ejércitos enemigos, o si hubiese estado bueno, no hay duda que hubiera vencido todas las demas dificultades. La prueba de que sus principios eran muy seguros está en que por mas de un mes se le mantuvo fiel y tranquila la Romania; y en que, aun estando medio muerto, nada tuvo que temer de parte de Roma, ni se atrevieron a perseguirle los Baglioni, los Vitelli y los Orsini, sin embargo de que se trasladaron a la misma ciudad. Consiguió, a lo menos, que, ya que no fuese electo papa el cardenal que él quería, tampoco lo fuese aquel que de ningun modo le acomodaba: en fin, todo le hubiera sido muy fácil, no habiéndose hallado enfermo al tiempo que murió Alejandro. Díjome el dia mismo que fué electo pontífice Julio II, que había reflexionado mucho en todo lo que podría ocurrir a la muerte de su padre, buscando algun remedio acomodado a cada incidente; pero que nunca le habia ocurrido que él propio podría hallarse en peligro de perder la vida cuando su padre muriese.

Resumiendo todas las acciones del duque, no encuentro falta alguna que imputarle, y me parece que puedo, como lo he hecho, proponerle por modelo a todos aquellos que, por la fortuna o por las armas de otro, hayan ascendido a la soberanía con miras grandes y proyectos todavía mayores. Su conducta no podia ser mejor; y el único tropiezo que encontraron sus designios fue la muerte demasiado temprana de Alejandro, y la enfermedad que a la sazon él mismo padecia.

A cualquiera, pues, que juzgue serle necesario en un señorío nuevo asegurarse de la fe de sus enemigos, adquirir partidarios, vencer o por la fuerza, o por la astucia, hacerse amar y temer de los pueblos, hacerse seguir y respetar por el soldado, destruir a todos los que pudieren o debieren causarle daño, sustituir leyes nuevas a las antiguas, ser a un tiempo severo y benigno, magnánimo y liberal, deshacerse de una milicia en que no pudiera tener confianza y formar otra nueva, conservar la amistad de los príncipes y de los reyes, de modo que deseen hacerle bien y teman tenerle por contrario; de todo esto, digo, no puede ofrecerse un ejemplo mas reciente ni mas acabado que el que presenta César Borja, a lo menos hasta la muerte de su padre.

Solamente es reprensible este duque en cuanto a la eleccion de Julio II para el pontificado. Verdad es, como ya hemos dicho, que no pudo hacer que recayese el nombramiento en la persona que quisiera; pero a lo menos pudo lograr y debió querer que se escluyese a la que no le convenia, pues por ningun título debió consentir la exaltacion de cualquiera de aquellos cardenales a quienes tenia ofendidos, y que, llegando a ser pontífices, todavía podrían temerle, porque los hombres nos ofenden, o por ódio o por miedo. Los cardenales a quienes el duque debia temer por haberles ofendido, eran entre otros el de san Pedro *Advíncula*, el de de Colonna, san Jorge y Ascanio. Todos los demas que pudieran haber sido electos, tenian motivos tambien para temerle, escepto el cardenal de Amboise, harto poderoso por la proteccion de la Francia y los españoles, que se hallaban unidos a él por relaciones de parentesco y de mutuos servicios.

Debió el duque desde luego haber procurado que se nombrase un español; y habiéndolo conseguido, le era mas conveniente haberse prestado a favorecer el nombramiento del arzobispo de Ruan, que del cardenal de san Pedro *Advíncula*; pues es un error creer que se olvidan las ofensas antiguas por los beneficios recientes entre las personas de primer órden. No hay duda que en esta eleccion cometió el duque una falta gravísima, que ocasionó despues su propia ruina.

EXÁMEN.

COMPÁRESE el príncipe de Fenelon con el de Maquiavelo. En el primero vemos retratado el carácter de un hombre de bien: la bondad, la justicia, la equidad, todas las virtudes, en fin, llevadas a un grado eminente de perfeccion; parécenos entrever una de esas inteligencias puras, destello de la gran sabiduría que preside al gobierno del mundo. En el segundo, por el contrario, vemos la perversidad, la impostura, la perfidia, la traicion y todos los crímenes reunidos; vemos, en fin, un monstruo que el mismo infierno no podría abortar sin trabajo. Y, si bien es cierto que la naturaleza humana se asemeja demasiado a la de los ánjeles en el poema del Telémaco, es tambien evidente que se aproxima mucho a la de los demonios infernales en el libro del Príncipe de Maquiavelo. César Borja, duque de Valentino es el modelo por el cual forma el autor el carácter de su príncipe; el tipo que recomienda descaradamente como digno de ser imitado por todos aquellos que aspiren a engrandecerse con la ayuda de sus amigos o de sus armas. Creo, pues, necesario que el lector conozca a fondo quien era César Borja, para que pueda formarse una idea exacta del héroe y de su panejirista.

No hay jénero alguno de crímen que no haya cometido César Borja: mandó asesinar a su hermano, rival suyo en gloria y en amores, casi a vista de su propia hermana; dispuso la matanza de los suizos todos del papa, por vengarse de algunos de ellos, que habían hecho ofensa a su madre; despojó a varios cardenales y ricos magnates por satisfacer su sed de oro; usurpó los estados de la Romanía al duque de Urbino, su lejítimo posesor, y dió muerte violenta al feroz Orco, su amigo y complice; tramó en Sinigaglia la muerte de varios príncipes, cuya vida creyó ser un obstáculo al logro de sus fines; mandó arrojar al rio a una dama de Venecia de cuya virtud había abusado. Pero, ¿a qué me canso en enumerar los crímenes que se cometieron por mandato suyo? ¿Acaso es posible contarlos? Tal fue, sin embargo, el hombre que Maquiavelo prefiere a los grandes jenios de su tiempo y aun a los héroes de la antigüedad, y cuya vida y hechos juzga dignos de servir de ejemplo a los hijos predilectos de la fortuna.

Pero estas lijeras aclaraciones no me satisfacen; debo combatir a Maquiavelo detalladamente, a fin de que los que piensan como él no se valgan de subterfujios, ni puedan poner a cubierto su osada perversidad.

César Borja fundó el edificio de su propia fortuna sobre la ruina de los príncipes de Italia. Sembrar la discordia entre sus vecinos para debilitarlos, y poder luego impunemente usurparles todos sus bienes; tal era su lójica, tal es la lójica de los malvados. Necesitaba un aliado poderoso que sancionase sus demasías: fue pues, preciso que el papa Alejandro VI sancionase por su parte el monstruoso matrimonio de Luis XII con Ana de Bretaña, para que el rey de Francia consintiera en ser aliado de César Borja. De este modo han obrado siempre los que, debiendo dar ejemplo a los demas, han sacrificado los intereses de la relijion a los intereses personales. Si el primer matrimonio de Luis XII carecía de algun indispensable requisito de lejitimidad, el papa hubiera debido impedir su celebracion, hasta donde alcanzase su poder; y si, por el contrario, era válido, nunca debió el Pontífice Romano consentir que se anulase.

Para hacerse partidarios, Borja sobornó con ricos presentes a los amigos y vasallos de la casa de Urbino: no se lo imputemos a crímen, ya que el soborno suele a vezes disfrazarse con máscara de esplendidez o beneficencia; pero su intencion era deshacerse de algunos príncipes de aquella casa ducal, de Vitelozzo, de Oliveroto de Fermo y otros; y con este objeto, dice Maquiavelo que tuvo Borja la *prudencia* de atraerlos a la ciudad de Sinigaglia, donde fueron alevosamente asesinados por órden suya. Abusar de la buena fe de los hombres, emplear infames astucias, el dolo, la traicion, el perjurio y el asesinato, he aquí a lo que llama *prudencia* el doctor de la perversidad. Y yo pregunto: ¿es *prudente* enseñar a los hombres a ser perjuros y a engañarse unos a otros? ¿Qué garantías podrá tener de la fidelidad de sus amigos o familiares quién así se mofa de la buena fe, y quebranta por sistema sus juramentos? El que da ejemplos de traicion a los demás debe vivir en guardia contra los traidores; y el que da lecciones de asesinato tema que algun dia le alcanze el puñal de sus discípulos.

Para hacer cesar las turbulencias que él mismo escitaba con su tiranía, Borja nombró gobernador de la Romanía al feroz Orco: vióse entonces al mas violento de los usurpadores, al mas falso de los perjuros, al mas bárbaro de los asesinos y envenenadores, ensañarse contra algunos rateros y jóvenes turbulentos, castigándolos con inhumanos suplicios por querer copiar en miniatura los enormes vicios de su tirano. Ejemplos muy distintos de consecuencia y de nobleza ha dado a sus súbditos el último rey de Polonia (1), cuya muerte ha promovido tantas disensiones en Europa. La ley sajona condenaba al adúltero a ser decapitado: ley bárbara, cuyo orijen no examinaré, pero que parece mas conforme al carácter zeloso de los italianos que al moderado y paciente de los alemanes. Un desgraciado que delinquió fue sentenciado con arreglo a ella; pero Augusto, que debía firmar la sentencia, era demasiado sensible a los halagos del amor y a la voz de la humanidad. Su respuesta fue perdonar al criminal, y abolir al mismo tiempo una ley que a él mismo condenaba. Esta es la conducta de un hombre sensible y humano; pero César Borja castigaba como castigan los tiranos: con inhumana ferozidad.

Orco era acreedor cuando menos a la gratitud de su príncipe, cuyos designios había secundado con tanta prontitud como sumision; pero Borja, creyendo que podría atraerse las simpatías de sus maltratados súbditos, lo hizo descuartizar, para dar a entender que destruía para siempre el instrumento de su propia barbarie. Nunca es mas refinada la tiranía que cuando el tirano

(1) Federico Augusto II: murió en 1733.

quiere vestirse con el armiño de la inocencia; nunca es mas sensible la opresion que cuando se escuda con la ley.

Borja preveía los acontecimientos que podían sobrevenirle a la muerte del papa, su padre; y a fin de precaverse contra ellos, fue poco a poco esterminando con el puñal o con veneno a todos aquellos cuyos bienes se había apropiado, temiendo que el nuevo pontífice, ayudado de los descontentos, se opusiera a sus continuas demasías. Los crímenes se enlazan forzosamente unos con otros como eslabones de una cadena: la sed de gloria y de placeres ocasiona gastos: para sufragarlos se necesitan riquezas: para obtenerlas, no hay medio mas cómodo que robarlas a sus lejítimos posesores: y para disfrutarlas con toda seguridad es preciso esterminar a las víctimas. Así raciocinan los bandidos. Entre los muchos desgraciados que Borja perseguía con tan siniestros fines, se hallaban algunos cardenales. El asesino les convidó a cenar en el palacio pontifical; pero quiso la Providencia que el papa y César Borja bebiesen por descuido el tósigo que destinaban a sus convidados. Alejandro VI sucumbió a sus mortales efectos; y Borja solo se libró de la muerte para arrastrar en cambio el peso de una vida aventurera y miserable, digna recompensa de los viles asesinos.

Estas son, en resúmen, la prudencia, la habilidad y las virtudes que Maquiavelo no se cansa de elojiar. Los mas elocuentes panejiristas, Bossuet, Flechier, Plinio, no podrían decir mas para ensalzar a sus héroes de lo que ha escrito Maquiavelo en elojio de César Borja. Si el autor hubiese querido escribir un poema haciendo gala de frases poéticas y de figuras retóricas, podríamos aplaudir la sutileza de su injenio, censurando la mala eleccion de su asunto; pero no se trata de cosa tan fútil: su libro es un tratado de política que pasará a la posteridad; es una obra séria, en la cual Maquiavelo se ha atrevido a tributar los mayores elojios al monstruo mas abominable de cuantos pudo el infierno vomitar en la tierra, sin temor de acarrearse el odio y el desprecio de las futuras jeneraciones.

CAPITULO VIII.

De aquellos que se han elevado a la soberanía por medio de maldades.

Paréceme conveniente ahora hablar de otros dos modos que hay de adquirir la soberanía, independientes en parte de la fortuna y del mérito, sin embargo de que el exámen de uno de ellos ocuparia un lugar mas propio en el artículo de las repúblicas. El primero consiste en ascender a la soberanía por medio de alguna gran maldad; y el segundo se efectua cuando un simple particular es elevado a la dignidad de príncipe de su patria por el voto jeneral de sus conciudadanos. Dos ejemplos del primer caso voy a citar, el uno antiguo y el otro moderno, los cuales sin mas aprecio ni exámen, podrán servir de modelo a cualquiera que se halle en la necesidad de imitarlos. El siciliano Agatocles, que de simple particular de la mas ínfima estraccion subió al trono de Siracusa, y siendo hijo de un alfarero fue dejando señales de sus delitos en todos los pasos de su fortuna; se portó, no obstante, con tanta habilidad, con tanto valor y enerjía de alma, que, siguiendo la carrera de las armas, pasó por todos los grados inferiores de la milicia y llegó hasta la dignidad de pretor de Siracusa. Luego que subió a un puesto tan elevado, quiso conservarlo, desde allí alzarse con la soberanía, y retener por la fuerza y con absoluta independencia la autoridad que voluntariamente se le habia concedido. Para este fin



Agatocles, estando antes de intelijencia y concierto con Amilcar, que mandaba a la sazon el ejército de los cartajineses en Sicilia, juntó una mañana al pueblo y senado de Siracusa, con el pretesto de conferenciar sobre los negocios públicos; y a una cierta señal, hizo a sus soldados degollar a todos los senadores y a los mas ricos del pueblo: muertos los cuales se apoderó sin trabajo de la soberanía, y la disfrutó sin la menor oposicion de parte de los ciudadanos. Derrotado luego dos vezes por los cartajineses, y sitiado finalmente por los mismos en Siracusa, no tan solo se defendió allí, sinó que, dejando en la ciudad una parte de sus tropas, pasó al Africa con las otras; y de tal modo apretó a los cartajineses, que se vieron muy pronto obligados a levantar el sitio, y en tanto apuro que hubieron de contentarse con el Africa, abandonandole definitivamente la Sicilia.

Si se examina la conducta de Agatocles, muy poco o nada se encontrará que pueda atribuirse á la fortuna; porque ni llegó a la soberanía por favor de nadie, sinó pasando sucesivamente, como ya he dicho, por todos los grados militares, a costa de mil contratiempos, ni se sostuvo en ella sinó en fuerza de una multitud de acciones tan peligrosas como esforzadas. Tampoco podria decirse que fuera virtuoso un hombre que degolló a sus conciudadanos, que se deshizo de sus amigos, que no guardó fe, ni tuvo piedad ni relijion; medios todos que acaso podrán conducir a la soberanía, pero de ningun modo a la gloria.

Mas, si por otra parte consideramos la intrepidez de Agatocles en arrostrar los peligros, y su habilidad para salvarse de ellos, la firmeza y robustez de su ánimo para sufrir o superar la adversidad, no se encuentra razon para que se le escluya del número de los capitanes mas célebres; sin embargo de que su inhumanidad, su crueldad feroz y los delitos innumerables que cometió tampoco permitan que se le cuente entre los hombres grandes. Lo cierto es que no pudiera atribuirse a su virtud ni a su fortuna todo lo que llegó a conseguir sin ellas.

Oliveroto de Fermo, en nuestro tiempo, y viviendo todavía el papa Alejandro VI, se quedó en la niñez huérfano de padre y madre: criole su tio materno Juan Fogliani, quien le encomendó a Pablo Vitelli para que le enseñara el arte de la guerra y le hiciera llegar a un grado distinguido. Despues de muerto Pablo, sirvió bajo el mando de su hermano Vitellozo, y por su habilidad y valor fue en muy poco tiempo el primer capitan de aquel ejército. Sonrojándose luego de servir y de hallarse confundido con el vulgo de los oficiales, pensó en apoderarse de Fermo, su patria, con el auxilio de Vitellozo y de otros ciudadanos que malamente preferian la esclavitud a la libertad de aquel pais. Escribió, pues, a Juan Fogliani diciéndole que, por haber estado largo tiempo ausente de su casa, queria pasar a visitarle y a ver al mismo tiempo su pais, que en cierto modo podia reconocer como património suyo; que, habiendo trabajado tanto por granjearse alguna reputacion, deseaba tambien que sus conciudadanos se convenciesen por sí mismos de que no habia malgastado el tiempo, y por consiguiente queria presentarse a ellos con cierta brillantez, acompañado de cien jinetes, amigos suyos, y de algunos servidores; que para hacer mas suntuoso su recibimiento, le suplicaba que indujese a los principales habitantes de Fermo a que le saliesen al encuentro, cuyo acto no solo le serviría a él de placer, sinó que cedería igualmente en honra de su tio que habia cuidado tanto de darle educacion.

Desempeñó exactamente Juan Fogliani los encargos de su sobrino, disponiendo que los habitantes de Fermo le recibieran con la mayor distincion, y hospedándole en su casa. Empleó allí un dia Oliveroto en preparar lo que necesitaba para el exito favorable de sus culpables designios, y con este fin dis-

puso un magnífico banquete, al cual convidó a Juan Fogliani y a las personas principales de la ciudad. Despues de la comida y entre la alegría que acompaña siempre a semejantes funciones, suscitó de intento Oliveroto la conversacion sobre un asunto serio: habló del poder del papa Alejandro y de su hijo Borja y sus empresas. Juan y los demas iban diciendo por turno su parecer, cuando, levantándose de repente Oliveroto, dijo que de aquella materia debía hablarse en sitio mas secreto, para lo cual pasó a otra sala seguido de su tio y de los demás convidados. Apenas se sentaron, unos soldados que estaban ocultos, salieron y mataron a Juan y a todos los demas Oliveroto monta luego a caballo, recorre toda la ciudad, sitia el palacio del majistrado supremo, oblígale a obedecer y a que establezca un gobierno, del que se le declara príncipe, dá muerte a todos los descontentos que le hubieran podido incomodar, instituye nuevas leyes civiles y militares, y llega de tal modo a consolidar su poder en el discurso de un año, que, no solamente se mantenía con seguridad en Fermo, sinó que vino a ser temido de todos sus vecinos. Hubiera sido por tanto tan dificultosa su espulsion como la de Agatocles, a no haberse dejado engañar por el duque de Valentino, que, como ya hemos dicho, le enredó en Sinigaglia con los Orsini y los Vitelli, un año despues que cometió su parricidio y fué allí degollado con Vitellozo, su maestro en el arte de la guerra y en el de la perversidad.

Causará sin duda admiracion como Agatocles y otros semejantes a él pudieron vivir en paz largo tiempo en su patria, teniendo que defenderse de enemigos esteriores, y sin que ninguno de sus conciudadanos conspirase contra su vida, cuando otros príncipes nuevos no han podido nunca mantenerse por razon de sus crueldades durante la paz, y todavía menos en tiempo de guerra. Yo creo que esto provenga del uso bueno o malo que se hace de la crueldad. Se la puede llamar bien empleada (si es permitido dar el nombre de bueno a lo que es malo en sí mismo), cuando se ejerce una sola vez dictándolo la necesidad de consolidar el poder, y cuando únicamente por utilidad del pueblo se recurre a un medio violento. Crueldades mal empleadas son aquellas que, aunque poco considerables al principio, van luego creciendo en lugar de acabarse. Los que ejercieren la crueldad de la primera especie, podrán esperar que al cabo Dios y los hombres les perdonen, y tal fué la de Agatocles; pero aquel que la use o emplee de otro modo, cierto es que no podrá sostenerse.

Necesitase, pues, que el usurpador de un estado cometa de un golpe todas cuantas crueldades exija su propia seguridad para no repetirlas: de este modo se asegurará la obediencia de sus súbditos, y todavía podrá adquirir su afecto, como si les hubiera hecho siempre beneficios. Si, mal aconsejado o por timidez, obrare de otra manera, necesitaría tener continuamente en la mano el puñal, y se encontraría siempre imposibilitado de contar con la confianza de unos súbditos a quienes tantas y repetidas vezes hubiese ofendido: porque, vuelvo a decir, estas ofensas deben hacerse todas de una vez, a fin de que hieran menos siendo menor el intérvalo de tiempo en que se sientan; y por el contrario los beneficios han de derramarse poco a poco y uno a uno, para que se les tome mejor el sabor. Es necesario sobre todo que de tal manera se conduzca un príncipe con sus súbditos que por ningun acontecimiento mude de conducta, ni en bien ni en mal; pues para obrar mal se pierde la coyuntura oportuna luego que la fortuna se tuerce; y cuando consiste la mudanza en obrar bien, tampoco suele agradecerse, porque se cree hija de la necesidad.

Exámen.

Las mismas palabras de Maquiavelo me bastan para confundirlo. ¿Qué atrozidades pudiera yo decir de este escritor que no vayan comprendidas en el simple anuncio del título de este capítulo?

Si Maquiavelo enseñase la gramática del crímen en un seminario de bandidos; si erijiese cátedra de perfidia en una universidad de traidores, no sería de estrañar que tratase materias adecuadas a su propósito; pero el autor habla a los hombres todos, porque el que imprime sus escritos, comunica sus ideas al mundo entero, y aun se dirije mas a la virtud que al vicio, puesto que su obra está destinada a ser leida por los estadistas y hombres políticos, que deben ser tanto mas virtuosos, cuanto que su mision es dirijir y gobernar a los demas. Y en este supuesto, ¿cabe mayor infamia, mayor insolencia, que enseñarles la traicion, la perfidia y el asesinato? ¿No sería un bien para el jénero humano que los nombres de Agatocles y de Oliveroto de Fermo, cuyo ejemplo se complace en citar Maquiavelo, permaneciesen eternamente sepultados en la oscuridad y el olvido?

La simple lectura de la vida de Agatocles o de Oliveroto basta para desarrollar en un hombre de perverso instinto, el jérmen peligroso que alberga, sin saberlo, en su corazon. ¿Cuantos jóvenes hay enloquecidos con la lectura de novelas, que solo ven y piensan como los Arturos y Medoros? Hay algo de epidémico en el pensamiento, que se comunica facilmente de uno a otro cérebro. Pudiera citar el ejemplo de Cárlos XII. Este rey aventurero, este heroe vagabundo, digno de figurar entre los mas distinguidos de la andante caballería, cuyas virtudes, exaltadas a un grado pernicioso de exajeracion, dejeneraron en vicios, se había propuesto por modelo, desde su mas tierna infancia, la vida de Alejandro Magno; y los que han conocido intimamente el carácter de Carlos XII aseguran que las guerras de Polonia, la coronacion de Estanislao y la derrota de Pultava, son otras tantas imitaciones de lo que refiere Quinto Curcio sobre las guerras de Alejandro, la coronacion de Abdolomino y la derrota de Dario. ¡Pluguiera al Cielo que los heroes de Maquiavelo fueran solo imitadores de Alejandro!

Agatocles y Oliveroto, que figuran en este capítulo como modelos de prudencia y ejemplos vivos de tiránica felizidad, conservaron sus pequeños estados, porque, segun dice el autor, supieron ser crueles a tiempo; lo cual significa que se lanzaron a perpetrar de un solo golpe todos los crímenes y violencias que creyeron indispensables para el logro de sus fines. Es decir, que un príncipe prudente debe degollar y asesinar a cuantos le infundan sospechas; pero debe evitar toda lentitud en la ejecucion de la venganza. Maquiavelo aprueba hechos semejantes a la degollacion de San Bartolomé o a las vísperas Sicilianas, donde se cometieron atrozidades que hacen temblar de espanto a la humanidad, pero que el autor mira con indiferencia siempre que se ejecuten con prontitud aterradora. La razon que da para ello es, que los suplicios prontos y terribles se borran facilmente de la memoria de los pueblos; y las crueldades que se cometen continuamente, mantienen vivos los sentimientos de dolor y de odio irreconciliable. Yo creo que tan execrable es el tirano que manda degollar a mil personas en un solo dia, como el que las va asesinando por intervalos.

Pero, siguiendo mi sistema, no debo contentarme con espóner la horrible moral del escritor que me ha cabido combatir; quiero convencerle de falsedad y de mala fe.

En primer lugar es falso, como asegura Maquiavelo, que Agatocles haya

gozado en paz del fruto de sus crímenes. Aquel tirano estuvo casi siempre en guerra con los cartajineses. En Africa, se vió obligado a abandonar su ejército; y los soldados, en venganza, asesinaron a sus hijos después de su fuga; y finalmente, murió devorado interiormente por un activo veneno que le suministró su nieto Archagates.

Los crímenes de Oliveroto de Fermo tampoco quedaron impunes, pues murió víctima de la perfidia de César Borja un año después de su elevacion: de modo que un malvado sirvió para castigar a otro malvado; y si Oliveroto no hubiese sucumbido al odio de César Borja, hubiera sentido mas tarde los efectos del odio que le profesaban sus vasallos.

Pero, aun cuando el crímen pudiera perpetrarse con toda impunidad, aun cuando el tirano no se viese continuamente espuesto a un trájico fin, siempre vivirá infeliz al considerarse oprobio del jénero humano, y no podrá jamás ahogar la voz de la conciencia que le acusa: suplicio verdadero, insoportable, que le roe incansable el corazon. No; no está escrito en los libros de la humana naturaleza que un malvado pueda ser nunca dichoso. Léanse las vidas de Dionisio, de Tiberio, de Neron, de Luis Onceno; y se verá que estos monstruos iguales en demencia y en ferozidad terminaron su carrera del modo mas desastroso.

Todo hombre cruel es misantropo y atrabiliario por temperamento; si no trata de combatir en edad temprana sus funestas inclinaciones, llegará a ser con el tiempo tan feroz como insensato. Aun suponiendo que no hubiera un Dios en el cielo y una justicia en la tierra, siempre sería necesaria a los hombres la virtud; pues ella sola puede unirlos en fraternales lazos y cooperar a su mutua conservacion, en tanto que el crímen les conduce infaliblemente a la miseria y la muerte.

CAPITULO IX.

—

De los principados civiles.

El otro modo de adquirir la soberanía, sin emplear la traicion ni la violencia, consiste en hacerse uno príncipe de su pais mediante el favor y ayuda de sus conciudadanos; por lo que a esta especie de principados puede darse el título de *civiles*. Su adquisicion no siempre supone en el favorecido singular mérito ni una felizidad estraordinaria, sinó mucha maña y el aprovechamiento pleno de una ocasion favorable. Asciéndose, digo, a la majistratura suprema del pais, o a esta soberanía, por la voluntad del pueblo, o por el apoyo de los grandes; porque de estos dos elementos se derivan los diferentes partidos que pueden dividir un estado. Nace el uno de la aversion del pueblo al gobierno opresivo de los nobles, y el otro del deseo que tienen estos de gobernar al pueblo y de oprimirle; resultando de la diversidad de miras e intereses encontrados una lucha, que al fin trae, ya el gobierno de uno, ya el de muchos, ya la licencia y la anarquía.

El principado procede del pueblo o de los grandes, segun lo decide la fortuna; porque cuando los nobles se ven estrechados por el pueblo con esceso, suelen encontrar el medio mas facil de subyugarlo, tomando por caudillo a alguno de su jerarquía y dándole el nombre de príncipe, para satisfacer bajo la sombra de una autoridad reconocida, la necesidad que tienen de dominar; y tambien el pueblo por su parte, y por no ceder a su enemigo, toma a

las veces el partido de oponerle un plebeyo, en quien igualmente espera apoyo y proteccion.

Con mucho trabajo se sostiene en el principado el que asciende a tanta dignidad por favor de los nobles; porque suele hallarse rodeado de hombres, que, creyendo ser todavía iguales suyos, con dificultad se someten a su autoridad; mas aquel a quien el pueblo eleva por su gusto, campea solo, y con dificultad encuentra entre los que andan a su lado quien se atreva a oponerse a su voluntad.

Es además muy fácil contentar al pueblo sin cometer injusticia, y no lo es tanto contentar a los grandes; porque estos quieren ejercer la tiranía, y el pueblo se limita a evitarla. Por otra parte, puede un príncipe sin mucho trabajo contener en los límites de su deber a los nobles que le son contrarios, por ser corto su número; pero ¿cómo podrá estar seguro de la obediencia y de la fidelidad del pueblo, si llega este a separar sus intereses propios de los del príncipe?

No cabe duda en que el príncipe se verá pronto abandonado de un pueblo que no le tuviere afecto, como lo sería tambien por los grandes contra cuyo gusto gobernara. Unos y otros van conformes en esto; pero debe el príncipe tener entendido que los grandes, sabiendo calcular mejor y sacar mas partido de las circunstancias favorables, al primer revés que esperimente de la fortuna, le volverán la espalda para servir y hacerse gratos al vencedor. Por último, cuente el príncipe con que tiene que vivir siempre con el mismo pueblo, y no con los mismos nobles, a quienes puede a su arbitrio elevar o abatir, colmar de favores o de desgracias. Mas, a fin de ilustrar cuanto sea posible la materia, paso a examinar los dos aspectos bajo que debe el príncipe mirar a los grandes, para conocer si están o no enteramente unidos a su causa. Aquellos que dan pruebas de adhesion y celo hacia el príncipe, deben ser honrados y queridos, siempre que no sean hombres entregados al robo. Entre los que rehusan mostrar demasiado interes por la fortuna del príncipe, habrá algunos que se conduzcan mal por debilidad y cobardía, y otros habrá que lo hagan por cálculo y por miras de ambicion. Procure, pues, el príncipe sacar el partido que pueda de los primeros, especialmente si tienen facultades, porque esto cederá siempre en honra suya durante la prosperidad; y cuando el tiempo fuere adverso, rara vez serían temibles los hombres de semejante caracter: pero desconfie tambien de los otros, como de enemigos suyos declarados, que no se contentaran con abandonarle, si la fortuna le fuese contraria, sinó que luego podrían tomar las armas contra él.

Un ciudadano que asciende al principado civil por el favor del pueblo, debe cuidar mucho de conservar su afecto, lo que es facil siempre, como que el pueblo no quiere mas que no ser oprimido; pero aquel que llega a ser príncipe por la ayuda de los grandes y contra el voto del pueblo, debe ante todas cosas procurar ganarse la voluntad de este último, y lo conseguirá protejiéndole contra los que intenten dominarle. Cuando los hombres reciben beneficios de la mano misma de que esperaban agravios, se aficionan a su dueño con mas eficazia; y así el pueblo sometido a un príncipe nuevo, que se declara luego bienhechor suyo, se le aficiona todavía mas que si él propio le hubiera espontaneamente elevado a la soberanía. Infiérese, pues, de esto que el príncipe puede granjearse la benovolencia del pueblo por diversos medios; de los cuales sería inútil hablar aqui circunstanciadamente, en atencion a la dificultad de dar una regla fija y aplicable a las diferentes circunstancias. Solo diré que el príncipe necesita ganarse la voluntad del pueblo, si ha de contar con algun recurso en su adversidad.

Cuando Nabis, príncipe de Esparta, se vió acometido por el ejército victo-

rioso de los Romanos y por los otros estados de la Grecia, solamente tuvo un corto número de enemigos interiores que contener durante el peligro; y de este modo pudo con facilidad defender su patria y su estado; pero ciertamente hubiera sido muy contrario el éxito, habiendo tenido al pueblo por enemigo.

En vano se opondria a mi opinion el manoseado proverbio que dice: *Contar con el pueblo es lo mismo que escribir en el agua.* El dicho podrá ser cierto respecto a un ciudadano que lucha con enemigos poderosos o contra la opresion de los majistrados, como sucedió a los Gracos en Roma, y a Gregorio Scali en Florencia; pero a un príncipe que no le falta valor y cierta maña, que, lejos de abatirse cuando la fortuna le es contraria, sabe, tanto por su firmeza como por las disposiciones acertadas que toma, mantener el órden en sus estados, jamás le pesará de haber podido contar con el afecto del pueblo.

Un príncipe corre a su ruina cuando quiere llegar a ser absoluto, especialmente si no gobierna por sí mismo; porque entonces depende de aquellos a quienes ha confiado su autoridad, los cuales, o rehusan obedecerle al primer movimiento que se deja sentir, o tal vez se sublevan contra él; y en este caso no es ya tiempo de pensar en hacerse absoluto: lo uno, porque no sabrá de quien fiarse, y lo otro porque ciudadanos y súbditos estan acostumbrados todos a obedecer a los majistrados, y no se acomodarían a reconocer otra autoridad. Es tanto mas embarazosa la situacion del príncipe en tales circunstancais, cuanto que no puede servirle de regla el estado que tienen las cosas en los tiempos ordinarios, y cuando todos sin cesar tienen que recurrir a su autoridad; porque entonces no hay nadie que no se reuna presurosamente a él, y que no se manifieste dispuesto a morir en su defensa, como que se halla lejos la muerte de que se habla; pero durante los reveses de la fortuna, presentándose la ocasion oportuna de prestar tan oficioso servicio, esperimenta el príncipe de parte del pueblo, y demasiado tarde por su desgracia, que aquel ardor era poco sincero: esperiencia tanto mas triste y peligrosa, cuanto que no suele hacerse dos vezes.

Un príncipe sabio debe, por consiguiente, conducirse de modo que en todo tiempo y en cualquier trance estén persuadidos sus súbditos de que le necesitan y no pueden pasar sin él; esta será siempre la mejor garantía del celo y de la fidelidad de los pueblos.

EXÁMEN.

No hay sentimiento mas inseparable de nuestro ser que el sentimiento de la libertad. Desde el hombre mas culto hasta el mas bárbaro, todos estan igualmente poseidos de esta natural aspiracion; porque, así como nacemos sin cadenas, del mismo modo deseamos vivir sin que nos opriman ni tiranizen. Este espíritu de independencia y de arrogancia ha producido muchos grandes hombres en el mundo, y ha dado lugar a la formacion de los gobiernos republicanos, que, estableciendo la igualdad entre los hombres, les recuerda en cierto modo su primitivo estado.

Este capítulo contiene buenas máximas políticas para aquellos que logran subir a la cumbre del poder por el libre consentimiento de los jefes de una república; casi es este el solo caso en que Maquiavelo nos permite ser probos y virtuosos. Pero desgraciadamente este caso no llega nunca, porque los republicanos, zelosos con esceso de su libertad, desconfian de todo cuanto puede menoscabarla, y se alarman a la sola idea de monarquía. Pueblos se han visto en Europa que han sacudido el yugo de sus señores para gozar de su independencia y libertad; pero aun no sabemos de pueblo alguno que haya pasado voluntariamente del estado libre al estado de servidumbre.

Cierto es que la mayor parte de las repúblicas conocidas han venido a caer, con el trascurso de los años, en las garras del despotismo; y aun me inclino a creer que esta desgracia inevitable les espera a todas ellas. Porque, ¿como podrá una república combatir siempre con buen éxito las infinitas causas que minan la libertad? ¿Como podrá contener la ambicion de los grandes, destruir las maquinaciones de sus vecinos, o impedir la corrupcion de los ciudadanos, mientras el interes siga siendo el móvil de las acciones humanas? Y ¿podrá siempre salir airosa de las guerras que le muevan las naciones enemigas? ¿Podrá siempre prevenir los acontecimientos imprevistos, que suelen favorecer, en momentos críticos y decisivos, la ambicion de los malos ciudadanos? Una república no saldrá jamás de este dilema: Si al frente de sus ejércitos figuran hombres cobardes o tímidos, no tardará en ser presa del enemigo: si, por el contrario, cuenta con grandes capitanes, valientes y atrevidos, estos mismos, terminada la guerra, serán peligrosísimos para su libertad.

Casi todas las repúblicas se han elevado del abismo de la tiranía a la cumbre de la libertad, y casi todas ellas han perdido su libertad para volver a caer en la esclavitud. Aquellos atenienses que en tiempo de Demóstenes ultrajaban publicamente a Filipo de Macedonia, se vieron obligados a postrarse a los pies de Alejandro; los romanos, que tanto parecian odiar el poder de los reyes, después de la espulsion del último Tarquino, llegaron a sufrir pacientemente la cruel tiranía de sus emperadores; y aquellos mismos ingleses, que llevaron al cadalso a Carlos I, porque habia usurpado algunos de sus derechos, doblaron la frente ante el soberbio protectorado de Cromwell. Pero de aquí no se deduce que estas repúblicas se hayan entregado voluntariamente en manos de sus señores: estos ejemplos solo prueban que hubo hombres emprendedores y atrevidos, que supieron aprovecharse de las coyunturas favorables para subyugarlas contra su voluntad.

Del mismo modo que los hombres nacen, viven cierto tiempo, y mueren al fin por enfermedad o vejez, así las repúblicas se forman, florecen algunos siglos, y mueren finalmente por la audacia de algun ciudadano o por las armas de sus enemigos; porque todo muere en el mundo: los imperios mejor constituidos, las monarquías mas poderosas, tienen limitada su vida. Asimismo las repúblicas conocen que tarde o temprano dejarán de existir; y esto es causa de que desconfien de las familias opulentas, porque ven en ellas el jérmen de la enfermedad que puede ocasionar su muerte.

Los verdaderos republicanos no cambiarán jamás su libertad por la mejor de las dominaciones: todos ellos dirán que vale mas depender de las leyes que del capricho de un hombre solo.

CAPITULO X.

Como deben graduarse las fuerzas de los gobiernos.

Para la completa intelijencia de los diferentes gobiernos de que acabo de hablar, importa examinar tambien si el príncipe está en el caso de defenderse con sus propias fuerzas y sin recurrir a las de sus aliados, cuando fuere acometido por los enemigos esteriores; y para la mayor claridad de este punto, advierto que solamente pueden sostenerse por sí mismos aquellos que se encuentran con la cantidad suficiente de hombres y de dinero para presentar en campaña un ejército, y librar batalla a cualquiera que los acometa. Es, por el contrario, demasiado triste la situacion de un príncipe que se ve reducido a

encerrarse en su ciudad y a esperar en ella al enemigo. Ya he hablado del primer estremo, y no me faltará ocasion de volverlo a tocar.

Acerca del segundo, no puedo menos de prevenir a los príncipes ante todas cosas que mantengan bien abastecidas y fortificadas las ciudades de su residencia; porque, si han sabido captarse el afecto del pueblo, segun ya he dicho y repetiré mas adelante, pienso que nada tienen que temer. No gustan los hombres de embarcarse en empresas dificultosas sin alguna probabilidad de buen éxito; y no parece prudente y acertado asaltar a un príncipe que tiene en buen estado de defensa la ciudad donde reside, y que no está aborrecido por el pueblo.

Las ciudades de Alemania, teniendo un territorio muy reducido, gozan de mucha libertad, y solo obedecen al emperador cuando les acomoda, sin temor de que este ni otro ningun vecino poderoso las acometa; porque todas ellas tienen buenas murallas, grandes fosos, artillería y municiones para un año; de suerte que el sitio de estas ciudades seria largo y trabajoso. Ademas, para alimentar al pueblo bajo, sin tocar al tesoro público, tienen siempre de reserva medios de darle trabajo durante el mismo espacio de tiempo; fuera de que tambien las tropas se hallan regularmente ejercitadas en las evoluciones militares, observándose con exactitud sus reglamentos sobre este ramo, que son muy sabios.

Por estas razones el príncipe que tiene una ciudad bien fortificada y está seguro del afecto de sus habitantes, no puede ser acometido con ventaja; porque las cosas de este mundo se hallan de tal modo sujetas a mudanza, que es casi imposible se mantenga el agresor con su ejército rodando un año entero fuera de sus propios estados, y delante de una plaza que esté tan bien defendida.

Pero se dirá:—El pueblo que tiene sus bienes fuera de la ciudad y ve su destruccion, perderá al cabo la paciencia, y no podrá prevalecer tan largo tiempo en su ánimo el amor al príncipe contra el interés de conservar su hacienda y contra las incomodidades de un sitio tan dilatado.—A esto respondo: que un príncipe hábil y juntamente poderoso vence sin dificultad estos obstáculos, ya haciendo creer al pueblo que el sitio no puede ser largo, ya amedrentándole con la perspectiva de la venganza y de la rapacidad del vencedor, y ya tambien sabiéndose asegurar con habilidad de aquellos que hablen demasiado alto.

Ademas es claro que el enemigo tala el pais luego que entra en él, y cuando los sitiados están mas animosos y dispuestos para defenderse: por consiguiente el príncipe no debe tener el menor miedo; pues, una vez pasado el primer ardor, y viendo los habitantes que todo el daño está ya hecho y sin remedio, tanto mas interés tomarán en la defensa de su señor, cuanto mayores sacrificios tuvieren hechos por él. ¿Quién ignora que los hombres se aficionan a sus semejantes, tanto por el bien que les hacen como por el que reciben?

Todas estas consideraciones me inclinan a creer que, por poca habilidad que tenga un príncipe, conseguirá sin trabajo sostener el valor de los sitiados, siempre que la plaza no esté falta de víveres ni de medios de defensa.

Exámen.

Desde que Maquiavelo escribió su libro del Príncipe ha cambiado completamente la faz del mundo; tanto, que si alguno de los grandes capitanes de Luis XII reapareciese entre nosotros, se hallaría tan perplejo como el soldado mas bisoño. Vería, por ejemplo, que hoy dia se hace la guerra con tropas tan numerosas, que a duras penas se consigue mantenerlas en campaña; lo cual no impide que, tanto en paz como en guerra, vivan a costa del Esta-

do; no como antiguamente sucedía, que un puñado de hombres bastaba para ejecutar grandes empresas, despidiéndolos del servicio después de terminada la guerra. Vería tambien que, en vez de pesadas lanzas, arcabuzes jiratorios y férreas armaduras, tenemos vestidos uniformes, fusiles con bayonetas, métodos nuevos de instruccion militar, y sobre todo, que conocemos el arte de mantener y pagar nuestros soldados, cosa tan útil hoy dia como pudo serlo en otro tiempo el arte de batir al enemigo.

¿Y qué no diría el mismo Maquiavelo si pudiese ver la forma nueva del cuerpo político europeo: tantas y tan poderosas monarquías como hoy figuran en el mundo y que no existían en su tiempo: la mayor solidez y estabilidad del poder real: el sistema diplomático de negociar; y sobre todo, esto que hoy llamamos *balanza europea* que, estableciendo un equilibrio bien entendido entre los soberanos aliados, sirve de valla contra los ambiciosos, y garantiza la tranquilidad del mundo?

Todo esto ha producido un cambio tan jeneral en la política de las naciones, que no es posible tengan hoy aplicacion las máximas de Maquiavelo. A demostrar esto mismo, se limitarán mis observaciones sobre el presente capitulo.

Maquiavelo supone que un príncipe que poseyera gran estension de territorio, mucho dinero y numerosas tropas, podría resistir con sus propias fuerzas los ataques de sus enemigos sin ayuda de aliados. Yo me atrevo a contradecirle, y sostengo que, por muy temible que sea un príncipe, no podrá rechazar por sí solo a sus enemigos poderosos; siéndole en todo caso indispensable el apoyo, cuando menos, de otros príncipes aliados. Cuando hemos visto a Luis XIV, el príncipe mas formidable de la Europa, próximo a sucumbir en la guerra de la sucesion de España, y que por falta de aliados, apenas pudo hacer frente a la liga de tantos reyes interesados en su derrota, con mayor razon se espondrá a perder su trono todo príncipe que, siendo inferior a Luis XIV, permanezca aislado en sus estados, sin formar alianza con sus vecinos.

Suele decirse, con poca reflexion, que los tratados son inútiles porque rara vez se cumplen en todas sus partes, siendo los modernos estados tan poco escrupulosos en su observancia como lo fueron los antiguos. A esto respondo que, si bien hay ejemplos en la historia antigua, y aun en la contemporanea, de príncipes que han faltado a la fe de sus compromisos, creo, no obstante, que es útil y ventajoso para las naciones estipular tratados de mutua alianza; porque cuantos mas aliados tenga un príncipe, tantos menos enemigos tendrá que combatir; y aun suponiendo que lleguen a negarle socorros en caso de guerra, conseguirá al menos obligarlos a mantenerse neutrales.

Maquiavelo habla en seguida de esos príncipes microscópicos, soberanos en miniatura, que no pueden mantener tropas en pie de guerra a causa de la pobreza y pequeñez de sus estados. A estos aconseja con empeño que fortifiquen sus ciudades capitales, a fin de poderse encerrar en ellas con sus soldados en caso de guerra.

Los príncipes italianos a que alude Maquiavelo, no son ni soberanos ni individuos particulares; son en cierto modo hermafroditas, que participan de ambas naturalezas. Su reputacion de grandes señores está circunscrita al círculo de sus domésticos. Yo creo que lo mejor que se les puede aconsejar es que traten de modificar en lo posible la exajerada idea que tienen de su propia grandeza, y el culto que tributan a sus ilustres antepasados y a sus viejos pergaminos. Las personas sensatas dicen que mejor harían esos príncipes en figurar como señores bien acomodados; y en todo caso, podrían mantener una tropa de guardas para impedir que los ladrones asaltasen sus ventanas, si es

que hay ladrones tan hambrientos que vayan a sus palacios a buscar que comer. Por lo demas, obrarian como hombres cuerdos si echasen por tierra sus murallas, y depusiesen su necio orgullo, que les obliga a subir en zancos para finjir lo que no son.

Este consejo está basado en las lecciones de la esperiencia. En jeneral, los príncipes pequeños, y en particular los de Alemania, se arruinan por los escesivos gastos que necesitan hacer para conservar un viso de grandeza, sin que su vanagloria les permita tener en cuenta la escasez de sus recursos. Todos ellos se sacrifican por sostener el honor de su casa; la vanidad los sepulta a vezes en la miseria y conduce a muchos al hospital. Hasta el menor de los menores descendientes de un príncipe reinante quiere parecerse en algo a Luis XIV; todos quieren tener su Versalles y sus queridas; todos quieren tener tropas a su servicio; y hay ejércitos tan completos en su organizacion y, sin embargo, tan diminutos, que apenas podrian representar una batalla en el teatro de Verona.

Es inútil de todo punto que estos príncipes fortifiquen la capital de su residencia, como Maquiavelo les aconseja, porque nunca se verán en el caso de tener que sostener un sitio contra sus rivales. Cuando riñen o se querellan entre sí, otros príncipes de mas valimiento, interesados en conservar el órden, les proponen su mediacion, que se ven obligados a aceptar; de modo que, por mas que sueñen con la guerra, siempre terminarán sus discordias como hasta aquí: con una plumada de sus protectores.

Por otra parte, ¿de qué le servirían sus fortalezas si tratasen de resistir a los grandes soberanos? Aunque fuesen capazes de sostener un sitio como el de Troya contra sus pequeños enemigos, es probable que no resistieran contra un monarca poderoso lo que resistió Jericó a vista de los Israelitas.

En el caso de una guerra jeneral, es mucho mayor su compromiso; porque, si quieren permanecer neutrales y encerrarse en sus castillos, serán el blanco de los ejércitos; y si se adhieren a una de las partes belijerantes, tendrán que franquear sus pobres fortalezas y esponerlas a los embates del enemigo.

Las ciudades imperiales de Alemania son muy distintas hoy en dia de lo que eran en tiempo de Maquiavelo. Un solo cohete, una órden escrita del emperador bastaría hoy para que se sometiesen. Todas ellas están mal defendidas, con viejas murallas y guarnecidas de torreones que casi han perdido el equilibrio, y circundadas de fosos casi terraplenados por la continua caida de tierras y piedras que se desprenden de sus paredes. Tienen pocas tropas de guarnicion, y esas mal disciplinadas. Sus oficiales son, o la escoria de la Alemania, o momias viejas e incapazes de servicio. Hay algunas ciudades que tienen artillería; pero no la bastante para oponerse a las tropas del emperador, quien, por su parte, no deja de recordarles de vez en cuando su superioridad.

Para concluir, dire que el arte de hacer la guerra, de dar batallas y de atacar o defender fortalezas, está reservado unicamente a los grandes príncipes; y que los que quieren imitarlos, sin tener fuerzas para ello, se asemejan al heroe de la fábula que remedaba el estampido del trueno, y se creía igual a Júpiter tonante.

CAPITULO XI.

—

De los principados eclesiásticos.

Solamente me falta hablar de los principados eclesiásticos, que no se ad-

quieren con tanta facilidad como se conservan. La razon consiste, por una parte, en que no se consiguen si no es por el mérito o por la fortuna; y por otra, en que esta especie de gobierno se funda en las antiguas instituciones relijiosas, cuyo influjo es tan poderoso que el príncipe, de cualquier modo que gobierne, se sostiene sin mucho trabajo. Los príncipes eclesiásticos son los únicos que poseen estados sin estar obligados a defenderlos, y tienen súbditos sin tomarse el trabajo de gobernarlos; son los únicos cuyas tierras se respetan, y en cuyos vasallos no haya voluntad ni medios para subtraerse de su dominio; en una palabra, son los únicos estados en que el príncipe encuentra felizidad y seguridad. Pero tambien, como se gobiernan por medios sobrehumanos y superiores al alcanze de nuestra débil razon, sería temeridad y presuncion necia en mí hablar de ellos.

No obstante, si se me pregunta como ha ido creciendo el poder temporal de la Iglesia desde el pontificado de Alejandro VI hasta el punto de infundir temor hoy dia a un rey de Francia, arrojarle de Italia y destrozar a los venecianos, siendo así que antes de esta época, no tan sólo los potentados de este pais, sinó los simples barones y hasta los señores mas débiles, temian tan poco al obispo de Roma, principalmente en cuanto a lo temporal; no me detendré en responder siguiendo la relacion de varios hechos bastante conocidos sobre que no será inutil reflexionar.

Antes que Cárlos VIII, rey de Francia, entrase en Italia, la soberanía de este pais se hallaba repartida entre el rey de Nápoles, el papa, los Venecianos, el duque de Milan y los Florentinos; reduciéndose la política a impedir que ninguno de ellos se engrandeciese, y a que no penetrasen en Italia las potencias estranjeras.

El papa y los venecianos eran los mas respetables de estos estados, y hubiera sido necesario, para contenerlos, nada menos que una liga de todos los demas, como se vió en la defensa de Ferrara. En cuanto al papa, se servian de los barones romanos, que, hallándose divididos en dos facciones, los Ursinis y los Colonnas, tenian siempre las armas en la mano para vengar sus agravios particulares hasta en presencia del pontífice, cuya autoridad no podia menos de padecer entre estos elementos de una guerra intestina. Si alguna vez reinaban papas de un carácter bastante enérjico, como Sixto V, para reprimir semejantes abusos, la corta duracion de su pontificado no permitia que se destruyese la causa. Los esfuerzos de estos pontífices se reducian a humillar por algun tiempo a una de las dos facciones, la cual volvia despues a levantar cabeza en el siguiente reinado. Así es como el poder de los papas gastaba sus fuerzas esterílmente, perdiendo la reputacion en lo interior de su estado y entre los estranjeros.

En semejantes circunstancias fué elevado a la cátedra pontificia Alejandro VI, y ninguno de cuantos le precedieron, ni de los que le han sucedido, ha manifestado como él de cuanto es capaz de hacer un pontífice con hombres y con dinero. Ya dije antes todo lo que hizo por el duque de Valentino, y cuando entraron los franceses en Italia; y aunque no cabe duda en que mas bien buscó el engrandecimiento de su hijo que el de la Iglesia, esta, sin embargo, no dejó de sacar buen partido de sus empresas a la muerte del pontífice y del mismo duque.

Encontró, pues, Julio II, sucesor de Alejandro, el estado de la Iglesia acrecentado con toda la Romania, y estinguidas las facciones de los barones romanos por el valor y la babilidad de su predecesor, quien le enseñó tambien el arte de atesorar. Julio aventajó en todos estos conceptos a Alejandro; pues agregó á las tierras de la Santa Sede el estado de Bolonia, redujo a los Venecianos a términos de no poderle ofender, y lanzó de Italia a los franceses: su-



cesos tanto mas gloriosos, cuanto que este papa trabajó por enriquecer á la Iglesia, y no a sus parientes.

Dejó Julio a los Ursinis y Colonnas en el estado en que los babia hallado al tiempo de su exaltacion; y aunque las semillas de las parcialidades antiguas subsistieran todavía, no pudieron brotar hajo el peso de un gobierno poderoso y que tuvo la sabia política de escluir del cardenalato a estas dos casas; con lo cual se agotó la fuente de las disensiones que babian despedazado la Iglesia hasta el pontificado de Alejandro, porque los cardenales suelen aprovecharse del influjo que les da esta dignidad para fomentar turbulencias dentro y fuera de Roma, en que se ven obligados a tomar parte los señores de una y otra faccion; de manera que se puede asegurar con verdad que la discordia que hay entre los barones siempre proviene de la ambicion de los prelados.

De esta suerte el pontífice reinante ha encontrado la Iglesia en el grado mas alto de prosperidad. Pero si Alejandro y Julio la han consolidado por su valor, todo nos promete que Leon X coronará la obra por su bondad, y por otras mil calidades apreciables.

Exámen. (1)

No veo en la antigüedad ejemplos de simples sacerdotes que se hayan elevado al rango de soberanos. De todos los pueblos de que hay noticia, solo los Judios han tenido una série de pontífices déspotas; y no es estraño que en la nacion mas ignorante y supersticiosa de todas las naciones bárbaras hayan logrado usurpar los jefes de la relijion el manejo de los negocios públicos. En todos los paises, los sacerdotes se limitaban a ejercer las funciones propias de su ministerio: hacían sacrificios, recibían su salario, tenían su prerogativas, pero rara vez intervenían en la educacion, y jamás en el gobierno de los Estados. La tolerancia no estaba entonces escluida del dogma, ni tenía la Iglesia esa autoridad de que es tan fácil abusar; y por esto, sin duda, se vieron libres los antiguos de guerras relijiosas.

Cuando en aquellos últimos años de bárbara anarquía que precedieron a la ruina del imperio romano, se dividió la Europa en mil pequeñas soberanías, a imitacion del obispo de Roma, que fué quien les dió el ejemplo. Parecía natural, entonces como ahora, que los pueblos rejidos por estos gobiernos eclesiásticos viviesen contentos y felizes; porque un príncipe electivo, un príncipe que no logra subir al poder sinó en edad avanzada, y cuyos estados son jeneralmente muy reducidos, debiera ser benigno para con sus súbditos, si no por sentimiento relijioso, al menos por miras de buena política. Sin embargo, es evidente que en ningun pais civilizado hay tantos pobres como en los estados eclesiásticos; y no aludo solo a los vagabundos que viven holgadamente de limosna; tampoco hablo de los parásitos que rastrean por los palacios del opulento, sinó de esos pobres famélicos que carecen absolutamente de medios con que procurarse la subsistencia. Cualquiera diría que estos Estados se rijen por las leyes de Esparta, que prohibían el uso del oro y de la plata: solo el Soberano parece no estar conforme con la ley Espartana.

La razon jeneral que puede darse de esta miseria, es que, como estos príncipes suben tarde al poder, sin probabilidad de disfrutarlo por mucho tiempo, solo cuidan de enriquecer en vida a sus herederos, y rara vez tienen la voluntad ni el tiempo necesarios para llevar a cabo empresas grandes y útiles. Todas las instituciones de industria, de comercio, que exijen tiempo y constancia, son ajenas a su sistema de gobierno. El trono es para ellos una casa pres-

(1) Todo este capítulo es de la pluma de Voltaire.

tada en que se hospedan por breve tiempo, porque ni lo heredan de sus padres, ni lo pueden legar a sus sucesores; y esto hace tambien que ni puedan tener los sentimientos de un rey, padre de familia, que trabaja para sus hijos, ni los de un republicano que todo lo sacrifica por el bien de su patria. Y si alguna vez sucede que el príncipe eclesiastico se inclina a obrar como padre de su pueblo, la muerte viene a sorprenderle antes de que pueda fertilizar el campo, que sus predecesores dejaron cubierto de abrojos.

He aquí porqué se ha murmurado muchas vezes con razon de algunos soberanos eclesiásticos, que han engordado con la sustancia del pueblo a sus queridas, sobrinos y bastardos. Lease la historia de los jefes de la Iglesia, y se verá que, en vez de ejemplos de virtud y de pureza, los hallamos de corrupcion y de vicio.

Los hombres que saben reflexionar, se admiran de que los pueblos hayan sufrido con tanta paciencia la opresion de esta clase de soberanos; que hayan tolerado por tanto tiempo a los jefes de la Iglesia, lo que no tolerarían a un heroe coronado de laureles. Maquiavelo no dejaría de atribuir esta estraña docilidad a la conducta hábil de los pontífices que han sabido ser malos y prudentes a la vez; pero yo creo que lo que ha contribuido mas que nada a mantener a los pueblos subyugados es el sentimiento relijioso. Muchos malos pontífices han sido aborrecidos; pero el carácter de su sagrado ministerio ha sido siempre respetado. Mil vezes hubieran intentado los romanos cambiar de dueño; pero este peleaba con armas santas, que en las guerras del mundo son de mala ley; y por eso no hemos visto en la Roma de los papas las infinitas revoluciones que conmovieron los cimientos de la Roma pagana. ¡Tan cierto es que el tiempo cambia progresivamente la índole de los pueblos!

Maquiavelo espone las causas que contribuyeron a la elevacion de la Santa Sede, atribuyendo muy principalmente la gloria al papa Alejandro VI; a ese pontífice de quien ya he tenido ocasion de hablar, que no conocía mas justicia que su interés, ni supo nunca poner freno a su escesiva crueldad y desmedida ambicion. De tales premisas se deducen naturalmente malísimas consecuencias porque, ¿qué podríamos pensar del gobierno pontificio si fuese cierto que debiera la estabilidad de que hoy goza al hombre mas malo de cuantos han ceñido la tiara?

El autor concluye su capítulo con el panejírico de Leon X, a quien no puedo negar grandes talentos; pero, sí, niego que tuviese virtudes. Bien conocidas son en la historia su mala fe, su impiedad y su conducta relajada. Verdad es que Maquiavelo no alaba sus vicios; pero en jeneral le adula; y ya que quiera prodigar elojios a Leon X, ¿porqué los rehusa a Luis XII, que era el padre de su pueblo?

CAPITULO XII.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE MILICIA Y DE LOS SOLDADOS MERCENARIOS.

Habiendo tratado por menor de varias especies de estados políticos de que me habia propuesto dar noticia, y examinadas las causas de su prosperidad y su decadencia, así como los medios con que muchos los adquirieron y conservaron, me falta ahora hablar de los recursos que ofrecen las diferentes clases de milicia, tanto para la guerra ofensiva como para la defensiva.

Ya he dicho que, si los príncipes quieren que su poder sea durable, lo deben apoyar en cimientos sólidos. Consisten, pues, los principales fundamento



de los estados, ya sean antiguos, ya nuevos o mistos, en las buenas leyes y en las buenas tropas; pero, como no pueden existir las buenas leyes sin las buenas tropas, y como estos dos elementos del poder político siempre están unidos, me parece suficiente hablar del uno de los dos.

Las tropas que sirven para la defensa de un estado son o nacionales, o estranjeras, o mistas. Las de la segunda clase son inútiles y peligrosas, ya se las emplee en calidad de ausiliares, o en la de asalariadas; y nunca tendrá seguridad el príncipe que cuente con tales soldados, porque hay poca union entre ellos, son ambiciosos y no guardan disciplina ni fidelidad: valientes entre los amigos, cobardes en presencia del enemigo, sin temor de Dios y sin buena fé con los hombres; de manera que el príncipe, para retardar su caida, tiene que poner su principal estudio en evitar la ocasion de depender del valor de tales tropas. En una palabra, ellas roban al estado en tiempo de paz, como lo ejecuta el enemigo en tiempo de guerra. ¿Y cómo ha de ser otra cosa? No poniéndose al servicio del estado esta clase de tropas sinó por el interés de un salario, que nunca es tan cuantioso que equivalga al riesgo de perder la vida, solo sirven con gusto en tiempo de paz, y luego que se declara la guerra, es muy difícil sujetarlas a una rigorosa subordinacion. Sería muy fácil de probar este punto, como que la ruina actual de Italia proviene únicamente de la confianza que se puso en las tropas mercenarias (1). Es verdad que al principio hicieron algunos buenos servicios, y se mostraron animosos peleando contra otras tropas del pais; pero luego que se presentaron los estranjeros, se acabó su valor, y mostraron lo que eran. Asi es que Cárlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con la mayor felizidad, y sin mas trabajo que el de ir en cada lugar señalando alojamiento a sus soldados: y no se engañaban los que decian que nuestros pecados eran la causa de aquella pérdida, porque efectivamente nos acarrearon tal desgracia nuestros propios descuidos, o por mejor decir, los de los príncipes, quienes pagaron bien su merecido.

Para aclarar mas esta materia, advierto que ninguna confianza puede tenerse en los jefes de semejantes cuerpos, sean buenos o malos oficiales. En el primer caso, porque aspiran a elevarse ellos mismos oprimiendo al príncipe que los emplea, u oprimiendo a otros contra los designios del mismo príncipe; y en el segundo, porque de los oficiales malos solamente puede esperarse la pronta ruina del estado que se vale de ellos.

Se me dirá tal vez que lo mismo sucederá con cualquier otro capitan que tenga tropas a su mando; a lo cual responderé esponiendo como hayan de emplearse estos ejércitos mercenarios por un príncipe, o por una república. En el primer caso debe el príncipe ponerse al frente del ejército; y en el segundo, debe la república dar el mando de sus tropas a uno de sus ciudadanos. Si este no es a propósito, nómbrese otro; y si es buen capitan, téngasele con tal dependencia que no pueda escederse de las órdenes que reciba.

La esperiencia nos enseña que los estados, ya sean o no republicanos, han podido acabar por sí mismos grandes empresas, y que las milicias mercenarias les han causado siempre perjuicio; pero con respecto a las repúblicas, añado que podrán librarse mejor de la opresion del que mande sus tropas, cuando estas sean nacionales, que cuando fueren estranjeras. Roma y Esparta se mantuvieron libres muchos siglos con las milicias de su pais; y en el dia, si son tan libres los Suizos, es porque ellos mismos están bien armados.

En prueba de lo que acabo de decir sobre el peligro de valerse de tro-

(1) Los grandes capitanes de la Italia en los siglos XV y XVI sólian andar al frente de tropas que habian levantado a sus espensas, y ponerse a servir con ellas por un sueldo: ya a un príncipe, ya a otro; de modo que durante una misma guerra se les veia servir alternativamente a los dos partidos contrarios: tales fueron Bartolomé Coleoni, Jacobo Sforcia, Piccinino, etc.



pas estranjeras, podrían citarse los Cartajineses y los Tebanos. Los primeros, sin embargo, de tener por capitanes a sus propios ciudadanos, se vieron a pique de caer bajo la tiranía de las milicias estranjeras qne tenían a sueldo al fin de su primera guerra con los romanos; y en cuanto a los de Tebas, se sabe que, habiendo conseguido Filipo de Macedonia que le diesen el mando de sus tropas despues de la muerte de Epaminondas, únicamente domó a los enemigos de esta república para sujetarla.

Juana II, reina de Nápoles, viéndose abandonada de Sforcia, jeneral de sus tropas, tuvo necesidad de ponerse en manos del rey de Aragon, para conservar el trono. ¿Y a Francisco Sforcia, hijo del susodicho, no le vimos unirse a los Venecianos despues de haberlos derrotado en Caravaggio, para oprimir a los Milaneses, que le habian confiado el mando de sus tropas por muerte de su duque, Felipe María Visconti?

Se me replicará tal vez que los Venecianos y los Florentinos han aumentado sus respectivos estados, valiéndose unicamente de las milicias estranjeras mercenarias, y que con todo eso sus generales siempre les han servido bien, sin que ninguno de ellos se haya alzado con la soberanía. A esto respondo que los Florentinos han tenido mucha dicha, porque sus capitanes, cuya ambicion podian temer, o no fueron vencedores, o encontraron obstáculos, o pusieron sus miras en otra parte. Puede contarse entre los primeros a Juan Acuto (1), cuya fidelidad no quedó bien probada; pero es muy claro que, si hubiera sido vencedor, se hallaban a su discrecion los Florentinos.

Si los Braccio y Sforcia no conspiraron contra el estado a que servian, fué porque, siendo rivales, se celaban uno a otro. No obstante, se sabe que el hijo de este último dirijió su ambicion contra la Lombardía, y Braccio contra el estado eclesiastico y el reino de Nápoles; pero volvamos a lo que hemos visto de poco acá.

Dieron los Florentinos el mando de sus tropas a Paulo Vitelli, hombre de comun estraccion, pero prudentísimo, que, estando retirado de los negocios públicos, adquirió una reputacion muy grande luego que se le elevó a aquel puesto; pero, si este jeneral hubiera tomado a Pisa, habría corrido mucho riesgo de perderse la libertad de los Florentinos o su existencia política; pues para ello bastaba que se hubiese pasado con sus tropas al servicio de los enemigos.

Por lo que toca a los Venecianos, es evidente tambien que jamás han debido sus adelantamientos sinó a sus propias armas, quiero decir, a la guerra marítima; comenzando la época de su decadencia desde que quisieron pelear por tierra y adoptar los usos y costumbres de los otros pueblos de Italia.

Sin embargo, tuvieron poco que temer de la ambicion de sus jenerales, mientras fueron poco considerables sus posesiones en tierra firme, porque se sostenian aun con el esplendor de su poder antiguo. Mas no tardaron en reconocer su error, luego que estendieron sus conquistas bajo el mando del capitan Carmañola. Viendo que un hombre tan hábil y alentado como este, militando por cuenta de ellos contra el duque de Milan, y despues de haberle derrotado, se dejaba abatir, y procuraba alargar la guerra, juzgaron con razon que no volverian a vencer, porque aquel jeneral no lo queria; y por otra parte, no pudiendo despedirle sin perder lo que habian ganado por su valor, tomaron el partido de quitarlo del mundo.

Tuvieron despues los Venecianos por jenerales a Bartolomé Coleoni de Bergamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y otros semejantes, de quienes podian esperar mas pérdidas que ganancias, como les sucedió

(1) Capitan inglés que al frente de cuatro mil hombres de su nacion, combatia por cuenta de los Gibelinos de la Toscana.

en la jornada de Vaila, donde sepultaron el fruto de ochocientos años de fatigas y trabajos. Los adelantamientos que se consiguen con semejante milicia son endebles y lentos, al paso que las derrotas son rápidas y casi prodijiosas.

Ya que estos ejemplos me han traido a hablar de Italia y de la triste esperiencia que la ha enseñado los peligros de valerse de milicias estranjeras, tomaré las cosas desde mas arriba, a fin de que el conocimiento de su oríjen y progresos sirva a lo menos para precaver efectos mas funestos todavía. Para ello es necesario tener presente que, luego que el imperio perdió el poder y respeto de que hasta entonces había gozado la Italia, y principió a tomar consistencia en ella la autoridad del papa, fué dividido este pais en muchos estados.

La mayor parte de las ciudades grandes tomó las armas contra la nobleza, que, apoyada por el emperador, las tenía jimiendo en la opresion mas cruel; ayudólas el papa en estas empresas, y por este medio acrecentó su poder temporal.

Otras cayeron bajo la dominacion de sus mismos ciudadanos; de suerte que la Italia vino a ser súbdita de la Iglesia y de algunas repúblicas.

Los príncipes eclesiásticos, ignorantes del arte de la guerra, fueron los primeros que se sirvieron de tropas mercenarias; y Alberico de Conio, natural de la Romania, fué quien dió mas crédito a esta especie de milicia. Formáronse en su escuela los Braccio y Sforcia, que fueron enconces arbitros de la Italia, y a estos han sucedido todos aquellos que hasta el dia han mandado los ejércitos en este pais.

De sus famosas hazañas proviene que la hermosa Italia haya sido invadida por Carlos VIII, saqueada y devastada por Luis XII, oprimida por Fernando e insultada por los Suizos. Los jefes de estas milicias errantes comenzaron luego a despreciar la infanteria, lo uno para hacerse ellos mismos mas necesarios, y lo otro porque, no teniendo estados y subsistiendo unicamente de su industria, nada podian emprender con un cuerpo pequeño de infantería, ni tampoco mantener otro mas considerable. Vieron, pues, que la cuenta les salía mejor con la caballería, y proporcionaban el número de los jinetes con los recursos de l pais que había de alimentarla; llegando el caso de contarse apenas dos mil infantes en un ejército de veinte mil hombres. Agrégase a esto que, para hacer menos penoso su oficio, y de menor peligro sobre todo, se habian puesto sobre el pie de no matarse unos a otros en las escaramuzas, ciñéndose a hacer prisioneros, que tambien se devolvian sin rescate. Nunca daban un asalto por la noche, ni el sitiado tampoco hacía salida alguna de su plaza en aquellas horas; no acampaban sinó es en el buen tiempo, y en fin no formaban atrincheramientos en sus campos. Con una disciplina tan estravagante, e inventada de propósito para huir del peligro, no podía tardar la Italia en verse esclavizada, y en perder enteramente la reputacion de que hasta entonces había gozado.

Exámen.

La naturaleza ha querido establecer en el carácter de las naciones la misma variedad que observamos en el carácter y en el temperamento de los individuos; variedad, que se estiende infinitamente a todas las cosas creadas. Contribuyen a formar el carácter de una nacion el clima, la estension de su territorio, el número y el jénio de sus habitantes, su comercio, sus costumbres, sus leyes, sus vicios, sus virtudes, su riqueza y sus recursos. Por eso es tan notable la diferencia de gobiernos, mucho mas si se examinan detalladamente; y así como la ciencia médica no posee un específico que convenga a



todas las enfermedades ni a todos los temperamentos, del mismo modo la ciencia politica no puede prescribir reglas jenerales que sean aplicables a todas las formas de gobierno.

Fsta reflexion me lleva a examinar la opinion de Maquiavelo sobre las tropas estranjeras y mercenarias. El autor niega que estas tropas sean útiles a la conservacion de los Estados, apoyándose en varios ejemplos para probar que siempre han causado mas perjuicio que utilidad a las naciones en que han servido.

Es cierto, como lo ha demostrado la esperiencia; que las mejores tropas de un Estado son las nacionales. La valerosa resistencia de Leonidas en las Termópilas, y sobre todo, los rápidos progresos de los Arabes y de los Romanos, son ejemplos que prueban lo que vale el soldado cuando le anima el espíritu de nacionalidad.

La máxima de Maquiavelo podrá, pues, convenir a todo pais bien poblado que produzca suficiente número de tropas para su defensa. Estoy persuadido, como el autor, que los soldados mercenarios no sirven con zelo ni entusiasmo; mientras que los nacionales se animan unos a otros por emulacion y patriotismo. Es además muy peligroso permitir que un pueblo se consuma en la inaccion y en la molicie, cuando sus vecinos cuidan de conservarse aguerridos en los campos de batalla. Mas de una vez se ha observado que cuando un pueblo sale de una guerra civil, es superior en fuerza y en virtudes a sus vecinos; porque en las guerras civiles todos son soldados: el mérito halla ocasiones de distinguirse sin la ayuda del favoritismo: los talentos se desarrollan, y los ciudadanos se acostumbran a obrar con sagacidad y valor.

Hay casos, sin embargo, que están esceptuados de esta regla. Si una nacion, amenazada de guerra, no tiene poblacion suficiente para formar ejércitos capazes de hacer frente al enemigo, se verá obligada a servirse de soldados mercenarios para suplir esta falta. En casos semejantes, un hábil estadista sabe allanar las principales dificultades, que tanto preocupan a Maquiavelo. Dispondrá, por ejemplo, que los estranjeros se hallen mezclados y confundidos con los patriotas, a fin de impedir que formen pandilla aparte; les impondrá la misma disciplina y las mismas condiciones de honor y fidelidad, y cuidará sobre todo que no sean mas numerosos los soldados mercenarios que los nacionales. Ejércitos hay en Europa compuestos de este modo, que no son por eso menos formidables.

Por otra parte, si se consideran escrupulosamente, los ejércitos europeos están compuestos en su mayor parte de mercenarios; porque, tanto los que cultivan la tierra, como los que habitan holgadamente en las ciudades, quieren mejor pagar un sustituto que ir a la guerra. Así es que los soldados son en jenreal la hez de los pueblos; holgazanes que prefieren la ociosidad al trabajo, o jente licenciosa que cree hallar la impunidad de sus vicios en las filas de la milicia, o cuando mas, jóvenes díscolos que se alistan sin consentimiento de sus padres. Ninguno de ellos tiene mas amor a su rey que el soldado estranjero.

¡Cuán diferentes son estas tropas de aquellos Romanos que conquistaron el mundo! Las deserciones, tan frecuentes hoy dia en los ejércitos europeos, eran desconocidas entre los soldados romanos. Aquellos hombres peleaban por amor de sus familias, por sus dioses Penates, por el pueblo de Roma, por todo lo mas querido de sus corazones, y no pensaban siquiera en hacer traicion a tantos intereses reunidos, desertando cobardemente del puesto del honor.

Lo que contribuye en gran manera a mantener la paz entre los grandes soberanos de Europa es que sus ejércitos están compuestos, poco mas o menos, del modo que dejo dicho; así es que, en este respecto, no se llevan ventaja unos a otros. En Suecia es únicamente donde los soldados son ciudadanos y la-

bradores al mismo tiempo; pero esto es una desventaja, porque cuando salen a campaña, no quedan brazos en el pais para cultivar las tierras, de suerte que, en una guerra dilatada se causarían mas daño a sí mismos que a sus enemigos.

En cuanto a la conducta que deba observar el príncipe en tiempo de guerra, estoy conforme con la opinion de Maquiavelo. Un buen príncipe debe conducir a sus soldados al campo de batalla y sentar sus reales en el centro de su ejército. Así lo exijen su interés, su deber y su gloria; porque, si como majistrado debe juzgar con severidad a sus pueblos, como protector debe defenderlos; y este objeto importantísimo de su ministerio no debe confiarlo a nadie sinó a sí mismo. Es además necesaria su presencia para el buen resultado de las operaciones militares; así podrán sus órdenes ser ejecutadas con rapidez, impidiendo el desacuerdo de los jenerales, que suele ser tan funesto para los ejércitos como perjudicial a los intereses del príncipe; y en fin, habrá mas regularidad en el reparto de municiones, vituallas, equipos y en todo lo concerniente a la administracion militar, sin lo cual un Cesar con cien mil combatientes no podría jamás hacer frente al enemigo. Parece natural que, siendo el príncipe quien declara la guerra, deba tomar a su cargo la direccion de la campaña y comunique a las tropas, con su presencia, la confianza y el valor.

Se me responderá que no todos los príncipes nacen soldados, y que hay muchos que no tienen la capazidad, la esperiencia, ni el valor necesarios para mandar un ejército. Esta objecion es fundada; pero no es insuperable, porque en todo ejército hay jenerales entendidos, cuyos consejos podrá seguir el príncipe. Aun así, la guerra será mejor dirijida que si el jeneral depende de las órdenes de un ministro, incapaz de juzgar desde su bufete de lo que pasa en campaña; lo cual suele ser causa de que los mas hábiles capitanes no puedan aprovecharse de sus talentos.

No quiero concluir este capítulo sin llamar la atencion del lector sobre una frase de Maquiavelo, que me ha parecido muy singular. Dice que los venecianos, desconfiando del duque de Carmañola, que mandaba sus tropas, se vieron obligados a quitarlo del mundo. Confieso que no entiendo como se puede quitar del mundo a un hombre, a menos que sea asesinándole o envenenándole. El autor, constante en enseñar el crímen, cree poder convertir en acciones inocentes los hechos mas culpables, con solo suavizar las palabras. Los griegos solían hacer uso de perífrases cuando hablaban de la muerte, porque no podían enunciar tan funesta idea sin estremecerse; y del mismo modo Maquiavelo se vale de mil rodeos cuando quiere preconizar el crímen, porque su corazon, en pugna con su entendimiento, rechaza horrorizado una moral tan execrable. ¡Triste situacion la del hombre que no puede darse a conocer sin avergonzarse, y que se empeña en cerrar sus oidos a la voz de la conciencia.

CAPITULO XIII.

DE LAS TROPAS AUXILIARES, MISTAS Y NACIONALES.

LLAMANSE tropas auxiliares las que un príncipe recibe prestadas de sus aliados para su socorro y defensa. Habiendo esperimentado a pesar suyo el papa Julio II en la empresa de Ferrara el peligro de valerse de milicias mercenarias, recurrió a Fernando, rey de España, quien se obligó por un tratado a enviarle tropas de socorro.

Esta especie de milicia puede ser útil a quien la envia; pero siempre es



funesta al príncipe que se sirve de ella, porque, si es vencida, él es quien sufre la pérdida, y si vencedora, queda a su discrecion. Llena está la historia antigua de ejemplos que lo confirman; pero me limitaré a contar uno reciente. Queriendo Julio II apoderarse de Ferrara, pensó encargar el cuidado de esta espedicion a un estranjero; mas por fortuna suya ocurrió un incidente que le salvó de haber pagado bien cara semejante imprudencia. Fue el caso que, habiendo sido derrotadas sus tropas auxiliares en Ravena, se vió el vencedor acometido inopinadamente por los Suizos, que le pusieron en huida; y de esta suerte se libró el pontífice, no solo del enemigo, que fué vencido posteriormente, sinó de sus tropas auxiliares, que tan poca parte tuvieron en la victoria alcanzada.

Habiendo determinado los Florentinos poner sitio a Pisa, y careciendo de milicias nacionales, tomaron a su servicio diez mil franceses; falta que les acarreó mayores males que los que hasta entonces habian padecido. El emperador de Constantinopla, amenazado por sus vecinos, metió en la Grecia diez mil turcos, a quienes no pudo echar de alli concluida la guerra, y quedó esta provincia sujeta a los infieles.

Aquel, pues, que quiera ponerse en estado de nunca ser vencedor, no necesita mas que valerse de estas milicias, que es aun peor que las tropas mercenarias, porque forman un cuerpo, solamente sujeto a la obediencia de un estraño. Por el contrario, si se levanta esta última clase de milicias por quien las emplea y paga, y forman un cuerpo separado, no será tanta la continjencia de que sean perjudiciales una vez vencido el enemigo; porque, siendo nombrado el jefe por el mismo príncipe, no puede de un golpe adquirir bastante autoridad sobre el ejército para hacerle que convierta las armas contra el que le paga. En fin, yo creo que tanto debe temerse el valor de las tropas ausiliares, como la cobardía de las mercenarias; y que un príncipe prudente mas bien querrá esponerse a ser batido con sus propias tropas, que vencer con las estranjeras; además de que no es verdadera victoria la que se consigue por medio de un socorro estraño.

En prueba de esta proposicion no puedo menos de citar el ejemplo de Cesar Borja. Se apoderó de Imola y de Forli, valiéndose del auxilio de las francesas: viendo desde luego que no podía contar con su fidelidad, recurrió a la milicia mercenaria que capitaneaban los Ursini y los Vitelli, como menos temible; y encontrando despues este príncipe tan poca seguridad en unas como en otras, tomó el partido de deshacerse de todas ellas, y no volvió a servirse sinó de sus propios soldados.

Si se quiere conocer la gran diferencia que hay entre estas dos especies de milicia, compárense las campañas del mismo duque, teniendo a sueldo suyo a los Ursini y los Vitelli, con las que hizo al frente de sus propias tropas; porque nunca pudo conocerse bastante su talento hasta que fué absoluto dueño de sus soldados.

Bien quisiera ceñirme a los ejemplos sacados de la historia moderna de Italia; pero viene tan al caso el de Hierón, tirano de Siracusa, de quien ya he hablado, que no lo puedo omitir. Habíale confiado esta ciudad el mando de sus tropas, compuestas de estranjeros mercenarios; y no tardando aquel jeneral en reconocer cuan poco podía prometerse de semejante milicia asalariada, cuyos jefes se conducian casi como nuestros italianos; viendo ya claramente que sin peligro no podía servirse de ella ni licenciarla, tomó la violenta resolucion de destruirla, y sostuvo despues la guerra con sus propios soldados.

Tambien citaré otro pasaje histórico sacado del viejo Testamento. Habiéndose ofrecido David a salir a pelear contra el temible filisteo Goliat, el rey Saul, para encender su ánimo, le armó con su espada, su morrion y su coraza;

pero, viendo David que mas le servian de embarazo que de provecho estas armas, declaró que, para vencer a su enemigo, no necesitaba de otras que su propia honda y el cuchillo. Rara vez le viene a uno bien la armadura ajena: lo mas comun es que venga demasiado estrecha, o demasiado holgada.

En fin, o la milicia estranjera sirve de carga muy pesada, o abandona al que la busca cuando podría ser util, o se vuelve contra el mismo que se vale de ella. Carlos VII, padre de Luis XI, despues que con su valor libró a la Francia de los Ingleses y quedó convencido de la necesidad de combatir con sus propias fuerzas, estableció por todo el reino compañías regladas de caballeria y de infanteria. El citado Luis suprimió despues los infantes, y en su lugar sustituyó a los Suizos; mas esta falta, que cometieron tambien sus sucesores, es el orijen de los infortunios de aquel estado, como se ve en el dia; porque, acreditando estos reyes la milicia helvética, envilecieron la suya propia, que, habiendose acostumbrado a combatir al lado de los Suizos, cree que no puede vencer sin ellos; de suerte que los Franceses ni se atreven a pelear contra los Suizos, ni a hacer la guerra a nadie sin ellos.

Son, pues, los ejércitos franceses en parte mercenarios, y en parte nacionales; mezcla que les hace superiores a las tropas puramente asalariadas o puramente auxiliares, pero inferiores con mucho a las que se forman en el mismo pais. El ejemplo que acabo de citar basta para probar que la Francia sería invencible, si hubiera observado fielmente las disposiciones militares de Cárlos VII; mas llega a tanto por desgracia la imprudencia de los hombres, que entran a ciegas en las empresas prometiéndose ventajas imajinarias y llevándose de apariencias lisonjeras, sin conocimiento ni prevision del mal que está oculto, como sucede con la calentura ética de que ya he hablado.

Así qué no es verdaderamente sabio el príncipe que no conoce los males, sinó cuando ya no es tiempo de remediarlos. Conocerlos a tiempo es ciencia poco comun entre ellos. La primera causa de la decadencia del imperio romano fue haber tomado a sueldo a los Godos, circunstancia que dió crédito a estos bárbaros a costa de la milicia romana.

Un príncipe que no puede defender sus estados sinó con tropas estranjeras, se halla a la merced de la fortuna y sin recurso alguno en la adversidad. Es máxima jeneralmente recibida, que nada hay tan endeble como el poder que no se apoya en sí mismo; es decir, que no se defiende por sus propios ciudadanos, sinó por medio de estranjeros, ya sean aliados, ya sean asalariados. No es difficil poner en pie una milicia nacional empleando los mismos medios de que se sirvieron con tanta habilidad Filipo, padre de Alejandro Magno, y otros muchos estados, tanto monárquicos como republicanos, de los cuales he hablado ya en mis escritos anteriores: el lector puede consultar las constituciones de aquellos pueblos, para acabar de instruirse en esta materia (1.)

EXÁMEN.

MAQUIAVELO lleva la hipérbole hasta el esceso cuando sostiene que un príncipe prudente preferirá morir con sus propias tropas a vencer con tropas estranjeras. Yo creo que el náufrago que viere su tumba abierta entre las olas, se acojería presuroso al cable de salvacion, sin escuchar los consejos de quien le dijese: Muere o sálvate por tus propios esfuerzos. La esperiencia nos demuestra

(1) *Nihil rerum mortalium tam instabile ac fluxum est, quam fama patentiæ non suâ vi nixæ:* «Entre las cosas caducas de este mundo no hay una tan instable y vacilante como la reputacion de una potencia que no puede apoyarse en sus propias fuerzas.» (Tácito, *Annal.*)



que el primer cuidado del hombre es atender a su propia conservacion, y después a su conveniencia y bienestar; lo cual destruye por su base el enfático paralojismo del autor.

Si examinamos a fondo esa máxima de Maquiavelo, hallaremos que su verdadero objeto es inspirar envidia y zelos a los príncipes. Segun su opinion, el soberano debe desconfiar de sus súbditos, y con mayor razon, de sus jenerales y de las tropas auxiliares. Esta desconfianza envidiosa ha producido a vezes muy funestos resultados; y algunos príncipes han visto sus ejércitos derrotados, por no haber permitido que sus aliados participasen de su gloria.

Cierto es que el príncipe no debe pelear unicamente con tropas auxiliares; debe, por el contrario, tener fuerzas suficientes para prestar a sus aliados, en caso necesario, los mismos auxilios que de ellos recibe. Prepararse de modo que no haya nada que temer ni de amigos ni de enemigos: hé aquí lo que dicta la prudencia. Pero cuando median tratados, es preciso ser tan escrupuloso en dar auxilios como en recibirlos. Mientras la Alemania, la Inglaterra y la Holanda obraron de concierto contra Luis XIV, y que el príncipe Eugenio y el duque de Marlborough marcharon unidos, la victoria coronó sus esfuerzos; pero desde que la Inglaterra se seprró de sus aliados, la balanza se inclinó al lado del rey de Francia. Si hubiese, pues, un príncipe tan poderoso que no necesitase valerse de tropas mistas o auxiliares, sin duda obraría cuerdamente con escluirlas de sus ejércitos; pero como son raros en Europa los que se hallan en este caso, yo creo que nada arriesgan, siempre que los soldados nacionales sean superiores en número a los auxiliares.

Maquiavelo escribía para príncipes pequeños: todo en él es mezquino; ni acierta a producir ideas grandes y fecundas, porque no es hombre de bien.

El príncipe que se escuda con sus amigos para pelear, es un príncipe débil; pero el que pelea en union con sus amigos, es siempre fuerte. La célebre guerra en que los tres reyes del Norte despojaron á Carlos XII de una parte de sus estados de Alemania, se llevó a cabo con tropas de diferentes aliados; la de 1734 que declaró la Francia bajo pretesto de sostener los derechos del rey de Polonia, fue igualmente dirijida por los franceses y los españoles en union con los saboyanos. No hablaré de la guerra de 1701 contra la Francia, ni de otras muchas que se han terminado del mismo modo.

¿De qué sirve pues que Maquiavelo amontone tantos ejemplos, si sus deducciones son tan fáciles de destruir? La alegoría de las armas de Saul, que rehusó David, cuando iba a pelear con Goliat, por ser demasiado pesadas, no viene al caso, porque una comparacion no es una prueba. Confieso que las tropas auxiliares incomodan a vezes a lo príncipes, ¿pero quien no se incomoda de buena gana cuando va en ello la posesion de ciudades y provincias? Los suizos que están al servicio de Francia han contribuido mas de una vez al buen exito de las batallas, y es evidente que, si el rey de esta nacion despidiese hoy a los suizos y alemanes que componen parte de su infantería, sus ejercitos se resentirían de esta pérdida.

La moral que enseña el autor en este capítulo es tan mala como erróneos e indijestos son sus raciocinios. Es imposible dejar de conocer la mala fe con que propone el ejemplo de Hierón, tirano de Siracusa. Yo no quisiera salir garante de la historia de aquellos tenebrosos tiempos; pero, si es cierto lo que cuentan de Hierón, no aconsejo a los príncipes qne le imiten. Dícese que, en una batalla que dió aquel rey a los Mamertinos, dividió su ejército en dos cuerpos: uno de auxiliares y el otro de tropas siracusanas, haciendo de modo que el enemigo esterminase a las primeras, para vencer solo con las segundas. Si en la última guerra de 1701, hubiese el emperador de Alemania sacrificado tan bárbamen-

te a sus auxiliares ingleses, ¿pudiera este medio haber sido aunca el mas seguro de vencer a la Francia? Cortarse el brazo izquierdo para pelear mejor con el derecho, es una locura tan cruel como peligrosa.

CAPITULO XIV.

De las obligaciones de un príncipe con respecto a la milicia.

El arte de la guerra es el único estudio a que deben dedicarse los príncipes, por ser propiamente la ciencia de los que gobiernan. De sus progresos en ella pende la conservacion de sus propios estados y su acrecentamiento; de modo que, por haberse aventajado en este estudio, han subido muchas vezes los simples particulares a la dignidad suprema, al paso que en otras cayeron de ella vergonzosamente los soberanos por entregarse a un cobarde y afeminado reposo. Ciertamente consiste la pérdida de los estados en el desprecio de un arte tan importante, y en su cultivo la adquisicion de otros nuevos, así como la estable y pacífica posesion de los adquiridos.

Francisco Sforcia de simple particular llegó a ser duque de Milan, porque tenia a su disposicion un ejército que sabía dirijir; y sus hijos, de duques que eran, quedaron reducidos a simples particulares, por no haber heredado el talento de su padre. Nada de estraño hay en esto, porque ninguna cosa contribuye tanto a que pierda un príncipe la autoridad de que goza, como el no ser capaz de ponerse al frente de sus tropas; y por lo mismo de nada debe cuidar tanto como de no envilecerse en el aprecio de sus súbditos, segun probaré después.

Así como no puede establecerse comparacion alguna entre los hombres armados y los inermes, del mismo modo sería absurdo esperar que los últimos mandasen y los primeros obedeciesen. Un príncipe desarmado no puede tener seguridad ni sosiego en medio de súbditos armados; pues estos despreciarán siempre a los demas y le serán justamente sospechosos. ¿Y como podrían trabajar de comun acuerdo? En una palabra, el príncipe que no conoce el arte de la guerra no puede granjearse la estimacion de sus tropas, ni fiarse de ellas (1).

Tienen, pues, los príncipes necesidad de dedicarse enteramente al arte de la guerra, el cual exije, junto con un estudio o trabajo mental, el ejercicio de las armas. Comenzando por este último, debe esmerarse el príncipe en que sus tropas esten bien disciplinadas y ejercitadas con regularidad. La caza le acostumbrará mejor que cualquier otra cosa a la fatiga y al sufrimiento de las intemperies del aire; este ejercicio le enseñará tambien a observar los sitios y las posiciones, a conocer la naturaleza de los rios y de las lagunas, a medir la estension de las llanuras y de los montes; y al mismo tiempo irá adquiriendo el conocimiento topográfico del pais que ha de defender, y se habituará poco a poco a reconocer los lugares donde podrá luego conducir la guerra. Como, por ejemplo, los valles y llanuras de la Toscana, y del mismo modo los rios y pantanos, son semejantes a os de los otros paises, el estudio de uno puede servir para el conocimiento de los demas.

Es ciertamente este estudio utilísimo para los que mandan ejércitos; y el jeneral que lo desprecie, no sabrá nunca encontrar al enemigo, ni guiar sus tropas, ni acamparlas, ni dar oportunamente una batalla. Los historiadores

(1) Se deja conocer que esto es unicamente aplicable al gobierno de uno solo y de un conquistador.



griegos y romanos alaban con mucha razon a Filopemen, príncipe de los Aqueos, por su aplicacion suma al estudio del arte militar durante la paz. En sus viajes se detenía muchas vezes con sus amigos, y les preguntaba cnal de dos ejércitos tendría superioridad si el uno estuviese colocado sobre tal altura y ocupara el otro tal lugar; como aquel que suponía estar a su mando podría acercarse al contrario y presentarle batalla; como debería conducirse para hacer su retirada, o para dar caza al enemigo en caso que él se retirase. Proponíales del mismo modo todos los lances que pueden ocurrir en la guerra, escuchaba su dictámen con atencion, y por último daba el suyo fundándole. Así rara vez le sucedia ser sorprendido por sucesos imprevistos.

En cuanto a la parte del arte militar que se aprende en el gabinete, debe el príncipe leer la historia, poniendo particular atencion en las hazañas de los grandes capitanes, y examinando bien las causas de sus victorias y de sus derrotas; sobre todo conviene seguir el ejemplo de varios hombres célebres que se propusieron imitar algun modelo de la antigüedad y seguir sus huellas. Alejandro el Grande se inmortalizó procurando imitar a Aquiles; César imitando al mismo Alejandro; y Scipion a Ciro. De manera que, si nos tomamos el trabajo de confrontar la vida de Scipion, y la de Ciro escrita por Jenofonte, veremos que el romano fue jeneroso, afable, humano y continente, como su modelo.

Estas son las ocupaciones mas dignas de un príncipe sabio en tiempo de paz, a fin de que, si la fortuna se muda, pueda ponerse a cubierto de sus golpes.

Exámen.

El príncipe que solo se dedica a estudiar el arte de la guerra, no cumple su mision sinó a medias, porque tiene otros deberes que llenar distintos de los de soldado. He dicho en el primer capítulo de esta obra que los príncipes son a la vez majistrados y jenerales, no como los pinta Maquiavelo, semejantes a los dioses de Homero, que eran poderosos y fuertes, pero no justos y equitativos. Francisco Sforza, en cuyo ejemplo se apoya el autor, tenía razon en ser esclusivamente hombre de guerra, porque era un usurpador.

Las razones que mueven a Maquiavelo a recomendar a los príncipes el ejercicio de la caza me parecen débiles y fútiles en estremo. El autor cree que por este medio aprenderán los príncipes a conocer la situacion topográfica del territorio que gobiernan; y yo creo que, si el rey de Francia o el soberano de un gran imperio se propusiese adquirir de esta manera un conocimiento exacto de sus estados, necesitaría recorrerlos con la misma constancia con que la tierra jira al rededor del sol.

El lector me permitirá que descienda a examinar esta materia mas detalladamente, pues, aunque sea digresion, toda vez que el placer de la caza es la pasion dominante de los reyes, nobles y grandes señores, sobre todo en Alemania, no creo que serán ociosas algunas reflexiones sobre este punto.

La caza es un placer sensual que desarrolla el cuerpo y embrutece la intelijencia. Sns apasionados me dirán que es el placer mas noble y antiguo de cuantos han conocido los hombres, y que muchos héroes de la antigüedad fueron cazadores. Esto podrá ser muy bien; yo no condeno el uso, sinó el abuso. Hoy dia la caza es una diversion que dura algunas horas; pero antiguamente y sobre todo, en tiempos del feudalismo, era una ocupacion diaria y seria. Nuestros antepasados no sabían en que ocuparse; y por eso distraían su ociosidad persiguiendo a las fieras en los bosques, no teniendo la capazidad ni la cultura necesaria para pasar el tiempo en buena sociedad. Yo pregunto sin

son estos ejemplos dignos de imitarse en nuestros dias; si la rudeza de costumbres debe dar lecciones a la cortesanía, o si no es mas natural que los siglos ilustrados sirvan de modelo a los siglos bárbaros?

El hombre es superior al bruto por su intelijencia, no por la fuerza; y la intelijencia de un cazador de profesion abunda demasiado en rústicas ideas. Hay algunos tan groseros y brutales en sus maneras, que es de temer lleguen a ser con el tiempo tan inhumanos para con sus semejantes como lo son para con los brutos; o cuando menos debe suponerse que la costumbre de hacer padecer a los animales y de verlos sufrir con indiferencia borrará de sus corazones esos sentimientos piadosos que nos inducen a compadecer y aliviar las miserias humanas. Y en tal caso, ¿qué nobleza puede haber en semejantes placeres? ¿Cómo puede ser digna esta ocupacion de un ser intelijente?

Se objetará que la caza es un ejercicio saludable, habiendo demostrado la esperiencia que los que se han dedicado a ella han llegado a una edad muy avanzada, y que es muy conveniente a los príncipes porque les permite hacer gala de magnificencia, los distrae de los cuidados del gobierno, y los familiariza con la imájen de la guerra. Yo estoy muy lejos de condenar el ejercicio moderado; pero observaré de paso que el ejercicio continuo y sistemático no es absolutamente indispensable sinó a los enfermos y a los incontinentes. Pocos príncipes habrán vivido tanto como el cardenal de Fleury, el de Jimenez de Cisneros o el papa Clemente XII, y sin embargo no fueron cazadores. ¿Y de qué sirve que el hombre llegue a la edad de Mathusalen si ha de llevar una vida indolente e inútil? Cuanto mas estudie y medite, tanto mejores serán sus obras, y tanto mas fruto sacará de la vida.

La magnificencia, es verdad, conviene a los príncipes; pero pueden manifestarla por otros medios mucho mas útiles para sus súbditos. La caza solo sería útil si fuese tanta la abundancia de animales que dañase a las campiñas o causase perjuicios de consideracion en los sembrados y plantios; en cuyo caso, el príncipe debiera tener cazadores o monteros bien pagados, que purgasen sus estados de tamaña plaga. Un buen rey no tiene jamás tiempo suficiente para instruirse y atender a los cuidados de su gobierno.

A Maquiavelo, en particular, podria yo responder que no es necesario ser cazador para ser gran capitan. Gustavo Adolfo, Turena, Marlborough, el príncipe Eujenio, a quienes nadie disputará el rango de hombres ilustres y hábiles jenerales, no cazáron nunca; ni nos dice la historia que Cesar, Alejandro o Escipion hayan cazado en su vida. Si el objeto del autor es que los príncipes ejerciten a la vez el cuerpo y la intelijencia, debiera proponerles el ejemplo de los filósofos peripatéticos; pues yo creo que un hombre puede hacer reflexiones mas sólidas sobre el mapa de un pais, o sobre el arte de la guerra, mientras se pasea tranquilamente, que no cuando los galgos, ciervos, perdizes distraen su imajinacion. Recuerdo que un gran principe, que hizo en Hungría su segunda campaña, estuvo a pique de caer prisionero de los turcos por haberse estraviado cazsndo. Sería tambien muy conveniente que los jenerales prohibiesen la caza a los ejércitos que van de marcha, para evitar los desórdenes de que ha sido causa esta diversion.

Concluyo, pues, diciendo que es muy escusable en los príncipes este pasatiempo, siempre que lo disfruten con poca frecuencia o con el objeto de dar treguas a sus cuidados, que suelen a vezes ser muy tristes. Yo no escluyo ningun placer morijerado; pero creo que el mayor de todos es el de saber gobernar, hacer la felizidad de los pueblos, protejer y ver prosperar las ciencias y las artes; y desgraciado el príncipe que busque otros placeres.

CAPITULO XV.

PORQUÉ COSAS LOS HOMBRES, Y EN PARTICULAR LOS PRÍNCIPES, MERECEN SER ALABADOS O VITUPERADOS.

TRÁTASE al presente de examinar la conducta que ha de observar un príncipe con sus súbditos y con sus amigos; y aunque otros han hablado ya de esta materia, no pienso, sin embargo, que se atribuirá a presuncion el atreverme a presentarla aquí de una manera diferente. Como mi objeto es escribir para aquellos que juzgan sin preocupacion, hablaré de las cosas como son en la realidad, y no como el vulgo se las pinta.

Figúrase a vezes la imajinacion repúblicas y gobiernos que nunca han existido; pero hay una distancia tan grande del modo con que se vive al que deberíamos tener de vivir, que aquel que reputa por real y verdadero lo que sin duda debería serlo, y no lo es por desgracia, corre a una ruina segura é inevitable. Así que, no temeré decir que el que quiera ser bueno absolutamente con los que no lo son, no podrá menos de perecer tarde o temprano. Por esto el príncipe que desee serlo con seguridad, debe aprender a no ser siempre bueno, sinó a ser lo que exijan las circunstancias, y el interes de su conservacion.

Dejando a un lado, pues, las ideas falsas que muchos se forman de los príncipes, y deteniéndose en las que son verdaderas, digo que nunca se habla de un hombre o sujeto determinado, y en especial de un príncipe, sin atribuirle algun mérito o demérito, alguna buena o mala prenda. El uno es liberal, el otro avaro; aquel da con franqueza, este es codicioso; en una palabra, es un hombre de honor o sin fe, es afeminado y pusilánime, o valeroso y emprendedor, humano o cruel, afable o altanero, de vida arreglada o intemperante, bribon u hombre de bien; docil, o duro y áspero, grave o alocado, relijioso o impío.

Gran dicha sería a la verdad hallar un príncipe que reuniera todas las buenas prendas que he señalado; pero como nuestra naturaleza no es capaz de tanta perfeccion (1), es necesario a lo menos que tenga el príncipe bastante prudencia para preservarse de aquellos vicios y defectos que pudieran perderle. Debe librarse tambien, si le es posible, de los otros defectos menores que no pueden comprometer su seguridad ni la posesion de sus estados; mas, si fuese superior a sus fuerzas el librarse de ellos, no debe incomodarse tanto como por no incurrir en las faltas graves que causarían su ruina. Tampoco debe reparar en que se vituperen en él los vicios que son útiles para la conservacion de sus estados; porque, bien meditadas las cosas, tal calidad, que parece buena y laudable, le perdería inevitablemente, y de tal otra, que parecerá mala y viciosa, dependerá su conveniencia y seguridad.

EXÁMEN.

Los pintores y los historiadores tienen entre sí mucha semejanza; unos y otros se afanan por copiar la naturaleza. El pintor retrata al vivo las facciones y el colorido de les hombres: el historiador pinta sus caractéres y sus hechos.

(1) Dice Plinio el menor. «Las virtudes residen en el hombre cerca de algun vicio, y así participan siempre de este fatal contacto.» (Panejírico de Trajano.)



Y hay pintores de habilidad tan singular que nunca han sabido pintar sino mónstruos y demonios.—Maquiavelo es un pintor de este jénero.

Este escritor se empeña en representarnos al universo como un infierno, y a los hombres como criaturas infernales. No parece sinó que se complace en calumniar al jénero humano, en fuerza del odio que profesa a nuestra especie; y que se ha propuesto desterrar del mundo a la virtud, para hacer que los demas hombres se le parezcan.

Maquiavelo sienta por principio que no es posible ser siempre bueno, justo y humano en este mundo malvado y corrompido, sin esponerse a perder la vida. Yo rechazo esta proposicion, y aconsejo, por el contrario, a los que quieran vivir felizes y satisfechos, que obren siempre con prudencia, sin separarse del camino de la virtud: así conseguirán que los malvados les teman y respeten. Los hombres, sin esceptuar los reyes, no son en jeneral ni enteramente buenos ni enteramente malos; pero todos ellos, malos y buenos, respetarán siempre a un príncipe poderoso, justo y hábil. Mejor quisiera yo declarar la guerra a un tirano que a un buen rey: a un Luis XI, por ejemplo, que a un Luis XII, a un Domiciano que a un Trajano; porque un buen rey puede siempre contar con la fidelidad de sus tropas, pero un tirano no podría impedir que sus soldados desertasen y se uniesen a los mios. Si yo quiese marchar sobre Italia con solos diez mil hombres para destronar a un Alejandro VI, la mitad de la Italia me sería favorable; pero si fuese con cuarenta mil hombres a hostilizar a un Inocencio II, la Italia toda se levantaría para defender a su príncipe y castigar al invasor. Ninguno de los reyes buenos y justos que ha tenido la Inglaterra ha sido jamás destronado por la fuerza de las armas; y por el contrario, todos sus malos reyes han sucumbido en la lucha, siempre que se ha levantado un pretendiente con un puñado de hombres.

El príncipe debe ser intrépido y virtuoso, aunque haya de tratar con hombres perversos; de este modo la virtud, emanando del trono, se difundirá entre sus súbditos, y sus vecinos imitarán su ejemplo, y los malvados temblarán en su presencia.

CAPITULO XVI.

DE LA LIBERALIDAD Y DE LA PARSIMONIA.

COMENZANDO por las primeras calidades de que acabo de hablar, confieso que es muy bueno acreditarse un príncipe de liberal; pero peligroso tambien ejercitar la liberalidad de manera que no sea despues temido ni respetado. Voy a esplicarme, Si el príncipe se muestra liberal en el grado conveniente, quiero decir, con medida y discernimiento, contentará a pocos, y será tenido por avaro. Por otra parte, un príncipe deseoso de que su liberalidad sea ponderada, no repara en ninguna clase de gastos; y para mantener esta reputacion, suele luego verse obligado a cargar de impuestos a sus vasallos y a echar mano de todos los recursos fiscales, lo que no puede menos de hacerle aborrecible; fuera de que, agotado el tesoro público con su prodigalidad, no solo pierde su crédito y se espone tambien a perder sus estados al primer revés de la fortuna, sinó que al cabo gana con sus liberalidades mayor número de enemigos que de amigos, como sucede todos los dias. Lo mas singular es que tampoco podrá mudar de conducta ni moderarse, sin que al instante se le tache de avaro.

Supuesto, pues, que un príncipe no puede ser liberal sinó a tanta costa,



haga poco caso de que le tengan por mezquino y avaro; sobre todo si, mediante la economía, logra que sus rentas alcanzen a cubrir sus gastos, y que sin necesidad de echar nuevas contribuciones, se halla en disposicion de defender sus estados, y aun de intentar empresas útiles.

Cuente entonces con que le tendrán por bastante liberal todos aquellos a quienes nada quite, que serán los mas y los mejores, y que al contrario será siempre muy corto el número de los que le acusen de avaro, porque no les dé todo lo que piden. Es notable que en nuestros dias solamente hayamos visto hacer cosas grandes a los que han tenido opinion de avaros, y que se han arruinado todos los demas. Julio II consiguió el pontificado por sus liberalidades; pero luego juzgó muy bien que, para sostener la guerra contra el rey de Francia, le serviría de poco la reputacion de liberal que había adquirido; y así procuró que sus ahorros le pusieran en estado de soportar la guerra sin exigir nuevas contribuciones. El rey que ocupa hoy el trono de España (1), jamás hubiera llevado al cabo sus empresas, si hubiese hecho aprecio de lo que podrían hablar sobre su economía.

Así pues, un príncipe, para no llegar a ser pobre, para poder en caso de invasion defender sus estados y no recargar a sus súbditos con nuevos impuestos, no debe sentir que se le tenga por avaro, supuesto que en este malamente llamado vicio, consisten la estabilidad y la prosperidad de su gobierno. Se dirá acaso que César consiguió el imperio por sus liberalidades, y que otros muchos se han elevado por el ejercicio de la misma calidad; mas a esto respondo que es muy diferente el estado de un príncipe del de un hombre que aspira a serlo. Si César hubiera vivido mas, o perdiera la reputacion de liberal que le abrió el camino del imperio, o se hubiera perdido a sí mismo queriendo conservarla.

Se cuentan, no obstante, algunos príncipes que han hecho proezas con sus ejércitos, distinguiéndose siempre por su liberalidad; pero esto dependia de que sus dádivas no eran gravosas al tesoro público: tales fueron Ciro, Alejandro y el mismo César. El príncipe debe usar con economía de sus bienes y de los de sus súbditos; pero debe ser pródigo de los que tomare al enemigo, si quiere ser amado de sus tropas. No hay virtud que tanto se gaste por sí misma, si puede decirse así, como la jenerosidad. El demasiado liberal no lo será largo tiempo, se quedará pobre y será despreciado, a menos que no sacrifique a sus súbditos con contínuos tributos y demandas; y entonces se hará odioso. Nada debe temer tanto un príncipe como ser aborrecido y despreciado; y la liberalidad conduce a estos dos escollos. Si fuese necesario escojer entre dos estremos, siempre valdría mas ser poco liberal que serlo demasiado; puesto que lo primero, aun cuando sea poco glorioso, no acarrea menos, como lo segundo, el aborrecimiento y el menosprecio.

Exámen.

Dos grandes escultores de la antigüedad, Fidias y Alcamenes, hicieron cada uno, a competencia, una estatua de Minerva, para que los Atenienses elijiesen la mas hermosa, que debía colocarse sobre una elevada columna en la plaza pública. Concluidas ambas obras y espuestas a la censura del pueblo, fue jeneralmente preferida la de Alcameues por lo pulido del trabajo, mientras que la de Fidias, labrada toscamente al parecer, obtuvo pocos sufrajios. Pero este último, sin descontentarse por el juicio del vulgo, pidió que se colocasen

(2) Fernando V, el Católico. (N. del T.)

las estatuas a la altura para que habian sido destinadas; hecho lo cual, Fidias obtuvo el premio por el voto unánime de los Atenienses.

Este conocimiento de las reglas de proporcion aplicadas segun la distancia y los lugares, que era el principal mérito de Fidias, es igualmente necesario al estudio de la política, cuyas máximas varian segun los paises y las ocasiones en que se quieran aplicar. Pretender que se adopte una fórmula jeneral, es un absurdo; porque lo que conviene a una gran nacion no conviene siempre a un estado pequeño. El lujo, por ejemplo, que nace de la abundancia y promueve la circulacion de las riquezas, es causa de prosperidad para las grandes naciones; porque fomenta la industria, al par que crea la necesidad de poseer riquezas, que aprovechan tanto al rico como al pobre. De modo que si un estadista inhabil se propusiese desterrar el lujo de una gran nacion, causaría su ruina. El lujo, por el contrario, sería pernicioso y funesto a los estados pequeños; porque ocasionaria mucho mayor estraccion que introduccion de caudales, y moririan los pueblos de consuncion. Es, pues, una regla invariable para todo estadista el no confundir las naciones grandes con las pequeñas; y contra esta regla ha pecado Maquiavelo en el presente capítulo.

Su primer error consiste en que no ha sabido distinguir claramente la liberalidad de la prodigalidad. Segun Maquiavelo, el príncipe debe tener reputacion de avaro, si quiere emprendec cosas útiles; yo sostengo que debe tenerla de liberal, y que debe serlo. Ninguno de los que el mundo llama héroes, ha dejado de ser liberal en su sentido. El príncipe que se hace notable por su avaricia no tendrá nunca buenos servidores; porqne sus súbditos, persuadidos del mal pago que habrán de recibir por su servicios, no tendrán interes en servirle.

Es evidente que para que el hombre sea liberal y pueda hacer bien a los demas, debe saber administrar sus bienes con prudencia y economía. Tenemos el ejemplo de Francisco I, rey de Francia, cuyos escesivos gastos fueron en gran parte, causa de sus desgracias. Pero este rey no fue liberal sinó prodigo; y cuando, en los últimos años de su vida quiso correjir sus despilfarros, cayó en el vicio opuesto, afanándose por llenar sus arcas de oro, en vez de introducir la economía en sus asuntos domésticos. De nada sirven los tesoros si no se ponen en circulacion. Lo que el príncipe necesita son rentas, lo mismo que los individuos particulares; y el que se empeña en amontonar riquezas para enterrarlas no conoce el arte de hacer fortuna. Los Medicis obtuvieron la soberanía de Florencia, porque el gran Cosme, padre de la patria y simple comerciante, supo ser liberal con talento: si hubiera sido avaro, no hubiera podido desplegar su jénio sinó a medias. El cardenal de Retz decía con razon que en los grandes negocios no debe repararse en el dinero gastado.

El príncipe debe tratar de enriquecer el tesoro público favoreciendo el comercio y la industria de sus súbditos, y de este modo podrá gastar con liberalidad cuando sea necesario, y se captará el amor y la estimacion jeneral. Maquiavelo dice que su liberalidad le hacía despreciable. Así hablaría un usurero; pero no es así como debe hablar un hombre que se propone dirijir la educacion de un príncipe.

CAPITULO XVII.

DE LA CRUELDAD Y DE LA CLEMENCIA; Y SI VALE MAS SER AMADO QUE TEMIDO.

Paso ahora a tratar de las otras calidades que se requieren en los que gobiernan. No hay duda en que un príncipe debe ser clemente, pero a tiempo y



con medida. César Borja fue tenido por cruel; mas a su crueldad debió las ventajas de reunir a sus estados la Romania, y de restablecer en esta provincia la paz y la tranquilidad de que se habia visto privada largo tiempo. Bien considerado todo, se confesará que este príncipe fue mas clemente que el pueblo de Florencia, el cual, por evitar la tacha de cruel, dejó destruir a Pistoya. No debe hacerse caso de la nota de crueldad, cuando se trata de contener al pueblo dentro de los límites de su deber, porque al fin se halla que ha sido uno mas humano haciendo un corto número de castigos indispensables que aquellos que, por demasiada induljencia, provocan el desórden, de que resultan luego la rapiña y la muerte; como que los tumultos comprometen la seguridad del estado, o lo destruyen, al paso que la pena impuesta por el príncipe a los delincuentes tan solo recae sobre algunos particulares.

Pocas vezes un príncipe nuevo se salva de la nota de cruel, porque está llena de peligros toda dominacion nueva; y asi Dido (en Virgilio) se disculpa de la severidad de que usaba con el apuro a que la había reducido el interés de sostenerse en un trono que no había heredado de sus abuelos: *Res dura, et regni novitas me talia cogunt moliri, et laté fines custode tueri.*

No es conveniente tampoco que el príncipe tenga miedo de su sombra, ni que escuche con demasiada facilidad las relaciones siniestras que le cuenten; antes bien debe ser muy circunspecto, tanto para creer como para obrar, sin desentenderse de los consejos de la prudencia, pues hay un medio racional entre la seguridad loca y la desconfianza infundada. Algunos políticos disputan acerca de si es mejor que el príncipe sea mas amado que temido, y yo pienso que de lo uno y de lo otro necesita. Pero, como no es fácil hacer sentir en igual grado a los mismos hombres estos dos efectos, habiendo de escojer entre uno y otro, yo me inclinaría al último con preferencia. Es preciso confesar que jeneralmente los hombres son ingratos, disimulados, inconstantes, tímidos e interesados. Mientras se les hace bien, puede uno contar con ellos; nos ofrecerán sus bienes, sus propios hijos, su sangre, y hasta la vida; pero, como ya tengo dicho, todo ello dura mientras el peligro está lejos, y cuando este se acerca, su voluntad y la ilusion que se tenia desaparecen al mismo tiempo. El príncipe que hiciera caudal de tan lisonjeras palabras, y no cuidará de estar preparado para cualquier evento que pudiese sobrevenir, se hallaría muy espuesto a arruinarse; porque los amigos que se adquieren a costa de dinero, y no en virtud de las prendas del ánimo, rara vez se conservan durante los contratiempos de la fortuna; y no hay cosa mas frecuente que verse uno abandonado de ellos al llegar la ocasion en que mas los necesita. Jeneralmente se hallan los hombres mas prontos a contemplar al que temen, que al que se hace amar, lo cual consiste en que siendo esta amistad una union puramente moral o de obligacion nacida de un beneficio recibido, no puede subsistir contra los cálculos del interés; en lugar de que el temor tiene por objeto el apartamiento de una pena o castigo, de cuya idea la impresion que recibe el ánimo es mas profunda. Sin embargo, el príncipe no debe hacerse temer tanto, que deje de ser amable y merezca que le aborrezcan; no siendo difícil encontrar un buen medio, y mantenerse en él. Bástale para no ser aborrecido respetar las propiedades de sus súbditos y el honor de sus mujeres. Cuando se halle en la necesidad de imponer la pena de muerte, manifieste los motivos que tuviere, y sobre todo no toque a los bienes de los condenados, porque es preciso confesar que mas pronto olvidan los hombres la muerte de sus parientes que la pérdida de su patrimonio. Por otra parte, tiene el príncipe sobradas ocasiones de tomar los bienes ajenos, si se propone vivir de la rapiña; al paso que son mucho mas raras las de derramar la sangre de sus súbditos, y se acaban mas pronto.

Pero, hallándose el príncipe al frente de su ejército y teniendo bajo sus órdenes una multitud de soldados, no debe hacer caso de que entre ellos se le tenga por cruel, respecto a que le será útil esta misma reputacion para mantener la tropa en la obediencia y para evitar toda especie de faccion.

Entre otras prendas admirables poseía Anibal la de hacerse temer de sus soldados en tanto grado, que, habiendo conducido a pais estranjero un ejército numerosísimo, compuesto de todo linaje de jentes, no tuvo que castigar el menor desórden, ni la falta mas lijera contra la disciplina, ya siéndole la fortuna favorable, ya siéndole contraria; efecto que solamente puede atribuirse a su estremada severidad y a las demas dotes que le hacian respetar y ser temido del soldado, sin lo cual ni su injenio ni su valor le hubieran sido útiles.

Hay, sin embargo, escritores tan poco juiciosos en mi opinion, que, aunque hagan el debido elojio de las grandes empresas de Aníbal, no aprueban semejante máxima; pero nada le justifica tanto en esta parte como el ejemplo de Escipion, uno de los mayores capitanes que nos da a conocer la historia de Roma. La escesiva induljencia suya con las tropas que mandaba en España no produjo sinó desórdenes, y últimamente una insurreccion jeneral; por lo que Fabio Máximo le echó en cara delante del senado pleno, que había estragado la milicia romana. Habiendo dejado sin castigo el mismo general la bárbara conducta de uno de sus tenientes con los Locrienses, dijo un senador, para justificarle, que había hombres a quienes era mucho mas fácil no cometer yerros que castigarlos. Semejante esceso de induljencia hubiera con el tiempo deslucido la reputacion y gloria de Escipion, si hubiese continuado mandando y conservára las mismas disposiciones; pero, lejos de perjudicarle, redundó todo en mayor honra suya, porque vivía bajo el gobierno del senado.

Concluyo, pues (volviendo a mi primera cuestion acerca de si vale mas ser amado que temido), que, como los hombres aman por libertad o por capricho, y por el contrario, temen segun el gusto del que los gobierna, un príncipe prudente no debe contar sinó con lo que está a su disposicion; pero sobre todo cuide, segun ya tengo advertido, de hacerse temer, sin llegar a ser aborrecible.

EXÁMEN.

EL depósito mas precioso que se haya jamás confiado a los reyes es la vida de sus súbditos. El elevado cargo que desempeñan les da pleno poder para condenar a muerte o para perdonar a los criminales. Este poder sobre la vida de los hombres es para los buenos príncipes el mas pesado de los deberes de su ministerio; porque saben que son hombres como los demas, y que, si bien hay injusticias que tienen reparacion, una sentencia de muerte impremeditada es un mal irreparable. Por eso el soberano prudente no castiga jamás con severidad sinó para evitar mayores males; semejante al hombre que se deja cortar un miembro gangrenado, para impedir que se corrompa el resto de su cuerpo.

Esta materia, tan grave e importante, es para Maquiavelo de muy escasa entidad. La vida de los hombres le importa poco; el interes, único Dios que reconoce, es el móvil de sus acciones. Para él, la crueldad es preferible a la clemencia; y por eso aconseja, muy principalmente a los usurpadores, que no se arredren porque el mundo los llame crueles. Los heroes de Maquiavelo suben siempre al poder en hombros del verdugo, y solo con la ayuda del verdugo logran conservar su dominacion. El ejempló de Cesar Borjia es siempre su refujio cuando defiende la crueldad.

En esta ocasion cita tambien el autor unos versos que pone Virjilio en boca



de Dido; cita que no viene al caso, porque Virjilio hace hablar a Dido como un autor moderno (1) hace hablar a Jocasto, en la trajedia de Edipo; es decir que, en ambos casos, el poeta acomoda las palabras al caracter del personaje que las usa. Por consiguiente, ni Dido ni Jocasto son autoridades en materia de política, sinó los hombres hábiles y virtuosos que han edificado al mundo con su ejemplo.

Maquiavelo recomienda sobre todo el rigor en los ejércitos, y comparando la induljencia escesiva de Escipion con la severidad de Anibal, prefiere el cartajinés al romano, y concluye que la crueldad es la base del órden, de la disciplina y del triunfo de un ejército. La mala fe de Maquiavelo se trasparenta a primera vista en esta comparacion; porque escoje a Escipion, que siempre ha sido censurado por su debilidad en materia de disciplina, para poder elojiar con alguna razon la crueldad y la barbarie de Anibal.

Es indudable que en un ejército no puede haber órden sin severidad, porque, ¿cómo es posible hacerse respetar de tantos miles de hombres, entre los cuales los hay libertinos, malvados, cobardes, temerarios, groseros y estúpidos, si el temor del castigo no los contiene dentro del límite de sus deberes? Yo solo exijo moderacion en un jeneral; que así como su prudencia debe a vezes prescribirle el rigor, su bondad para con el soldado le incline tambien al perdon. El rigor debe solo hacerse en casos estremos; bien así como el piloto discreto, que solo se decide a cortar el mastil y las cuerdas de su buque, cuando la tempestad le obliga a ello. Hay ocasiones en que es forzoso ser severo, pero nunca cruel. La crueldad no es nunca popular entre los soldados ni entre los jefes; y yo quiero méjor ser amado que temido de mis tropas en un dia de batalla.

A esto dice Maquiavelo que el príncipe debe antes hacerse temer que amar de sus súbditos, porque los hombres todos son ingratos, inconstantes, etc. etc.: este es uno de sus argumentos mas capciosos. Yo no niego que haya ingratos en el mundo, ni que el temor sea, en ocasiones, un ajente poderoso; pero sí digo que el rey cuya política se apoya en este solo móvil, reina en un pueblo de esclavos; y no debe esperar acciones grandes y jenerosas de sus súbditos; porque todo lo que se hace por temor, lleva impreso un carácter de timidez y de bajeza. Por el contrario, el príncipe que sabe hacerse amar de su pueblo, reina verdaderamente en los corazones, y ejemplos hay en la historia de grandes y heroicos hechos nacidos del amor y la fidelidad. Debo añadir que la moda de las revoluciones parece totalmente estinguida en este siglo. El rey de Inglaterra es el solo monarca hoy dia que tenga motivos para temer a su pueblo; pero casi puede afirmarse que reinará tranquilo como no provoque él mismo una revolucion.

Concluyo, pues, que un príncipe cruel está mas espuesto a ser destronado que un príncipe bondadoso; porque la crueldad es insoportable, y los pueblos llegan a cansarse de una vida de temores y sobresaltos; mientras que la bonbad será siempre una virtud amable, que jamás cansa a los que esperimentan sus efectos. Los pueblos vivirian mas felizes si los príncipes fuesen bondadosos sin ser demasiado induljentes, de modo que la bondad fuese en ellos una virtud y nunca una flaqueza.

(1) Alude a Voltaire.

CAPITULO XVIII.

Si los príncipes deben ser fieles a sus tratados.

Ciertamente es muy laudable en un príncipe la exactitud y fidelidad en el cumplimiento de sus promesas, y que no eche mano de sutilezas y artificios para eludirle; pero la esperiencia de estos tiempos nos demuestra que entre los mas que se han distinguido por sus hazañas y prósperos sucesos, hay muy pocos que hayan hecho caso de la buena fé, o que escrupulizaran de engañar a otros cuando les tenia cuenta y podian hacerlo impunemente (1).

Sépase, pues, que hay dos modos de defenderse: el uno con las leyes, y el otro con la fuerza: el primero es propio y peculiar de los hombres, y el segundo comun con las bestias. Cuando las leyes no alcanzan, es indispensable recurrir a la fuerza; y así un príncipe ha de saber emplear estas dos especies de armas, como finalmente nos lo dieron a entender los poetas en la historia alegórica de la educacion de Aquiles y de otros varios príncipes de la antigüedad, finjiendo que le fue encomendada al centauro Quiron; el cual, bajo figura de hombre y de bestia, enseña a los que gobiernan que, segun convenga, deberán valerse del arma de cada una de estas dos clases de animales, porque sería poco durable la utilidad del uso de la una sin el concurso de la otra.

De las propiedades de los animales debe tomar el príncipe las que distinguen de los demas al leon y a la zorra, y valerse de ambas. Esta tiene pocas fuerzas para defenderse del lobo, y aquel cae fácilmente en las trampas que se le arman; por lo cual debe aprender el príncipe, del uno a ser astuto para conocer la trampa, y del otro a ser fuerte para espantar al lobo. Los que solamente toman por modelo al leon, y se desdeñan de imitar las propiedades de la zorra, entienden muy mal su oficio (2); en una palabra, el príncipe prudente, que no quiere perderse, no puede ni debe estar al cumplimiento de sus promesas, sinó mientras no le pare perjuicio, y en tanto que subsisten las circunstancias del tiempo en que se comprometió.

Ya me guardaría yo bien de dar tal precepto a los príncipes, si todos los hombres fuesen buenos; pero, como son malos y están siempre dispuestos a quebrantar su palabra, no debe el príncipe solo ser exacto y celoso en el cumplimiento de la suya (3): él siempre encontrará fácilmente modo de disculparse de esta falta de exactitud. Pudiera dar diez pruebas por una para demostrar que en cuantas estipulaciones y tratados se han roto por la mala fe de los príncipes, ha salido siempre mejor librado aquel que ha sabido cubrirse mejor con la piel de la zorra (4). Todo el arte consiste en representar el papel con pro-

(1) Los romanos pintaban a Jano con dos caras, y le veneraban como al mas prudente de todos los antiguos reyes de Italia por la doblez de sus tratos y palabras, en que consistia toda su prudencia, segun Macrobio.

(2) Esta era, según Plutarco, la máxima favorita del célebre Lysandro, que acabó la guerra interminable del Peloponeso, destruyó la democracia en Atenas y se señaló por el número y lustre de sus conquistas. Echábanle en cara que habia alcanzado algunos triunfos por medios ruines y artificiosos; y él respondía riéndose, que «creia haber debido valerse de la astucia de la zorra cuando no era suficiente la fuerza del leon, y que el fraude y la maña alcanzáran lo que no pudieran los medios razonables y equitativos.» Este mismo Lysandro decía que a los hombres se los entretiene con palabras y juramentos, así como se divierte a los niños con juguetes y meriñaques (*In Lacedem.*)

(3) *Par pari refertar.*

(4) Con efecto, podia Maquiavelo sacar muchos ejemplos de la historia antigua, como el de Archidamo, que inducia a los Griegos a violar sus tratados con Antígono y Cratero, diciéndoles: «que Dios habia dado a la oveja un lenguaje solo, y al hombre muchos, distintos unos de otros para que

piedad, y en saber disimular y finjir; porque los hombres son tan débiles y tan incautos que, cuando uno se propone engañar a los demas, nunca deja de encontrar tontos que le crean.

Solamente citaré un ejemplo tomado de la historia de nuestro tiempo. El papa Alejandro VI se divirtió toda su vida en engañar; y aunque su mala fe estaba bien probada y reconocida, siempre le salian bien sus artificios. Jamás se detuvo en prometer ni en afirmar sus palabras con juramento y las mas solemnes protestas; pero tampoco se habrá conocido otro príncipe que menos se sujetara a estos vínculos, porque conocía à los hombres y se burlaba de ellos.

No se necesita, pues, para profesar el arte de reinar, poseer todas las buenas prendas de que he hecho mencion: basta aparentarlas; y aun me atreveré á decir que a las vezes sería peligroso para un príncipe hacer uso de ellas, siéndole útil siempre hacer alarde de su posesion. Debe procurar que le tengan por piadoso, clemente, bueno, fiel en sus tratos y amante de la justicia; debe tambien hacerse digno de esta reputacion con la práctica de las virtudes necesarias; pero al mismo tiempo ser bastante señor de sí mismo para obrar de un modo contrario cuando sea conveniente. Doy por supuesto que un príncipe, y en especial siendo nuevo, no puede practicar indistintamente todas las virtudes; porque muchas vezes le obliga el interés de su conservacion a violar las leyes de la humanidad, y las de la caridad y la relijion; debiendo ser flexible para acomodarse a las circunstancias en que se pueda hallar. En una palabra, tan útil le es perseverar en el bien cuando no hay inconveniente, como saber desviarse de él si el interés lo exije. Debe sobre todo hacer un estudio esmerado de no articular palabra que no respire bondad, justicai, buena fe y piedad relijiosa; poniendo en la ostentacion de esta última prenda particular cuidado, porque jeneralmente los hombres juzgan por lo que ven, y mas bien se dejan llevar de lo que les entre por los ojos que por los otros sentidos. Todos pueden ver, y muy pocos saben rectificar los errores que se cometen por la vista. Se alcanza al instante lo que un hombre parece ser; pero no lo que es realmente; y el número menor, que juzga con discernimiento, no se atreve a contradecir a la multitud ilusa, la cual tiene a su favor el esplendor y la majestad del gobierno que la proteje.

Cuando se trata, pues, de juzgar el interior de los hombres, y principalmente el de los príncipes, como no se puede recurrir a los tribunales, es preciso atenerse a los resultados: así lo que importa es allanar todas las dificultades para mantener su autoridad; y los medios, sean los que fueren, parecerán siempre honrosos y no faltará quien los alabe (1). Este mundo se compone de vulgo, el cual se lleva de la apariencia, y solo atiende al éxito: el corto número de los que tienen un injenio perspicaz no declara lo que percibe, sinó cuando no saben a que atenerse todos los demás que no lo tienen.

En el dia reina un príncipe, que no me conviene nombrar (2), de cuya boca no se oye mas que la paz y la buena fé; pero, si sus obras hubiesen cor-

pudiera emplearlos todos en el logro de sus deseos.» Refiriendo Plutarco estas espresiones de Archidamo, añade que por ellas daba a entender que un estado, o el principe su representante, pueden quebrantar la palabra dada cuando les tiene mucha cuenta, conviniendo realmente el filosofo griego en que de todos los animales no hay uno cuya voz sea susceptible de tantas modificaciones como la del hombre. (Plut. *in Lacedem.*)

Al fin del siglo pasado escribia Mably que de estas máximas de Maquiavelo podian sacarse *consecuencias útiles para la humanidad*, sobre lo cual véanse en sus *Principios de las negociaciones* los consejos que da a las potencias de segunda órden.

(1) *Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinenda dominationis honesta.* «No hay gloria en lo que se compromete la autoridad, ni deja de ser licito lo que sirve para mantenerla.» Esto decia Salustio.

(2) Habla de Fernando V, rey de Aragon y de Castilla, que conquistó los reinos de Nápoles y Navarra.



respondido a sus palabras, mas de una vez hubiera perdido su reputacion y sus estados.

Exámen.

Maquiavelo se atreve a asegurar en este capítulo que los príncipes pueden engañar al mundo si saben disimular: por esta incalificable proposicion debo empezar a combatirle.

Todos conocemos hasta donde alcanza la curiosidad pública. El público es un monstruo que todo lo vé, todo lo oye y todo lo divulga Cuando su curiosidad se dedica a escudriñar la conducta de los particulares, no lleva mas objeto que el de entretener a los ociosos; pero cuando examina el carácter de los príncipes, es porque su propio interes le mueve a ello. Así es que los príncipes estan mas espuestos que los demas hombres al exámen y a la censura del mundo. Son como los astros, que sirven de blanco al ojo del astrónomo observador. Un jesto, una sola mirada puede hacerles traicion; los cortesanos hacen diariamente sus comentarios; el pueblo forma sus conjeturas, y de ellas depende con frecuencia el mayor o menor afecto que le demuestran sus súbditos. En suma, es tan imposible que el príncipe pueda ocultar sus defectos a los ojos del pueblo como que pueda el Sol ocultar a los ojos del astrónomo las manchas que se observan en su disco.

Pero, aun cuando la máscara del disimulo bastase a encubrir por algun tiempo la deformidad natural de un príncipe, llegaría un dia, un momento, en que se descubriese, siquiera para respirar; y este solo momento bastaría para satisfacer a los curiosos. En vano trataría de volver a disimular con discursos artificiosamente estudiados; la opinion pública no juzga a los hombres por sus palabras, sinó que compara sus palabras con sus acciones, y sus acciones unas con otras; y nada podrán contra este exámen escrupuloso y severo la falsedad ni el disimulo. Nadie sabe representar con propiedad un carácter que no sea el propio. Sixto V, Felipe II y Cromwell tuvieron reputacion de hipócritas y emprendedores, pero no de virtuosos.

Las razones que aduce Maquiavelo para aconsejar a los príncipes que obren con hipocresía y mala fe, no son mas sólidas que las que ha empleado anteriormente. La aplicacion injeniosa, pero falsa, de la fábula del Centauro nunca sería concluyente; porque de que un Centauro tenga medio cuerpo de hombre y medio de caballo, no se sigue que los príncipes deban ser astutos y ferozes. Mucho interes debía tener Maquiavelo en dogmatizar el crímen cuando traia de tan lejos sus argumentos. Otra conclusion aun mas estraña es cuando dice que el príncipe debe reunir las cualidades del leon y del zorro, y por »consiguiente, que el príncipe no está obligado a cumplir su palabra. Confieso que este modo de argumentar es superior a mis alcanzes.

Si fuera posible cambiar el sentido de las palabras de Maquiavelo, con objeto de dar a sus ideas un viso de probidad que estan lejos de tener, podríamos interpretarlas del modo siguiente: El mundo es como una mesa de juego donde hay jugadores de buena fe y jugadores tramposos; conviene, pues, que el príncipe sepa como se hacen las trampas, no para que las ponga en práctica, sinó para poderlas conocer cuando otros quieran engañarle. Pero volvamos a los raciocinios del autor.

Otra de las razones que alega en prueba de que el príncipe no está obligado a cumplir su palabra, es que ningun hombre es fiel a la suya, porque todos son perversos y desleales. Mas adelante se contradice asegurando que el hombre astuto hallará siempre hombres sencillos que se dejarán engañar. De modo que no sabemos a que atenernos.



En primer lugar es falso que el mundo esté compuesto únicamente de malvados; es preciso ser muy misantropo para no conocer que hay por fortuna muchos hombres de bien en la sociedad, y que, tomados en conjunto, los hombres se mantienen distantes del vicio y de la virtud. Verdad es que Maquiavelo necesitaba un mundo de malvados para echar en él los cimientos de su execrable política. Pero, aun suponiendo que existiese esa perversidad total, no por eso sería consecuencia precisa que el príncipe debiera imitarla. De que un malhechor robe, pille y asesine, deduzco que se le debe castigar, no que deba yo arreglar mi conducta por la suya. «Si desapareciesen del mundo el honor y la virtud, decía Carlos el Sabio, (1) los príncipes debieran ser sus depositarios y trasmitirlos a la posteridad.»

Despues de haber probado a su modo la necesidad del crímen, Maquiavelo trata de animar a sus discípulos esplicándoles cuan fácil es ser criminal: esto es lo que se puede juiciosamente colejir de sus palabras cuando dice que el hombre versado en el arte del engaño hallará siempre jentes sencillas que se dejarán engañar. De modo que, porque mi vecino sea un simple y yo un astuto zorro, debo engañarle sin escrúpulo. Silojismos como este han llevado al patíbulo a muchos discípulos de Maquiavelo.

El autor pasa en seguida a demostrar que la felizidad es el fruto de la perfidia. Afortunadamente todos sabemos que César Borja, el heroe predilecto de Maquiavelo, y el mas pérfido y malvado de los príncipes de su siglo, fue muy infeliz. En esta ocasion el autor se guarda bien de nombrarle siquiera; pero necesitaba un ejemplo, y solo en los rejistros de criminales o en la historia de los Nerones del mundo podia haber hallado uno que le cuadrase. Alejandro VI, el hombre mas falso y mas impío de su época, es ahora el modelo que nos presenta el autor, asegurándonos que aquel pontifice no hizo otra cosa en su vida sinó engañar, y que siempre salió bien de sus empresas, porque conocia la credulidad de los hombres.

Si Alejandro VI consiguió llevar a cabo algunos de sus designios, no debe atribuirse a la credulidad de los hombres solamente, sinó a las circunstancias especiales que le favorecieron. El contraste ambicioso entre la España y la Francia, la desunion de las familias de Italia y la debilidad de Luis XII fueron coyunturas favorables a las miras políticas de aquel papa.

Aparte de estas consideraciones, la mala fe es un defecto en política. Cito la autoridad de un gran ministro: don Luis de Haro decia que el cardenal Mazarino tenia un grave defecto como hombre político, porque siempre obraba de mala fe. El mismo Mazarino, queriendo emplear al mariscal de Faber en una negociacion poco escrupulosa, recibió una respuesta que debió desengañarle de las máximas de Maquiavelo. «Monseñor, le dijo el mariscal, permitidme que rechace la mision de engañar al duque de Saboya, que no me »corresponde desempeñar, porque la Europa sabe que soy hombre de bien. »Reservad mi honradez para cuando se trate de la salvacion de la Francia.»

No quiero argüir a Maquiavelo con la probidad ni con la virtud: el simple interes de los príncipes condena esa política desleal que consiste en engañar a sus aliados, porque el que una vez engaña pierde para siempre la confianza y la estimacion jeneral. Es muy comun en algunos príncipes del dia declarar en un manifiesto las miras de su política y obrar seguidamente en sentido contrario: semejante conducta jamás podrá granjearles la confianza de los soberanos de Europa; mucho menos cuando sus malas obras siguen de cerca a sus promesas. Cuando el príncipe se vea obligado a separarse de la letra de los tratados, porque reconozca la lijereza con que se adhirió a ellos, o por-

(1) Carlos V, rey de Francia.

que las necesidades de su pueblo lo exijan imperiosamente, debe conducirse como hombre de bien, avisando con tiempo a sus aliados y esponiendo públicamente las razones que justifiquen su conducta.

No quiero concluir este capítulo sin hacer observar al lector la fecundidad con que se propagan los vicios en el sistema de Maquiavelo. El autor quiere que el rey incrédulo sea hipócrita al mismo tiempo, porque cree que su finjida devocion podrá servir de escusa a su crueldad. No faltan jentes que opinen de la misma manera; yo creo por el contrario que los hombres perdonan facilmente los errores que nacen del estravío de la razon, siempre que no influyan en las obras del soberano; y no habrá pueblo que no prefiera un príncipe esceptico, pero hombre de bien y equitativo, a un príncipe ortodoxo, cruel y tirano. Las obras, no las ideas, del monarca son las que labran la felizidad de las naciones.

CAPITULO XIX.

Que el príncipe ha de evitar que se le menosprecie y aborrezca.

He tratado con separacion de las cualidades principales que deben adornar a un príncipe; y ahora, para abreviar, comprenderé todas las demas bajo un título general, diciendo que este debe guardarse cuidadosamente de todo aquello que pudiere hacerle aborrecido o menospreciado. Aunque tenga cualquier otra tacha, no arriesgará por eso su autoridad, ni dejará de haber cumplido con su deber.

Nada en mi opinion hace tan odioso a un príncipe, como la violacion del derecho de propiedad, y el poco miramiento que tuviere al honor de las mujeres de sus súbditos; los cuales, fuera de esto, estarán siempre contentos con él, y no le dejarán otro tropiezo que el de las pretensiones de un corto número de ambiciosos, que se cortan con facilidad.

Un príncipe es menospreciado cuando se acredita de inconstante, de lijero, pusilánime, irresoluto y afeminado (1); defectos de que deberá guardarse como de otros tantos escollos, esforzándose siempre en manifestar grandeza de ánimo, gravedad, valor y enerjía en todas sus palabras y acciones. Sus juicios en los negocios de particulares deben ser definitivos e irrevocables, para que nadie pueda jactarse de que le hará mudar de parecer o engañarle. De este modo se granjeará la estimacion y aprecio de los súbditos, y evitará los golpes que se intenten dar a su autoridad. Tambien tendrá menos miedo del enemigo esterior, el cual no vendría de buena voluntad a acometer a un príncipe que se hallara respetado de sus vasallos. Los que gobiernan tienen siempre dos especies de enemigos: unos esteriores, y otros interiores. Rechazará a los primeros con buenos amigos y buenas tropas; y en cuanto a los otros, ¿quién ignora que siempre hay amigos teniendo buenos soldados? Por otra parte, es sabido que la paz interior no se turba sinó por medio de conspiraciones, las cuales no son peligrosas sinó cuando están sostenidas y fomentadas por los estranjeros; y estos no se atreven a escitarlas, cuando sabe el príncipe acomodarse a las reglas que llevo indicadas, y sigue el ejemplo de Nabis, tirano de Esparta.

Por lo que toca a los súbditos, hallándose el príncipe sin cuidado por fuera, solamente tiene que temer las conjuraciones secretas, que desconcertará

(1) «Vitelio era tenido en poco, aunque le temian, porque súbitamente pasaba de las ofensas a los halagos.»

fácilmente, y aun prevendrá, absteniéndose de todo lo que pueda hacerle odioso o despreciable, como ya llevo dicho. Además que pocas vezes o nunca se conspira sinó contra aquellos príncipes cuya ruina y muerte fueran agradables al pueblo; sin lo cual se espondría cualquiera a todos los peligros que llevan consigo semejantes proyectos.

La historia está llena de conjuraciones; pero ¿de cuántas se cuenta que hayan tenido un éxito feliz? Nunca conspira uno solo; y aquellos que se asocian en los peligros de la empresa, son descontentos, que, llevados muchas veces de la esperanza de una buena recompensa por parte del mismo de quien están quejosos, denuncian a los conjurados, y así hacen abortar sus designios. Los que por necesidad hay que agregar a la conjuracion, se encuentran perplejos entre la tentacion de una ganancia considerable y el miedo de un gran peligro; de manera que, para encontrar uno digno de que se le confie el secreto, es preciso buscarle entre los amigos mas íntimos de los conjurados, o entre los enemigos irreconciliables del príncipe.

Reduciendo la cuestion a términos mas sencillos, digo que por parte de los conjurados no hay mas que miedo, recelos y sospechas, al paso que el príncipe tiene en su favor la fuerza, el esplendor y majestad del gobierno, las leyes, el uso y sus amigos particulares, dejando aparte el afecto que el pueblo profesa naturalmente a los que le mandan; de suerte que los conjurados, antes y despues de la ejecucion de sus designios, tienen mucho que temer, pues que, estando el pueblo contra ellos, no les quedaría recurso alguno. Pudiera presentar en prueba de lo que digo cien hechos diferentes, recojidos por los historiadores; pero me contentaré con uno solo, del cual ha sido testigo la jeneracion pasada.

Anibal Bentivoglio, abuelo del de hoy dia, y príncipe de Bolonia, fué muerto por los Cannechi (1) de resultas de una conspiracion; de manera que no quedó de esta familia mas que Juan Bentivoglio, que aun estaba en mantillas. Sublevóse el pueblo contra los conjurados, y degolló toda la familia de los matadores; y para manifestar todavía mas su afecto a los Bentivoglios, no habiendo ninguno que pudiese ocupar el puesto de Anibal, reclamaron del gobierno de Florencia un hijo natural del príncipe cuya muerte acababan de vengar, el cual vivía en aquella ciudad agregado a un artesano que pasaba por padre suyo, y le confiaron la direccion de los negocios hasta que Juan Bentivoglio tuvo edad para gobernar.

Poco, pues, tiene que temer el príncipe las conjuraciones si su pueblo le quiere; y tampoco le queda ningun, recurso faltándole este apoyo. Por lo cual una de las máximas mas importantes para todo príncipe prudente y entendido es contentar al pueblo, y contemplar a los grandes sin exasperarlos con demasías.

La Francia ocupa un lugar distinguido entre los estados bien gobernados. La institucion de los parlamentos, cuyo objeto es atender a la seguridad del gobierno y a la conservacion de los fueros de los particulares, es sapientísima. Conociendo sus autores por una parte la ambicion e insolencia de la nobleza, y por otra los escesos a que contra ella pudiera arrojarse el pueblo, trataron de encontrar un medio apropiado para contener a unos y a otros independientemente del rey; quien no pudiera por lo mismo tomar partido por el pueblo sin descontentar a los grandes, ni favorecer a estos sin granjearse el aborrecimiento del pueblo. Para este efecto instituyeron una autoridad especial que pudiese sin la intervencion del rey enfrenar el orgullo de los nobles, y al mismo tiempo protejer a las clases inferiores del estado; medio ciertamente muy

(2) Familia rival de los Bentivoglios, en el año de 1445.



adecuado para dar firmeza al gobierno, manteniendo la tranquilidad pública. De aquí deben tomar leccion los príncipes para reservarse la distribucion de las gracias y los empleos, dejando a los majistrados el cuidado de decretar las penas y en jeneral la disposicion sobre negocios que pueden escitar descontento (1).

Un príncipe, repito, debe manifestar su aprecio a los grandes; pero cuidando al mismo tiempo de no granjearse el aborrecimiento del pueblo. Acaso se me seguirá oponiendo la suerte de muchos emperadores romanos que perdieron el imperio y aun la vida, a pesar de haberse conducido con bastante sabiduría y de haber mostrado valor y habilidad. Por esto me parece conveniente examinar el carácter de algunos de ellos, como Marco Aurelio el filósofo, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano, Severo, Antonino, Caracala su hijo, Macrino, Hiliogábalo, Alejandro y Maximino, para responder a esta objeccion: exámen que me conducirá naturalmente a esponer las causas de su caida, y a comprobar lo que ya llevo dicho en este capítulo sobre la conducta que deben observar los príncipes.

Es necesario tener presente que los emperadores romanos, no solo tenian que reprimir la ambicion de los grandes y la insolencia del pueblo, sinó tambien pelear con la avaricia y la crueldad de los soldados. Muchos de estos príncipes perecieron por haber tocado en este último escollo, tanto mas difícil de evitar, cuanto es imposible satisfacer a un mismo tiempo la codicia de las tropas y no descontentar al pueblo, el cual suspira por la paz, al paso que aquellas desean la guerra; de suerte que los unos quisieran un príncipe pacífico, y los otros un princpe belicoso, atrevido y cruel; no a la verdad con respecto a la milicia, sinó con relacion al pueblo en jeneral, para lograr paga doble y poder saciar su ansia y su ferozidad. De este modo los emperadores romanos, a quienes no dió la naturaleza un carácter tan odioso o no supieron apropiársela, perecieron casi todos miserablemente por la impotencia en que se veian de tener a raya al pueblo y a las lejiones. Así es que la mayor parte de ellos, y especialmente aquellos cuya fortuna era nueva, desesperados de poder conciliar intereses tan opuestos, tomaban el partido de inclinarse a las tropas, haciendo poco caso de que el pueblo estuviera descontento; partido mas seguro en realidad, porque, en la alternativa de escitar el odio del número mayor o menor, conviene decidirse a favor del mas fuerte. He aquí porque aquellos Césares que, habiéndose alzado a la suprema dignidad por sí mismos, necesitaban para mantenerse en ella de mucho favor y estraordinario esfuerzo, se unieron antes a las tropas que al pueblo; y cuando cayeron, fué por no haber sabido conservar el afecto de los soldados. Marco Aurelio el filósofo, Pertinax y Alejandro, príncipes recomendables por su clemencia, por su amor a la justicia y por la sencillez de sus costumbres, perecieron todos menos el primero, que vivió y murió honrado, porque, habiendo adquirido el imperio por herencia, no se lo debía a las tropas ni al pueblo, y junto esto con las demas escelentes prendas suyas, pudo hacerse querer y hallar con facilidad los medios de contener a todos en los límites de su obligacion. Pero Pertinax, aunque fue nombrado emperador contra su deseo, habiendo intentado sujetar las lejiones a una disciplina severa, y muy diferente de la que observaban en tiempo de Cómodo, su antecesor, pereció pocos meses despues de su elevacion, víctima del aborrecimiento de los soldados, y acaso tambien del desprecio que inspiraba su mucha edad. Es cosa notable que se incurre en el odio de los hombres, tanto por proceder bien como por proceder mal; y así el príncipe que quiere sostenerse, se ve obligado muchas vezes a ser malo, segun ya

(1) Jenofonte decia: «Tratándose de aplicar penas, deje el príncipe a otros este cuidado; pero el de premios y recompensas, distribúyalos él solo.»



he dicho, porque, cuando el partido que necesita halagar y tener a su favor está viciado, ya sea el pueblo, ya los grandes o la milicia, es indispensable contentarlo a cualquier costa, y renunciar desde luego a obrar bien.

Pero volvamos a Alejandro (Severo), de cuya clemencia han hecho muchos elojios los historiadores, y no obstante fue menospreciado por su molicie, y porque se dejó gobernar de su madre. El ejército conspiró contra este príncipe, tan bueno y tan clemente, que en el discurso de catorce años de reinado a nadie condenó a muerte sin juzgarle; y con todo eso pereció a manos de sus soldados. Por otra parte, Cómodo, Septimio Severo, Caracala y Maximino, habiéndose entregado a todo linaje de escesos por contentar la avaricia y crueldad de las tropas, no tuvieron mejor suerte, si de ellos esceptuamos a Severo, que reinó pacíficamente. Pero este príncipe, aunque oprimió al pueblo por captarse la benevolencia de la milicia, poseía otras muchas escelentes prendas que le granjeaban el afecto y la admiracion de unos y otros. Mas como de simple particular ascendió al imperio, y por esta razon puede servir de modelo a los que se encuentren en iguales circunstancias, me parece conveniente decir en pocas palabras como supo tomar alternativamente la figura del leon y la de la zorra, animales de cuyas propiedades ya he hablado.

Conociendo Severo la cobardía del emperador Juliano, persuadió al ejército que mandaba en Iliria, de que era preciso ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, degollado por la guardia pretoriana. Bajo este pretesto, y sin que nadie sospechase que aspiraba al imperio, llegó a Italia antes que allí se tuviera noticia de su partida. De este modo entró en Roma y metió miedo al senado, que le nombró emperador, e hizo morir a Juliano; pero todavía le quedaban dos grandes obstáculos que superar para hacerse señor de todo el imperio. Pescenio Niger y Albino, que mandaban, el uno en Asia, y el otro en el Occidente, eran ambos competidores suyos, y el primero acababa tambien de ser proclamado emperador por sus lejiones. Viendo Severo que sin mucho riesgo le era imposible atacar a un tiempo a los dos, tomó el partido de declararse contra Niger, y engañar a Albino ofreciéndole que dividiría con él la autoridad; proposicion que este aceptó inmediatamente. Mas, apenas aquel hubo vencido y quitado la vida a Niger, pacificado el Oriente y vuelto a Roma, se quejó amargamente de la ingratitud de Albino; y acusándole de que habia intentado darle muerte, pretestó «que se hallaba obligado a pasar los Alpes, decía él, para castigarle por lo mal que habia correspondido a sus beneficios.» Llegó Severo a las Galias, y Albino, vencido, perdió a un tiempo la vida y el imperio.

Si se examina con atencion la conducta de este emperador, se verá que es muy dificil reunir en tan alto grado las fuerzas del leon y la astucia de la zorra. Supo al mismo tiempo hacerse temer y respetar del pueblo y de las tropas; por lo cual nadie estraña ver a un príncipe nuevo mantenerse en la posesion de tan vastos dominios, considerando que el afecto y la admiracion que se granjeaba, desarmaron el odio que debian haber escitado sus rapiñas (1.)

Antonino Caracala, su hijo (2), poseia tambien muchas cualidades escelentes que le hacian querer de las lejiones, y ser respetado del pueblo: era buen soldado, enemigo constante de la molicie y del regalo, y por esto ídolo del ejército; pero llegó a tal punto su ferozidad que al cabo pueblo, milicia y hasta su propia familia concibieron contra él un odio irreconciliable.

(1) Segun lo que nos cuenta Dion del carácter de Septimio Severo, tuvo mas inclinacion a las ciencias que buena disposicion; pero fue firme e incontrastable en sus designios, lo preveia todo, y en todo pensaba. Amigo constante y jeneroso, así como enemigo violento y terrible, era por otra parte, doble, disimulado, embustero, pérfido, perjuro, codicioso, y todo lo que obraba era con relacion a su interes personal.

(2) Caracala se mandaba llamar *Antonino el Grande y Alejandro.*

Pereció luego a manos de un centurion; venganza corta para reparo de tanta sangre como habia hecho derramar en Roma y en Alejandria, donde a ninguno de sus habitantes dejaron de alcanzar los efectos de su crueldad.

Obsérvese aquí que los príncipes estan espuestos a semejantes atentados, hallándose su vida pendiente de la resolucion de cualquiera que no tema morir; mas como estos por fortuna no han sido frecuentes, dan poco cuidado. Sin embargo, guárdese el príncipe de ofender gravemente a los que andan cerca de su persona; pues esta falta que cometió Antonino, manteniendo entre sus guardias un centurion a quien amenazaba con frecuencia después de haber dado ignominiosa muerte a un hermano suyo, le costó la vida.

A Cómodo bastábale para mantenerse en la posesion del imperio seguir las huellas de su padre, que se lo habia dejado; pero como era brutal, cruel y codicioso, muy pronto se trocó la disciplina que antes reinaba en el ejército en la licencia mas desenfrenada: además se granjeó el menosprecio de las tropas por el poco caso que hacia de su dignidad; llegando al estremo de no avergonzarse de lidiar brazo a brazo con los gladiadores en el anfiteatro. Así no tardó en ser víctima de una conspiracion, movida por el odio y desprecio que habia provocado con sus bajezas, con su avaricia y ferozidad. Fáltame hablar de Maximino.

Habiéndose deshecho las lejiones de Alejandro por su escesiva afeminacion, pusieron en su lugar a Maximino, varon muy belicoso, pero que no tardó tampoco en hacerse aborrecible, y perder el imperio y la vida. Se hizo odioso y despreciable por dos motivos: el primero, la bajeza de su nacimiento, porque sabe todo el mundo que fue porquero en Tracia; y el segundo, la poca dilijencia que puso en pasar a Roma para tomar posesion del imperio, granjeándose entre tanto la opinion de hombre muy cruel por los castigos que dieron sus prefectos en la capital y en las provincias de órden suya; de modo que muy pronto llegó a hacerse por un lado tan vil y despreciable, y por otro tan universalmente aborrecido, que, primeramente el Africa, después el senado con el pueblo de Roma, y luego toda la Italia, se levantaron contra él, ayudando a unos y otros su propio ejército, que al fin, cansado de sus crueldades y de la larga duracion del sitio de Aquileya, le quitó la vida, sin temor de que hubiera quien la vengara.

No hablaré de Heliogábalo, de Macrino, ni de Juliano, que murieron, mas o menos pronto, cubiertos de oprobio; pero diré, por conclusion, que los príncipes de nuestro tiempo no necesitan usar de tanto miramiento con sus tropas, porque no forman como en Roma un cuerpo independiente, ni disfrutan de un poder absoluto en el estado. Las lejiones romanas, permaneciendo largo tiempo en las provincias, identificaban su interes con el del inmediato jefe que las mandaba, y a vezes contra el del jefe del gobierno, haciéndose árbitras de su suerte (1); así era indispensable tenerlas contentas y contemplarlas. Ahora basta tratarlas con aprecio y de un modo regular; procurando antes ganarse el afecto del pueblo, que en nuestros estados modernos, esceptuando únicamente los de Turquía y Ejipto, es mas fuerte y poderoso que los soldados. Esceptúo al turco, porque necesita tener en pié un ejército de doce mil hombres de infanteria y quince mil de caballería, del cual dependen la seguridad y la fuerza de su imperio; y como este soberano no hace el menor aprecio del pueblo, necesita absolutamente que aquella guardia se mantenga adicta a su persona. Lo mismo sucede con el soldan de Ejipto, cuyas tropas tienen, por decirlo así, el poder en la mano, y por consiguiente deben ser tratadas con mucho miramiento, y contempladas mas que el pueblo, de quien nada hay que

(1) Las lejiones de Alemania, admitidas en los ejércitos romanos se gloriaban de que podian disponer del imperio.



temer. Este último gobierno no tiene semejante, si no lo es el pontificado cristiano, porque no puede llamarse *principado hereditario, ni principado nuevo*, puesto que, muerto el soldan, no recae el reino en sus hijos, sinó en aquel que es elejido por las personas autorizadas para hacer la eleccion; y al mismo tiempo es muy antigua esta institucion, para poderse mirar como nuevo semejante gobierno. Asi es que en Ejipto el príncipe electo esperimenta tan poco trabajo en hacerse reconocer de sus súbditos, como en Roma el nuevo papa de los suyos.

Volviendo ahora a mi asunto, digo que quien reflexione en lo que llevo espuesto, verá que el aborrecimiento o el menosprecio fueron causa de la ruina de los emperadores que he citado, y sabrá tambien la razon porque, habiendo unos obrado de un modo y otros del contrario, solo uno consiguió acabar bien, cuando todos los demas, por la una o por la otra vía, tuvieron un fin desdichado. Se notará al mismo tiempo como a Pertinax y a Alejandro les fue, no solamente inútil, sinó muy perjudicial el haber imitado a Marco, respecto a que los dos primeros eran príncipes nuevos, y este último adquirió el imperio por derecho de sucesion. El designio que de imitar a Severo formaron Caracala, Cómodo y Maximino, les fue funesto tambien, porque no tenian la fuerza de ánimo correspondiente para seguir en todo sus pisadas.

Infiérese, pues, que un príncipe nuevo en un principado nuevo se arriesga imitando la conducta de Marco, y no es indispensable que siga la de Severo, sinó que debe tomar de este las reglas que necesite para fundar bien su estado, y de Marco lo que hubiere de conveniente y glorioso para mantenerse en la posesion de otro ya fundado y establecido.

Exámen.

La manía de inventar sistemas no ha sido un privilejio esclusivo de los filósofos: los hombres políticos la han padecido igualmente, y mas que todos ellos Maquiavelo. Demostrar que el príncipe debe ser impostor y malvado, he aquí la base de su sistema, las palabras sacramentales de su relijion. Igual en perversidad a los monstruos de que Hércules purgó la tierra, no tiene por fortuna agudos dientes, ni aceradas uñas, ni escamas impenetrables que emboten el filo de nuestras armas: por eso es tan fácil combatirle sin tener la fuerza de Hércules, ni necesitar el auxilio de su terrible maza.

Y en efecto, ¿qué necesito yo agotar mis fuerzas con sutiles argumentos para probar que la justicia y la bondad son virtudes necesarias a todo príncipe? El hombre político que quiera sostener lo contrario no puede menos de ser vencido en la lucha; porque, si sostiene que un príncipe, seguro ya de su trono, debe ser cruel, falso y tirano, su maldad misma causará su perdicion; y si quiere revestir de tan odiosos vicios a un usurpador, con el fin de asegurar su usurpacion, tampoco lo conseguirá, porque los soberanos y las repúblicas todas se negarán a prestarle apoyo, y le declararán la guerra; siendo evidente que un particular no puede elevarse a la soberania sinó desposeyendo a un príncipe lejítimo, o usurpando la autoridad de una república, con lo cual no se atraerá seguramente las simpatías de los príncipes de Europa.

Debo, no obstante, hacerme cargo de algunas reflexiones de Maquiavelo que no me parecen bien fundadas. (El autor dice que un príncipe se hace odioso cuando se apodera injustamente de los bienes de sus súbditos, o mancha la castidad de sus esposas o hijas.) Es cierto que un príncipe codicioso, injusto, violento o cruel será aborrecido; pero no siempre se juzga con igual severidad el amor a las mujeres. Julio Cesar, a quien llamaban en Roma *el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos*, Luis XIV, cuyos amores fueron tan

escandalosos, y Augusto I, rey de Polonia, que galanteaba a parceria con sus súbditos, no fueron aborrecidos a causas de estos vicios. Si la libertad romana hundió tantos puñales en el pecho de Cesar, fue porque Cesar era un usurpador, no porque fuese lascivo.

No faltará quien oponga, en defensa de Maquiavelo, la espulsion de los reyes de Roma, ocasionada por el atentado de Tarquino contra la castidad de Lucrecia. A esto respondo que la revolucion de Roma no fue debida al amor que el jóven Tarquino profesaba a la bella romana, sinó al modo violento con que quiso manifestarlo; y como su violencia despertaba el recuerdo de otras peores cometidas por los Tarquinos, el pueblo se aprovechó de aquella ocasion para vengarse de ellos. Digo esto, suponiendo que la aventura de Lucrecia no sea fabulosa.

Y no se crea que es mi ánimo escusar en los príncipes el amor a los galanteos: esta inclinacion es censurable segun los preceptos de la moral; pero niego que sea causa de aborrecimiento para los pueblos, como pretende Maquiavelo. El amor a las mujeres es una debilidad escusable hasta cierto punto en los buenos príncipes, siempre que no la acompañen la violencia o la injusticia. Un rey puede enamorarse con tanta facilidad como Luis XIV, Carlos II de Inglaterra, o Augusto I de Polonia; pero no debe imitar ni a Tarquino ni a Neron.

Observemos de paso una de las muchas contradicciones que abundan en la obra de Maquiavelo. En este capítulo dice que el príncipe debe tratar de atraerse el amor de sus súbditos, como medio seguro de evitar las conspiraciones; y en el capítulo XVII sostiene que debe pensar sobre todo en hacerse temer, porque no se puede confiar en el amor de los pueblos. ¿Cual de estas dos opiniones es la verdadera del autor? Maquiavelo habla como los oráculos, a fin de que cada cual pueda interpretarle segun convenga; pero debió tener presente que el lenguaje de los oráculos era el lenguaje de los impostores.

Las conjuraciones y los rejicidios no están ya en moda por las mismas razones que el autor alega. En este respecto, pueden los príncipes vivir tranquilos; solo el fanatismo relijioso es capaz hoy dia de poner en juego estos resortes. Entre las muchas cosas buenas que dice Maquiavelo sobre esta materia, hay una que, en boca suya, pierde toda su escelencia, porque le falta sinceridad. «Los conspiradores, dice, pierden gran parte de su valor por temor del castigo que les amenaza; mientras que el soberano tiene en ventaja suya la majestad de su mando, la autoridad de las leyes, etc.» ¿De qué leyes habla el autor puesto que su sistema de gobierno se funda en la tiranía pura, en la usurpacion, en el interés y en la crueldad?

Razon tiene Maquiavelo en aconsejar a los príncipes que procuren atraerse las simpatías del pueblo y de los grandes, estableciendo juezes majistrados que decidan entre ambas clases, para evitar de este modo la odiosidad del fallo. Es estraño que un escritor tan amigo del despotismo y de la usurpacion nos proponga ahora el ejemplo del gobierno de Francia, y apruebe el poder que en otro tiempo tuvieron los Parlamentos en aquel pais. Yo creo, sin embargo, que, si hay en la actualidad algun gobierno que merezca servir de modelo a los demas, ese gobierno es el de Inglaterra, donde el Parlamento es el juez entre el pueblo y el rey, y donde el rey tiene ámplios poderes para hacer bien, y está incapacitado para hacer mal.

El autor emprende en seguida una larga discusion sobre la vida de los emperadores romanos desde Marco Aurelio hasta los dos Gordianos, y atribuye la causa de aquellos frecuentes cambios de soberanos a la venalidad del Imperio. Pero no fué esta la causa: Calígula, Claudio, Neron, Galba, Othon y Vitelio tuvieron un fin funesto sin haber comprado a Roma como Didio Juliano. La venalidad fue una razon mas, que contribuyó al asesinato de tantos emperadores

pero la verdadera causa de estas revoluciones sucesivas era la forma del gobierno romano. La guardia pretoria llegó a ser en Roma lo que han sido después los Mamelucos en Ejipto, los jenízaros en Turquía y los *Strelits* en Moscovia. Constantino puso coto a las demasías de aquella soldadesca, y llegó finalmente a suprimirla; pero ya era tarde: el mal ejemplo pasado y las desgracias sucesivas del Imperio espusieron la vida de los subsiguientes emperadores a la accion del puñal y del veneno.

Es, sin embargo, digno de notarse que todos los malos emperadores murieron de muerte violenta; mientras que Teodosio murió tranquilo en su lecho, y Justiniano vivió feliz por espacio de ochenta años. Insisto, pues, en que apenas hay un príncipe malo que haya sido dichoso: el mismo Augusto solo logró vivir tranquilo cuando volvió al camino de la virtud. El tirano Commodo, sucesor del divino Marco Aurelio, fue asesinado a pesar del respeto que infundia la memoria de su padre. Caracalla no pudo librarse de la muerte que él mismo se acarreó con su odiosa crueldad. Alejandro Severo fue muerto por la traicion de aquel Maximino de Tracia que pasa por jigante en la historia; y Maximino fue a su vez inmolado al justo furor de la opinion pública, alarmada por su continua barbarie. Maquiavelo se equivoca cuando dice que este último debió su muerte al desprecio que hacía el pueblo de su oscuro nacimiento. El hombre que se eleva al poder por su valor o sus virtudes es hijo solo de su reputacion; y los pueblos le apreciarán por su conducta, no por la humildad o nobleza de su cuna. Pupiano era hijo de un herrador de aldea; Probo lo fue de un jardinero; Diocleciano de un esclavo; Valentiniano de un cordonero; y todos ellos fueron respetados. Sforza, conquistador de Milan, era un campesino humilde; Cromwell, que avasalló la Inglaterra e hizo temblar a Europa, era hijo de un simple comerciante; el gran Mahoma, fundador del imperio mas grande del Universo, había sido mozo de un mercader; Samon, primer rey de Esclavonia, era un traficante francés; el célebre Piast, cuyo nombre aun conservan los polacos del dia, fue electo rey cuando calzaba las polainas de labriego, y vivió respetado de todos hasta la edad de cien años. ¡Y cuántos jenerales, cuantos ministros y altos funcionarios han labrado la tierra con la azada! La Europa está llena de estos ejemplos, y de ello debemos felicitarnos, porque nos prueban que el verdadero mérito halla siempre recompensa. Yo no desprecio la sangre ilustre de los Carlos Magnos; al contrario, tengo poderosos motivos para enorgullecerme de tan ilustre descendencia; pero confieso que la virtud y el mérito me cautivan aun mas que los blasones.

No debo dejar pasar otro error que ha padecido Maquiavelo al asegurar que en la época del emperador Severo, bastaba tolerar la insolencia de las tropas para ponerse al abrigo de las revoluciones. La historia de los emperadores que reinaron antes y después de Severo contradice este aserto; ella nos dice que cuanta mas impunidad hallaban los pretorianos, tanto mas crecían en licencia y desenfreno; si era peligroso reprimirlos, no lo era menos desvanecerlos con lisonjas. Hoy dia las tropas no son temibles en este respecto, porque están divididas en pequeños cuerpos que se vijilan unos a otros, y por la severidad de la ley de ascensos y otras concernientes a la buena disciplina. Los emperadores turcos están aun espuestos a morir con la soga al cuello, porque no han sabido imitar esta sana política; porque el sultan es esclavo de sus jenízaros, como los turcos son esclavos del sultan. En la Europa cristiana, el príncipe debe evitar que se establezcan privilejios odiosos entre las tropas de su mando, porque esto daría orijen a rivalidades funestas.

En vez del emperador Severo, cuyo ejemplo propone Maquiavelo a los que logren elevarse al imperio, yo propondría el de Marco Aurelio. Ciertamente Cesar Borja, Severo y Marco Aurelio formarían un estraño maridaje; sería

querer reunir la virtud y la prudencia con la perversidad y el crimen. Jamás me cansaré de repetir que Cesar Borja con toda su hábil crueldad tuvo un fin desgraciado, y que Marco Aurelio, aquel filósofo coronado, tan probo como virtuoso, no sufrió durante su vida ningun reves de la fortuna.

CAPITULO XX.

SI LAS FORTALEZAS Y OTROS MEDIOS QUE PARECEN ÚTILES A LOS PRÍNCIPES, LO SON EN REALIDAD.

PRÍNCIPES hay que, para mantenerse en sus estados, desarman a sus vasallos; otros fomentan la discordia en las provincias sujetas a su dominio; los ha habido que de intento se procuraron enemigos; algunos trabajan para ganar la voluntad de aquellos que en el principio de su reinado les parecieron sospechosos; éste manda construir fortalezas, y aquel demolerlas. No es facil determinar lo que hay de bueno y de malo en todo esto, sin entrar antes en el exámen de los diferentes estados y circunstancias a que hayan de aplicarse las reglas que se dieren; y así me ceñiré a hablar de un modo jeneral, y segun lo requiere la materia.

Nunca es conveniente que el príncipe nuevo desarme a sus súbditos: por el contrario, debe luego armarlos, si los encontró desarmados. Todas las armas que entonces distribuya se emplearán en favor suyo; las personas que antes le serian sospechosas, se agregarán a su partido, y las fieles y leales lo serán mas.

Imposible es, sin duda, armar a todos los hombres; pero el príncipe que sabe ganar a aquellos a quienes da armas, nada tiene que temer de los que por necesidad quedan inermes; porque le cobran afecto los primeros por esta preferencia, y le escusan fácilmente los demas, suponiendo mas mérito en aquellos que se esponen a mayor peligro. Bien al contrario, un príncipe que desarma a sus súbditos, los ofende inclinándoles a creer que desconfia de ellos; y no hay cosa mas eficaz para escitar el aborrecimiento del pueblo. Además esta determinacion pondria al príncipe en la necesidad de recurrir a la milicia mercenaria, cuyos peligros he manifestado ya con bastante estension; y aun cuando no tuviera tantos inconvenientes este recurso, seria siempre insuficiente contra un enemigo grande y con vasallos sospechosos.

Así vemos todos los dias a los hombres que por sí mismos se elevan a la soberanía, armar a sus nuevos súbditos; mas, si se tratara de reunir un estado nuevo a otro antiguo o hereditario, entonces convendria al príncipe desarmar a sus vasallos nuevos, esceptuando siempre a aquellos que antes de la conquista se hubiesen declarado en favor suyo; aunque procure siempre irlos debilitando para que en el estado antiguo se concentre toda la fuerza militar.

Nuestros antepasados, especialmente aquellos que merecieron la reputacion de sabios, decian que era necesario contener a Pistoya por medio de las discordias domésticas, y a Pisa por las fortalezas. Así pues, rara vez se descuidaban en fomentar divisiones en las ciudades, cuyos habitantes eran sospechosos: escelente política atendiendo al estado de fluctuacion en que se hallaban las cosas de Italia en aquella época, pero inadaptable a la del dia, porque una ciudad dividida no pudiera defenderse de un enemigo poderoso y diestro; el cual no dejaria de ganar a una de las dos facciones, y por este medio se haria dueño de la plaza.

Por un efecto de esta misma política los Venecianos favorecian alternativa-

mente a los Guelfos y a los Jibelinos en las cindades sujetas a su dominio, y no dejándoles que llegasen a las manos, no cesaban de soplar el fuego de la discordia entre ellos, a fin de distraerlos de la idea de sublevarse. Verdad es que esta república no sacó el fruto que esperaba de semejante conducta, porque, derrotados sus ejércitos en Vaila, una de estas facciones se propuso dominarla, y lo consiguió.

Síguese pues, que tal política es el recurso de la debilidad, y por lo mismo un príncipe poderoso no sufrirá jamás semejantes divisiones, que, cuando no sean enteramente perjudiciales en tiempo de paz, porque ofrecen un medio eficaz de distraer a los súbditos de toda idea de rebelion, son en tiempo de guerra las que ponen mas en descubierto la impotencia del estado que se vale de ellas. Venciendo obstáculos, se engrandecen los príncipes; y por eso suele la fortuna ensalzar a algunos en el principio de su carrera, suscitándoles enemigos y ofreciéndoles dificultades que enciendan su jenio, ejerciten su valor y les sirvan como de otros tantos escalones para llegar a un alto grado de poder. Por esta razon piensan muchos que alguna vez le conviene a un príncipe buscar enemigos, para que le obliguen a salir de una peligrosa inercia, y le proporcionen ocasiones de hacerse admirar y querer de sus súbditos, tanto leales como rebeldes.

Los príncipes, y especialmente los nuevos, han sido servidos a las veces con mas zelo y fidelidad de aquellos súbditos en quienes no tenian al principio una entera confianza, que de otros que en su opinion eran absolutamente fieles. Pandolfo Petrucci, príncipe de Sena, con mejor voluntad se valía de los primeros que de los últimos; pero es dificil fijar reglas jenerales en un punto que varía segun las circunstancias: solamente advertiré que, si los hombres, a quienes el príncipe miraba como enemigos en los primeros años de su reinado, tienen necesidad de su apoyo y proteccion, podrá ganárselos fácilmente; y aunque nuevos partidarios suyos, le serán tanto mas fieles, cuanto mayor esmero necesiten poner en borrar por medio de sus servicios la opinion poco favorable que su anterior conducta habia producido. Al contrario, aquellos que nunca han estado opuestos a los intereses del príncipe, cuando llega el caso de necesitarlos, suelen servirle con la flojedad y descuido que enjendra la misma seguridad (1).

Esta materia me presenta oportuna ocasion de hacer a los príncipes nuevos una advertencia importante, y es que, si han ascendido a la dignidad suprema por favor del pueblo, indaguen atentamente la causa y los motivos de tanta benevolencia; porque, si proviene menos del verdadero interes que les inspire su persona, que de odio al gobierno antiguo, podrá luego costarles trabajo mantenerse en la gracia de sus súbditos por la misma dificultad de contentarlos.

Habrá hombres que, aunque aborrecieran el gobierno antiguo, vivirian con él sin violencia; otros de carácter inquieto y duro que no podrian aguantar los abusos de la administracion pasada; y de estos últimos, aun cuando hayan contribuido a la elevacion del príncipe nuevo, es mas difícil ganarse la amistad que de los primeros. Basta tener una leve tintura de la historia antigua y moderna para convencerse de esta verdad.

Los príncipes construyen las fortalezas para mantenerse con mas facilidad en sus estados frecuentemente amenazados por los enemigos esteriores, y para contener el primer ímpetu de una revolucion. Este método es muy antiguo y me parece bueno (2): no obstante, hemos visto en nuestros tiempos que Nico-

(1) Celso fue fidelísimo a Oton, aunque habia sido antes un amigo incorruptible de Galba.
(2) A la muerte de Felipe María Visconti, último duque de su dinastía en Milan, cuando los ciudadanos formaron una república, nombrando comandante jeneral de sus tropas a Francisco Sfor-

lás Vitelli mandó demoler dos fortalezas en la ciudad de Castello para seguridad de su estado. Guido de Ubaldo, duque de Urbino, habiendo recobrado su estado ducal, de que le habia deposeido César Borja, mandó arrasar todas las fortalezas, pensando que sin ellas podria mantenerse en su posesion con mas facilidad (1). Los Bentivoglios hicieron otro tanto en Bolonia, luego que recobraron el dominio de este estado (2).

Infiérese pues, que las fortalezas son útiles o inútiles segun las circunstancias; y si por un lado aprovechan, son perjudiciales por otro. El príncipe que teme mas a sus súbditos que a los estranjeros, debe fortificar sus ciudades, y abstenerse de hacerlo en el caso contrario. El castillo que Francisco Sforza mandó construir en Milan, ha causado y causará mas daños a esta casa que todos cuantos desórdenes han aflijido a aquel ducado (3).

No hay fortaleza mejor que el afecto del pueblo; porque un príncipe aborrecido de sus súbditos debe contar con que el enemigo estranjero volará a ayudarles luego que los vea en armas. No se sabe que las fortalezas hayan aprovechado a los príncipes de nuestro tiempo, si esceptuamos a la condesa de Forli, viuda del conde Jerónimo; la cual por este medio tuvo disposicion de recibir los socorros que la enviaba el estado de Milan y de recuperar el suyo; bien que la favorecieron mucho las circunstancias, no pudiendo sus vasallos ser socorridos de los estranjeros. Pero cuando mas adelante fue acometida esta condesa por César Borja, y el pueblo a quien en ella habia tenido por enemigo, se juntó con el estranjero, de muy poco la sirvieron sus fortalezas; verificándose siempre que la hubiera valido mas que tenerlas el no ser aborrecida de sus súbditos.

De todo lo que va dicho se infiere que igualmente pueden ser dignos de elojio el que construye y el que no construye fortalezas; pero siempre son reprensibles los que, fiándose en ellas, hicieren poco caso de que el pueblo los aborrezca.

Exámen.

Los jentiles representaban a Jano con dos caras para significar el perfecto

za, este les persuadió a que demolieran la ciudadela que habian construido los Visconti. Pensaba que amenazaba a su libertad aquel baluarte, y los Milaneses lo echaron por tierra; mas no tardaron mucho en arrepentirse, porque no pudieron luego defenderse bien, y tuvieron que abrir las puertas de la ciudad al mismo Francisco Sforza, cuando les combatió con sus propias armas; y al momento que fue proclamado duque de Milan, volvió a reedificar la ciudadela. Llevaban a mal los Milaneses este designio; y para calmarlos, discurrió Sforza el ardid de someter el proyecto al exámen de los ciudadanos mismos, distribuidos en diferentes asambleas por cuarteles, poniendo en cada una de ellas oradores de su confianza; los cuales desempeñaron tan bien su papel que la reedificacion de la ciudadela parecia ser pedida al duque por el mismo pueblo. Entonces la volvió a levantar mas fuerte y mayor que la que habia tenido antes; y para tapar la boca a los murmuradores, mandó construir al mismo tiempo en la ciudad un hospital magnífico.

(1) Dice Maquiavelo en sus *Discursos* que el duque de Urbino demolió sus fortalezas, porque, siendo muy amado de sus súbditos, temia hacerse aborrecible mostrando desconfianza de su fidelidad, y que por otra parte no podia defender aquellas plazas contra los enemigos sin poner en campaña un buen ejército. (N. del T.)

(2) Los Bentivoglios, segun Maquiavelo, se hicieron advertidos a costa del papa Julio II, el cual, habiendo construido una ciudadela en Bolonia y puesto en ella un gobernador que asesinaba a los Boloñeses, perdió la ciudad y la fortaleza, luego que estos se amotinaron contra el gobernador. (*Discursos* sobre la primera década.)

(3) La ciudadela que Francisco Sforza construyó en Milan, sirvió únicamente para hacer mas osados, mas violentos y aborrecibles a los príncipes de su familia, dice Maquiavelo en sus *Discursos*, y añade que en la adversidad de nada sirvió este castillo a los Sforzas ni a los franceses que sucesivamente lo poseyeron: muy al contrario, les perjudicó mucho, porque, exaltado su orgullo con aquella posesion, ni unos ni otros trataron al pueblo con la benignidad y consideracion que se merece. «Si levantas fortalezas, continúa Maquiavelo, te podrán servir en tiempo de paz para que, exento de temor, maltrates a tus súbditos; mas en tiempo de guerra, de nada te valdrán si te vieres acometido por enemigos esteriores y por tus propios súbditos, pues no podrán entonces defenderte de unos ni de otros. Si te propones recobrar un estado perdido, no lo conseguirás por medio de tus fortalezas, si te falta un buen ejército con que puedas arrollar al que te despojó; y si lo tienes, podrás muy bien recobrar tu estado, aun cuando no tengas fortalezas.»



conocimiento del pasado y del porvenir que atribuian a este Dios. Esta es una alegoría que puede bien aplicarse a los príncipes. Como Jano, deben mirar atrás en la historia de los pasados siglos y aprovecharse de sus saludables lecciones; como Jano, deben tambien fijar su vista en el porvenir, empleando toda su penetracion y sano juicio para deducir de los sucesos presentes los acontecimientos futuros.

Maquiavelo propone cinco cuertiones a los príncipes: tanto a los que se hallen en el caso de asegurarse la posesion de nuevas conquistas, como a los que quieran mantenerse en el dominio de sus propios estados. Veamos lo que en tales casos aconseja la prudencia, combinando lo pasado con lo futuro, sin apartarnos del camino de la razon y la justicia.

—La primera cuestion es: Si el príncipe debe o no desarmar a los pueblos conquistados.

No debemos nunca olvidar que el modo de hacer la guerra ha variado mucho desde Maquiavelo a nuestros dias. Hoy no son paisanos sinó ejércitos disciplinados los que defienden los paises; y si alguna vez, en los sitios por ejemplo, suele el paisanaje tomar las armas, los sitiadores les obligan a desistir con bombas y balas rojas. Por otra parte la prudencia paracе aconsejar el desarme de los principales habitantes de una ciudad cuando hay motivos para temer un levantamiento. Los romanos, que habian conquistado a la Gran Bretaña, y que no podian pacificarla a causa del espiritu belicoso y turbulento de aquellos pueblos, tomaron el partido de afeminarlos, y consiguieron asi moderar su feroz instinto. Los corsos son hoy dia un puñado de hombres tan valientes y decididos como los antiguos ingleses. Para que un principe pudiese mantener en esta isla su soberanía, sería de absoluta necesidad que desarmase a sus habitantes, y tratase de suavizar sus costumbres, gobernándolos con prudencia y bondad; y observaré de paso que el ejemplo de los corsos nos demuestra cuanto valor y virtud infunde en los hombres el amor a la libertad, y cuan injusto y peligroso es querer tiranizarlos.

—La segunda cuestion trata de la confianza que debe hacer un príncipe de sus nuevos súbditos, después de haberse posesionado de un pais; tanto de aquellos que le ayudaron en su empresa, como de los que fueron siempre fieles a su lejitimo soberano.

Cuando un príncipe se apodera de una ciudad por traicion de sus habitantes, debe proponerse no fiarse en lo sucesivo de los traidores, que tarde o temprano le harían tambien traicion. Por el contrario, debe presumir que los que fueron fieles a sus antiguos señores, lo serán igualmente al nuevo soberano; porque estos son jeneralmente jente discreta, hombres arraigados en el pais, que tienen bienes y otros intereses que conservar, y son por lo mismo enemigos de todo cambio. Sin embargo, sería imprudente que el príncipe se fiase de persona alguna sin conocer a fondo las que le rodean.

Pero en el caso de que un pueblo, oprimido y obligado a sacudir el yugo de sus tiranos, llamase a otro príncipe en su socorro, yo creo que este debe corresponder en todo a la confianza que de él hacen; y si se muestra indigno de ella. cometerá una ingratitud que podrá ser funesta a su poder y a su gloria. Guillermo, príncipe de Oranje, dispensó hasta el fin de sus dias su amistad y confianza a los que habian puesto en sus manos las riendas del gobierno de Inglaterra; y los que le fueron contrarios, abandonaron la patria con el rey Jaime. En los paises en que el trono es electivo, y por consiguiente, venal, por mucho que se diga en contra, puesto que el soborno y la corrupcion son el alma de estas elecciones, creo que el soberano electo comprará fácilmente el afecto de sus contrarios, del mismo modo que supo atraerse los sufrajios de los que le elijieron.

La Polonia nos presenta ejemplos vivos de esta venalidad. Allí se trafica tan descaradamente con el trono, que no parece sinó que la corona se compra y vende en el mercado público. La liberalidad del candidato vence toda clase de oposicion. Las familias mas nobles y poderosas del pais se venden por un empleo lucrativo o por un cargo elevado; y como los hombres suelen tener escasa la memoria, tratándose de beneficios recibidos, el príncipe se ve con frecuencia obligado a repetir sus dones. En una palabra, el pueblo polaco es como el tonel sin fondo de las Danaidas: por mucho oro que en él derrame un roy jeneroso nunca logrará verlo lleno. Esta necesidad absoluta en que se vé el rey de Polonia de prodigar favores, exije que reserve prudentemente sus recursos para aquellas ocasiones en que la seguridad de su trono le prescriba ser liberal.

—La tercera cuestion de Maquiavelo estriba en saber si el príncipe debe mantener la union y buena armonía entre sus súbditos, ó sembrar entre ellos la discordia. Esta cuestion afecta principalmente la seguridad del príncipe hereditario, y sin duda sería muy digna de ocupar la atencion de los hombres políticos de Florencia en tiempo de los antecesores de Maquiavelo; pero hoy dia no creo que haya un estadista que se atreva a discutirla públicamente sin suavizar al menos la dureza de los términos. Por mi parte, la mejor respuesta que puedo dar a Maquiavelo es recordarle el injenioso apólogo con cuya narracion consiguió Agrippa restablecer la buena armonía entre los ciudadanos romanos (1). Debo decir, sin embargo, que es conveniente en las repúblicas alimentar las rivalidades de las familias poderosas, porque, si los partidos no se vijilan unos a otros, la forma de gobierno dejenerará en monarquía.

Algunos príncipes creen que la desunion de sus ministros es una garantía del buen desempeño de sus cargos respectivos, porque los hombres que se odian recíprocamente viven siempre sobre aviso, se delatan unos a otros, y no pueden facilmente engañar al soberano. Pero, si bien es cierto que los odios producen este efecto, tambien suelen tener resultados muy peligrosos; porque en vez de obrar de acuerdo y cooperar al buen servicio público, los ministros se ocuparán de preferencia en hostilizarse mutuamente, contradiciéndose y estorbándose unos a otros en el ejercicio del mando, y confundiendo asi el interes del príncipe y el bienestar de los pueblos con sus cuestiones personales. Nada, pues, contribuye mas a la fuerza y a la prosperidad de una monarquia que la union íntima e inseparable de todos sus miembros; y a esto deben dirijirse los esfuerzos de un buen príncipe.

Esta misma solucion puede aplicarse al cuarto problema de Maquiavelo, en el cual examina si el príncipe debe suscitarse enemigos para tener el gusto de vencerlos, y si debe tratar de granjearse la amistad de todos. El que se suscita enemigos faciles de combatir es como el que fabrica un fantasma de trapo para procurarse el placer de derribarlo; mucho mas natural, mas razonable y mas humano es captarse voluntades en el campo enemigo. ¡Dichosos los príncipes que conocen las dulzuras de la mistad, y mas dichosos aun los que merecen el amor de sus pueblos!

— La quinta y última cuestion de Maquiavelo es: si el soberano debe tener castillos y fortalezas, o si debe derribarlas por inutiles. Por lo que toca a los príncipes pequeños, ya he dicho mi opinion en el capitulo X; ahora trataré de averiguar lo que interesa a los reyes.

En el siglo de Maquiavelo el mundo se hallaba en continua efervescencia; en todas partes dominaba el vértigo revolucionario; no se veian mas que tiranos y conspiradores. Las frecuentes revoluciones que nacian naturalmente de

(1) Habiendose retirado los descontentos al monte Sacro, el consul Menérius Agrippa logró atraerlos a la ciudad, contandoles la conocida fábula de los *miembros* y *el estómago*.



este estado de cosas, obligaron a los príncipes a construir fuertes castillos en las alturas de las ciudades, a fin de intimidar por este medio a los habitantes. Pero desde aquel siglo bárbaro, sea que los hombres han llegado a cansarse de destruirse unos a otros, o sea que los reyes ejercen en sus estados un poder mas lato o mas despótico, ello es cierto que no se oye hablar ya de revoluciones; como si el espíritu turbulento de los pueblos exijiese algunos siglos de reposo, despues de tantos siglos de actividad. De modo que los reyes no necesitan hoy construir castillos y fortalezas para mantener la tranquilidad pública.

No sucede asi con las fortificaciones que sirven para guarecerse de los ataques del enemigo. Las murallas, como los ejércitos, son de grande utilidad para los reyes, porque, si las tropas son necesarias para trabar combates, las murallas son utiles para poner al soldado, en caso de una derrota, bajo el amparo de sus cañones; y si el enemigo emprende un sitio, y el jeneral derrotado sabe rehacerse a tiempo, podrá oponerle una tenaz resistencia, y aun obligarle a abandonar su empresa.

En las últimas guerras de Flandes, entre alemanes y franceses, no se hacian grandes progresos por la multitud de plazas fuertes que hay en aquel pais. Para apoderarse de una o dos ciudades se daban batallas de cien mil hombres; y sucedia que en la campaña subsiguiente, reparadas las fuerzas de los belijerantes, volvian a disputarse lo que habia quedado decidido en el año anterior. En los paises erizados de fortalezas, un ejército formidable, aunque cubra en marcha una legua de terreno, tendrá que pelear treinta años seguidos; y por mucho que la suerte le favorezca, habrá de ganar veinte batallas para posesionarse de cinco leguas de terreno. Por el contrario, en los paises llanos e indefensos, la suerte del conquistador depende del exito de una o dos batallas campales. Alejandro, Cesar, Genjisckan y Carlos XII adquirieron tan rapidamente sus laureles porque no hallaron sinó pocas plazas fuertes en los paises que conquistaron. El vencedor de la India solo tuvo dos sitios que emprender durante sus gloriosas campañas; Carlos XII en Polonia no luchó tampoco con muchos obstáculos de este jénero. El príncipe Eujenio, Vilars, Marlborough y Luxenbourg eran tambien grandes capitanes; pero pelearon contra multitud de fortalezas que les disputaban una parte de la gloria que adquirian. Los franceses conocen demasiado bien la utilidad de las fortificaciones, porque desde el Brabante hasta el Delfinado han construido una doble cadena de plazas fuertes. La frontera de Francia lindante con la Alemania es como la boca abierta del leon, que nos presenta dos hileras de formidables dientes prontos a devorar su presa.

Esto basta para demostrar la grande utilidad de las plazas fortificadas.

CAPITULO XXI.

PORQUÉ MEDIOS CONSIGUE UN PRÍNCIPE HACERSE ESTIMAR.

NADA influye tanto en que un príncipe sea estimado como las grandes empresas, y en jeneral las acciones estraordinarias. A Fernando V, hoy dia reinante en España, se le puede mirar como un príncipe nuevo, puesto que de simple rey de un estado pequeño ha llegado a ser por su grande reputacion y gloria el primer rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, se hallará en todas ellas un carácter de elevacion tan estraordinario, que algunas parecen ya desmesuradas.



Apenas subió este príncipe al trono, cuando dirijió sus armas contra el reino de Granada; guerra que fue el fundamento de su grandeza, pues, distraidos los magnates de Castilla con las batallas, estuvieron muy lejos de fijar su atencion en las novedades políticas, y de advertir la autoridad que el rey iba acrecentando cada dia a costa de ellos, manteniendo con los caudales del pueblo y de la Iglesia los ejércitos que le elevaban al alto grado de poder en que le vemos.

Para formar luego empresas todavía mas brillantes, se cubrió mañosamente con la capa de relijion, y por un afecto de piedad bárbara y cruel, lanzó a los Moros de sus estados; rasgo de política verdaderamente deplorable y sin ejemplo.

Vistiose tambien Fernando del mismo disfraz para invadir sucesivamente el Africa, la Italia y la Francia, alimentando siempre los proyectos mas vastos, y al mismo tiempo mas idoneos para concentrar la atencion de sus súbditos en los sucesos de su reino. Asi es como este príncipe ha sabido disipar las tormentas que se formaban contra él, y le hemos visto luego conseguir sus fines sin encontrar obstáculos de parte de sus súbditos.

Tambien es útil a vezes decretar castigos ejemplares y conceder recompensas estraordinarias, porque esto causa mucho ruido y produce siempre grande impresion en los ánimos: Bernabé Visconti, señor de Milan, puede servir de ejemplo en esta parte. En fin, los que gobiernan deben jeneralmente esforzarse para parecer grandes en todas sus acciones (1), y evitar todo lo que dé indicios de debilidad o de incertidumbre en sus designios. El príncipe que no sepa ser amigo o enemigo decidido, se granjeará con mucha dificultad la estimacion de sus súbditos. Si estan en guerra dos potencias vecinas, debe declararse por una de ellas, sopena de hacerse presa del vencedor, sin ningun recurso, y alegrándose el mismo vencido de su ruina; porque el vencedor no podrá mirar con buenos ojos a un amigo incierto que le abandonaría al primer revés de la fortuna, y el vencido nunca le perdonará que se haya mantenido tranquilo espectador de sus derrotas.

Habiendo entrado Antioco en la Grecia, llamado por los Etolios para echar de allí a los romanos, envió a los Aqueos, amigos de estos últimos, un embajador con el fin de persuadirles que se mantuvieran neutrales, al mismo tiempo que los romanos les metían priesa para que tomaran las armas a favor de ellos. Juntos en consejo los Aqueos para deliberar sobre este punto, tomó la palabra el enviado de los romanos despues del de Antioco, y les dijo: «Os engañan aconsejándoos que no tomeis parte en la guerra que sostenemos, como el partido mas prudente que podeis escojer para la conservacion y la utilidad de vuestros estados: muy al contrario, yo pienso que no pudiérais adoptar otro peor, porque, manteniéndoos neutrales, quedareis infaliblemente a la discrecion del vencedor, cualquiera que este sea, y tomaréis sobre vosotros dos riesgos por uno (2).»

Considera que no es tu amigo quien te pide la neutralidad, y que lo es o puede serlo aquel que te induce a tomar las armas para ayudarle. Los príncipes irresolutos, que solo atienden a salir del apuro, adoptan el partido de la neutralidad, que las mas vezes les conduce a su ruina. Cuando un príncipe se declara paladinamente por una de las potencias belijerantes, si triunfa aquella

(1) La principal atencion del príncipe debe emplearse en aumentar su reputacion. (Tacit.) Ha de ser como Muciano, que sabía dar realze a cuanto hablaba y a cuanto hacía.

(2) En este caso, dice Tito-Livio, perdida la honra y sin ninguna consideracion, quedareis para premio del vencedor. Solamente es buena la neutralidad para un príncipe mas poderoso que otros dos que están en guerra, porque de este modo se hace árbitro de ellos cuando quiere: siempre es perjudicial para los príncipes pequeños. Es indispensable ser el mas fuerte, o estar con el mas fuerte.



con quien se junta, aunque él quede despues a su discrecion y ella sea muy poderosa, no tendrá que temerla, porque le quedará reconocida y habrá formado con la misma estrechos vínculos de amistad. No son los hombres tan imprudentes que den a menudo ejemplos de una ingratitud igual a la que resultaría de oprimirte en semejantes circunstancias; ademas de que nunca son tan prósperas y cumplidas las victorias que permitan al vencedor faltar impunemente tanto a la consideracion de sus aliados y al miramiento que siempre se debe a la justicia. Si, por el contrario, fuere vencido aquel por quien te declarares, no podrá olvidar el beneficio que le hicieres; y si llega algun dia a mejorar de fortuna, podrás contar recíprocamente con su auxilio, habiéndose hecho, en cierto modo, compañero de tu fortuna.

En el otro caso, es decir, si las potencias que están en guerra no pueden inspirarte temor, sea quien quiera el que venza, la prudencia te aconsejará igualmente que te declares a favor de una de ellas; pues de este modo concurrirás a la ruina de la otra, sirviéndote de auxiliar la primera, que, si fuera discreta, debería salvarla. Como será imposible que aquella no triunfe con tu auxilio, su victoria lo dejará tambien sometida a tu discrecion.

Obsérvese aquí que, habiendo un príncipe de acometer a otros, debe huir de toda alianza con quien sea mas poderoso que él, no obligándole a hacerla la necesidad, como llevo dicho mas arriba; porque, si este vence, quedarás en cierto modo sometido a su poder: situacion violenta que debe evitar todo el que aprecia como debe su independencia. Así es como se perdieron los Venecianos, por haberse aliado sin necesidad a la Francia contra el duque de Milán. Los Florentinos no fueron tan reprensibles en haber abrazado el partido del papa y del rey de España, luego que marcharon las tropas de estos contra la Lombardía, porque obedecian a la dura ley de la necesidad, segun ya he probado antes. Por último, no hay un partido perfectamente seguro, y muchas vezes tan solo se evita un peligro para caer en otro mayor. La prudencia humana sirve solamente para escojer el menos perjudicial de los males conocidos (1).

Los príncipes deben honrar mucho el talento, y protejer las artes, especialmente el comercio y la agricultura. Importa sobre todo inspirar seguridad a los labradores contra la opinion que suelen tener de qne serán recargados con tributos y despojados de sus tierras después que las hayan mejorado por medio de un buen cultivo. Ultimamente el príncipe no se descuidará en ciertos tiempos del año en dar al pueblo fiestas y espectáculos (2), ni faltará a honrar con su presencia las juntas de los diferentes gremios de oficios, desplegando en todas estas ocasiones la magnificencia propia del trono, y dando muestras de bondad, sin comprometer la dignidad del rango a que se ha elevado.

Exámen.

Este capítulo de Maquiavelo contiene algo bueno y mucho malo. Trataré, primeramente, de señalar sus principales errores; confirmaré despues lo que

(1) El famoso frai Pablo Sarpi decia: «En todas las cosas de este mundo he observado que nada lleva mas apriesa al peligro, que el escesivo cuidado de apartarse de él, y que la demasiada prudencia dejenera en imprudencia ordinariamente.

(2) Mas bien contenian los romanos a los pueblos sometidos procurándoles placeres, que destrozándolos con las armas. Agrícola domó la ferozidad de los ingleses por medio del lujo; de modo que llamaban moderacion y dulzura al arte que empleaba para esclavizarlos. De este mismo modo obraba Augusto. El pueblo que gusta de placeres celebra que concurra a ellos el principe, para tenerle por compañero en cierto modo. Cuando llegaba el tiempo de la eleccion de los cónsules, se metia Vitelio como un particular, entre los pretendientes, y procuraba ganarse los votos y el afecto del pueblo, presidiendo las funciones del teatro y del circo. (Tácito.)



dice de bueno y loable, y añadiré en conclusion mi parecer sobre algunos puntos que pertenecen naturalmente a la misma materia.

El autor propone los ejemplos de Fernando de Aragon y Bernardo de Milan, para que sirvan de modelo a los príncipes que quieran distinguirse con grandes empresas o heroicos hechos. Maquiavelo se propone deslumbrarnos con ese aspecto maravilloso que tienen de suyo las empresas atrevidas, cuando se ejecutan con rapidez: es cosa grande, lo confieso, pero no es loable sinó cuando la conducta del conquistador está basada en principios de equidad y de justicia. Los embajadores Scithas decian al gran Alejandro: «Tú que te jactar de esterminar a los bandidos, eres el bandido mayor del mundo entero, porque has pillado y saqueado a todas las naciones que has vencido. Si eres un Dios, debes procurar la felizidad de los mortales, en vez de robarles lo que poseen; y si no eres mas que un hombre, conócete a tí mismo.»

Fernando de Aragon no se contentaba siempre con hacer simplemente la guerra; sinó que ocultaba sus designios bajo el velo de la relijion, y abusaba con frecuencia de la fé de sus juramentos. La justicia salía a menudo de sus labios, pero ni estaba en su corazon ni se veía en sus acciones; y estas malas cualidades que tanto afearon sus virtudes, son precisamente las que elojia Maquiavelo.

El ejemplo de Bernardo de Milan sirve para hacer ver a los príncipes que deben castigar y premiar de un modo ruidoso y brillante, a fin de que todas sus acciones vayan impresas de cierto carácter grande y terrible. El príncipe adquirirá siempre fama y renombre cuando su liberalidad sea hija de su grandeza de alma y no de su amor propio; pero la bondad sola puede darle mas gloria que todas las demas virtudes. Ciceron decía a Julio Cesar: «La mayor de tus prerogativas consiste en poder salvar la vida de tantos ciudadanos, y nada contribuirá tanto a tu gloria como la voluntad de salvarlos.» El príncipe, pues, debería imponer castigos que no llegasen nunca a la magnitud del delito, y prodigar recompensas que escediesen en valor a los servicios recibidos.

Ahora debo consignar una contradiccion de Maquiavelo. Este doctor en política quiere en este capítulo que los príncipes sean fieles a sus aliados, y en el capítulo XVIII, les permitía formalmente faltar a la fe de sus juramentos; semejante a esos decidores de la buena ventura que leen en un mismo signo la felizidad de unos y la infelizidad de otros.

En cambio de estos errores que acabamos de señalar, Maquiavelo tiene razon cuando aconseja a los príncipes que no se entreguen confiadamente en manos de un protector poderoso que, en vez de prestarles auxilio, podría meditar su ruina. Un gran príncipe de Alemania, tan estimado de amigos como de enemigos, tuvo ocasion de demostrar su prudencia en este respecto. Habiendo invadido sus estados las tropas del rey de Suecia, miéntras él estaba ausente con su ejército auxiliando al emperador en el Rhin, sus ministros le aconsejaron que llamase en su socorro al Czar de Rusia; pero el príncipe, mas previsor que sus consejeros, les respondió que los Moscovitas eran como osos encadenados que, si se les quitaban las cadenas, sería después muy dificil volverlos a encadenar. Asi pues, tomó a su cargo el cuidado de vengarse, y no tuvo porque arrepentirse de esta jenerosa resolucion.

Otras reflexiones podria añadir sobre esta materia, que tal vez fueran de utilidad para lo futuro; mas para ello tendria que juzgar la conducta de los príncipes contemporaneos, y en el mundo conviene saber hablar y callar a tiempo.

La cuestion de la neutralidad ha sido tratada con igual suficiencia por parte de Maquiavelo. La esperiencia nos ha hecho ver que el príncipe neutral es-

pone sus estados a las injurias de ambos poderes belijerantes, que hacen de su territorio el teatro de la guerra; y que las ventajas que, en ocasiones, pudiera derivar de su neutralidad, apenas compensan los perjuicios que esta les ocasiona.

Dos medios distintos puede emplear el príncipe para engrandecerse: uno es el de la conquista, cuando ensancha, con el empuje de sus armas, los límites de sus estados; el otro es puramente gubernativo, cuando a fuerza de zelo y actividad hace florecer en su reino las ciencias y las artes, jérmen verdadero de riqueza, cultura y poderio. Todo el libro de Maquiavelo está atestado de argumentos y consejos propios para los que aspiren a engrandecerse con las armas; justo es que yo, a mi vez, aventure algunas observaciones sobre el segundo medio que acabo de proponer, y que es, sin duda alguna mucho mas humano, mas inocente, mas util y beneficioso que el primero.

Las artes mas necesarias a la vida son la agricultura, la industria y el comercio; las que mas honor hacen al entendimiento humano son la ciencia de la jeometria, de la filosofia, de la astronomia, el arte de la elocuencia, de la poesia, de la música, pintura, escultura, arquitectura y otras comprendidas bajo la denominacion de bellas artes.

Como las naciones son tan distintas unas de otras, por lo que respecta al clima, situacion y otras especiales circunstancias, de aqui es que hay paises cuya principal riqueza consiste en la agricultura, otros que cifran su bien estar en la industria, y otros en el comercio; a escepcion de algunas naciones privilejiadas en que estas tres artes prosperan a un tiempo. Los soberanos que quieran hacerse poderosos fomentándolas, deberán, pues, estudiar las circunstancias y propiedades del territorio que gobiernan, a fin de favorecer el desarrollo de aquellas industrias que prometen mejores resultados. Los franceses y los españoles han conocido que el comercio es la base de la prosperidad de la Inglaterra, y se han propuesto aumentar sus relaciones comerciales a costa de los ingleses; si lo consiguiesen, la Francia, por su parte, adquiriría mas poder y mas importancia, que si conquistase veinte ciudades y mil aldeas por la fuerza de sus bayonetas; mientras que la Inglaterra y la Holanda, que son hoy las naciones mas ricas y florecientes del mundo, perecerian insensiblemente, como el enfermo que muere de consuncion.

Los paises cuya riqueza consiste en trigos y caldos, deben naturalmente ser cultivados con la posible perfeccion, sin que quede un solo palmo de tierra arable que no contribuya a enriquecer al labrador. El segundo cuidado del gobierno debe dirijirse a facilitar los trasportes y las vias de esportacion, a fin de que estos productos puedan venderse a precios cómodos en los mercados nacionales y estranjeros.

Respecto de la industria, debo decir que es el arte mas util y provechoso de todos para el pais en que llega a aclimatarse; porque ella abastece las necesidades y fomenta el lujo de los habitantes, al par que obliga a otras naciones a pagarles tributo. La industria impide que salgan capitales del pais, y abre sus arcas para recibir el oro del estranjero.

Yo he creido siempre que la carencia absoluta de industrias ha sido una de las causas principales que ocasionaron esas prodijiosas emigraciones de los paises del norte, de los godos y los vándalos, que inundaron con tanta frecuencia los paises meridionales. En Suecia, en Dinamarca y en la mayor parte de la Alemania, no se conocía entonces mas arte que la agricultura, ni mas industria que la caza. Las tierras de labranza estaban repartidas entre varios propietarios que las cultivaban con sus brazos y se alimentaban con sus productos. Pero como la raza humana ha sido siempre muy fecunda en los climas frios, sucedió que el número de habitantes llegó a ser tan considerable,



que las tierras no bastaban la sustentarlos; y los indijentes, capitaneados por sus señores, convertidos por la necesidad en bandidos ilustres, se vieron obligados a invadir el territorio de sus vecinos y a posesionarse de sus propiedades. Por eso hemos visto, tanto en oriente como en occidente, que aquellos bárbaros solo pedian campos que cultivar, a fin de proveer a su subsistencia. Los paises del norte no estan hoy menos poblados que en aquellos tiempos: pero afortunadamente, el lujo, que ha multiplicado nuestras necesidades, ha llevado a ellos la industria y el ejercicio de mil pequeñas artes, con las cuales subsisten pueblos enteros, que sin ellas emigrarian a otros paises.

Estos diversos medios de enriquecer los estados, son otras tantas facultades que la Providencia ha dado a los reyes para que cultiven su desarrollo en beneficio de sus súbditos. La señal mas segura de la prosperidad de un pais y de la bondad de su gobierno, es el nacimiento de las bellas artes; ellas brotarán del patrio suelo como flores que exhalan su aroma en tierra fértil y climas benignos, pero que la falta de riego y el soplo de los huracanes marchitan y destruyen.

Nada contribuye tanto a realzar el reinado de un príncipe como las artes y las letras que florecen bajo su proteccion. Tan famoso es el siglo de Pericles por los grandes injenios que nacieron en Atenas, como por las batallas que ganaron los atenienses. El siglo de Augusto es mas conocido por los nombres de Ciceron Ovidio, Virjilio y Horacio, que por las crueles proscripciones de aquel emperador, cuya celebridad se debe principalmente a la celebridad de este último poeta. El reinado de Luis XIV tiene mayor celebridad por la gloria de Corneille, de Racine, de Boileau, de Moliere, de Descartes y de Le Brun, que por el paso del Rhin tan decantado, o por los sitios a que asistió Luis el grande, o por la batalla de Turin, que perdió el duque de Orleans por órden del gabinete.

Los reyes hacen honor a la humanidad cuando distinguen y recompensan el mérito, favoreciendo con su proteccion el desarrollo de esas intelijencias superiores que trabajan por aumentar el tesoro de los conocimientos humanos, y se dedican al culto de la verdad.

¡Dichosos los príncipes que cultivan ellos mismos las ciencias y las letras; que, a ejemplo del gran Ciceron, libertador de su patria y padre de la elocuencia, dicen con el acento del entusiasmo: «Las letras templan el ardor de la juventud y encantan la edad madura; en la prosperidad nos coronan de lureles; en la adversidad mitigan nuestros pesares; y en el hogar doméstico u hospitalario, en lejanas tierras o incultos desiertos, en todos tiempos y lugares endulzan las amarguras de la vida! »

Lorenzo de Médicis, el hombre mas grande de Italia en aquella época, era el pacificador de su pais y el restaurador de las ciencias. Su probidad le hacía depositario de la confianza de todos los príncipes de Italia. Marco Aurelio, uno de los mas célebres emperadores de Roma, fué guerrero afortunado, sabio filósofo, y tan severo moralista en la práctica como en las doctrinas que profesaba.

Concluyamos con estas palabras: «El rey que encamina sus pasos por la senda de la justicia es un Dios cuyo templo es el universo y cuyos sacerdotes son los hombres virtuosos de todos los pueblos.»

CAPITULO XXII.

DE LOS MINISTROS.

La eleccion de ministros es una de las cosas mas importantes y que da me-



jor a conocer la sabiduría de los que gobiernan, porque no es de príncipes ordinarios emplear bien su confianza. En esto se echa de ver al momento su talento, pues el que tuviere para otros negocios no se descubre sinó al paso que se ofrece la ocasion, y esta no se presenta con frecuencia. La reputacion de un príncipe pende muchas vezes del mérito de las personas que le rodean (1). Todos los que conocían al señor Antonio de Venafro, no podían menos de hacer justicia al tino y a la sabiduría de Pandolfo Petrucci, príncipe de Sena, por la eleccion que hizo de un hombre tan habil para administrar sus estados.

Hay tres especies de talentos: unos que saben descubrir cuanto les importa saber; otros que disciernen con facilidad el bien que se les propone; y en fin los hay que no entienden por sí, ni por medio de otro. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros absolutamente inútiles. Pandolfo pertenecía cuando menos a la segunda clase, porque el príncipe que sabe distinguir lo que es útil de lo que es perjudicial, puede, sin ser hombre de grande injenio, formar juicio de la conducta de sus ministros, y aprobarla o tacharla con discernimiento, de manera que, estando estos persuadidos de que no pueden engañarle, le servirán con celo y fidelidad.

Pero ¿qué medios hay de conocer los ministros? He aquí uno infalible, que consiste en observar si se ocupan mas en sus intereses propios que en los del estado. Un ministro debe dedicarse enteramente a los negocios públicos, y no entretener jamás al príncipe con sus asuntos particulares. A este le toca cuidar de los intereses del ministro que, por decirlo así, se olvida de sí mismo, y colmarle de honras y bienes (2): de este modo le quitará el pensamiento de buscar mas riquezas y otras dignidades. Sobre todo, debe reducirle a términos de temer y alejar cualquier mudanza perjudicial o funesta al soberano, su amo; único arbitrio para establecer entre el príncipe y los ministros una confianza útil, y al mismo tiempo noble y honrosa.

Exámen.

Hay en el mundo dos clases de príncipes unos que todo lo ven por sus propios ojos, y que gobiernan por sí mismos sus estados: otros que descansan en la buena fe de sus ministros, y que se dejan gobernar por sus favoritos.

Los primeros son el alma de sus pueblos: sobre ellos pesan los cuidados del gobierno como el mundo sobre las espaldas de Atlas; ellos dirijen los negocios interiores y esteriores, y son a un tiempo supremos majistrados de la justicia, jenerales de ejército y directores del tesoro público. Sus ideas, concebidas en grande, son ejecutadas minuciosamente por hombres entendidos y laboriosos; porque sus ministros no son mas que instrumentos manejados por la mano de un hábil operario.

Los soberanos de segundo órden que no han recibido estos dones de la Providencia, podrán suplir su incapazidad si saben escojer buenos ministros.

El rey que goza de salud robusta, y que tiene la capazidad necesaria para desempeñar los arduos trabajos del gabinete, falta a su deber si se entrega en manos de un ministro; pero creo que el príncipe desprovisto de estas cualidades compromete sus intereses y los de su pueblo si no emplea toda su sana razon en escojer un hombre de mérito que soporte el peso de los negocios. No todos los hombres tienen talento; pero si pueden todos descubrir con la razon natural el

(1) Segun dice Tácito, todos pensaron favorablemente del reinado de Neron al ver que nombraba a Corbulon jeneral de sus ejércitos, indicando esta eleccion que estaba abierta al mérito la puerta del valimiento, y que el príncipe se había dirijido por buenos consejeros.

(2) «No tengas cuidado de los intereses de tu familia, que yo lo hago por ti, decía Tiberio a Seyano ahora no te digo mas; pero a su tiempo me mostraré agradecido a los servicios recibidos.» Felipe II, de España, decía a su primer ministro Rui-Gomez: «Haz tu mi negocio, que yo haré el tuyo.»



mérito de otros hombres. Vemos que el artista mas insignificante sabe distinguir y apreciar las obras de los maestros del arte: que el soldado mas rudo sabe lo que valen sus jefes; y que el último oficinista de un ministerio conoce hasta donde llega la habilidad de un ministro. Sería, pues, preciso que el soberano fuese ciego para no conocer el grado de capazidad de los ministros que emplea.

Por lo que hace a la probidad, no es tan fácil conocerla. Un ignorante no podrá jamás ocultar su ignorancia; pero un hombre astuto, que tenga interés en engañar a su soberano, puede ocultarle por mucho tiempo su perfidia y mala fe. Si Sisto V pudo engañar a setenta cardenales, que debian conocer su carácter, ¿qué es de estrañar que un simple individuo oculte sus designios a la penetracion de un príncipe que no ha tenido ocasion de conocerle?

Hay hombres que pasan por virtuosos mientras no tienen ocasion de darse a conocer, pero que renuncian a la virtud desde que su probidad se pone a prueba. Nadie hablaba mal en Roma de los Tiberios, Calígulas y Nerones antes de ser emperadores, y tal vez nós fueran hoy desconocidos los crímenes que cometieron estos odiosos tiranos, si la ocasion no hubiese desarrollado en ellos el jérmen de su perversidad.

Tambien hay hombres de grandes talentos y fina sagazidad, que albergan en su pecho un alma negra e ingrata; al par que otros, mas humildes en sus aspiraciones, poseen un corazon jeneroso y bueno. Algunos príncipes suelen escojer estos últimos para el desempeño de aquellos cargos que afectan la administracion interior del pais; y a vezes se valen de los primeros para llevar a cabo ciertas negociaciones diplomáticas que requieren mas astucia que probidad. Y en efecto parece natural que, cuando se trata de mantener el órden y la justicia, la probidad sola llene este objeto; pero cuando se emplea la intriga, la perfidia y la mala fe para persuadir un aliado, es preferible valerse de hombres perversos, porque así, al menos, no se profana la virtud.

El príncipe no puede nunca recompensar demasiado a los que le sirven con zelo y fidelidad, porque el sentimiento mismo de la justicia le recomienda en estos casos la gratitud. Y por otra parte su mismo interes le aconseja ser tan espléndido en la recompensa como parco en el castigo; porque los ministros que vean que la virtud es el instrumento de su fortuna, no emplearán el crímen para enriquecerse, y preferirán naturalmente los beneficios de su soberano al oro de los estranjeros. La justicia y la prudencia estan acordes en este punto. El príncipe obraría con tanta crueldad como imprevision si, haciendo gala de su ruindad, espusiese la virtud de sus ministros a una prueba difícil de resistir.

No es menos censurable la lijereza con que algunos soberanos cambian sus ministros, castigando con demasiado rigor la menor irregularidad que observan en su conducta. Los ministros que trabajan diariamente a vista del soberano, no pueden siempre ocultarle sus defectos, por mucho que quieran correjirse; sobre todo, si el príncipe es penetrante, y si le han servido mucho tiempo. El soberano suele al fin impacientarse y castigarles con la pérdida de sus puestos; con lo cual, da muestras de intolerancia y de muy poca filosofía. Pero el príncipe que conoce los hombres, sabe que todos llevan impreso en sus caractéres el sello de la humanidad; que nadie es perfecto en el mundo; que las grandes cualidades estan casi siempre equilibradas con grandes defectos; y que el hombre de jenio debe sacar partido de todo. Por eso prefieren conservar sus ministros, aceptando sus buenas y malas cualidades, a menos que estos insistan en no querer correjirse, porque vale mas fiarse de las personas ya conocidas, que de aquellas que no conocemos; del mismo modo que un músico hábil prefiere ejecutar con un instrumento viejo, pero ya esperimentado, que con uno nuevo, cuya bondad le es desconocida.

CAPITULO XXIII.

COMO SE DEBE HUIR DE LOS ADULADORES.

No puedo menos de hablar de la adulacion que reina en todas las cortes; vicio sobre el cual los príncipes deben estar siempre alerta, y de que no se verán libres, sinó es valiéndose de la prudencia y de mucha habilidad. Tienen los hombres tanto amor propio y tan buena opinion de sí mismos, que es muy difícil preservarse de tal contajio; además de que, queriéndolo evitar, pudieran tambien disminuir su justo aprecio. El mejor arbitrio que pueden tomar los príncipes para librarse de los aduladores, es manifestar que no les ofende la verdad; pero, si cualquiera tuviera la libertad de decirles lo que quisiera, ¿en qué vendría a quedar entonces el respeto debido a la majestad del soberano? (1) El príncipe prudente guarda un justo medio, escojiendo hombres sabios por consejeros, y permitiéndoles a ellos solos que le digan francamente la verdad sobre las cosas que les pregunte, y nada mas. Y debe ciertamente preguntarles y oir su parecer en cuanto le incumbe; mas luego determinarse a aquello que le dicte su propia opinion, conduciéndose de manera que todas las jentes estén convencidas de que con cuanta mayor libertad se le habla, tanto mas se le agrada (2). Tocante a los otros, no debe oirlos el príncipe, sinó seguir derechamente el camino que se ha propuesto sin apartase de él.

Un príncipe que se porta de diferente modo, o se pierde por escuchar a los lisonjeros, o tiene una conducta incierta y variable, que le quita todo su crédito. Voy a citar en apoyo de esta doctrina un pasaje de la historia de nuestro tiempo. Dice el clérigo Luc del emperador Maximiliano, su señor, hoy dia reinante, «que de nadie se aconseja, y sin embargo, jamás obra siguiendo su propio dictámen (3).» Esto es seguir un camino diametralmenté opuesto al que acabo de señalar. Como S. M. I. es un señor muy misterioso, que no da parte a nadie de sus proyectos hasta el momento mismo de llevarlos a ejecucion, apretado entonces por el tiempo, por los reparos que le ponen sus ministros y por las dificultades imprevistas que encuentra, tiene que ceder a la opinion de los demas y trastornar todo lo que había concebido. Y ahora pregunto yo: ¿qué cuenta hay que tener con un príncipe que deshace hoy lo que hizo ayer?

Siempre está bien al jefe de un estado tener consejeros y consultarlos; pero haciéndolo cuando a él le acomode, y no cuando quieran sus súbditos. Ha de procurar, por el contrario, que nadie se meta a darle consejos, sin que él los pida, aunque convenga que sea a vezes gran pregunton, que oiga atentamente lo que le digan, y manifieste descontento, si advierte que los que están a su lado titubean en decirle todo lo necesario.

Es un error grosero creer que será menos estimado un príncipe aconsejándose de otros, y que entonces se le tendrá por incapaz de conocer las cosas por sí mismo; porque el que está falto de luzes jamás acierta a aconsejarse bien, a menos que tenga la rara felizidad de encontrar un ministro hábil y honrado, en quien pueda descargarse de todo el peso y cuidados del gobierno; y aun en

(1) Tiberio aborrecia la lisonja, y por eso muchas vezes no acertaban los romanos a hablar delante de él. (Tácito.)

(2) Teniendo un cortesano que pedir un empleo a Juan II, rey de Portugal, principió a adularle, y este monarca le respondió: «Amigo, está reservado para un hombre que nunca me haya adulado.»

(3) Este emperador tenía buenas ocurrencias, Quiso ser cólega del papa, e igual suyo aun en materias de relijion, y por eso se hacia llamar *Pontifex maximus*. Decia tambien que si hubiese nacido Dios y tuviera dos hijos, el primojénito sería Dios y el segundo rey de Francia.

tonces correrá el riesgo de verse despojado de sus estados por aquel mismo a quien imprudentemente confie toda su autoridad. Para ponerse a salvo de este peligro, si en lugar de un consejero solo tiene muchos, y destituido de talento quiere conciliar los pareceres distintos de sus ministros, que acaso se ocuparán mas del interés propio suyo, que de los del estado, sin recelarlo él siquiera, ¿cómo podrá evitar su perdicion? (1) Por otra parte los hombres en jeneral son malos, y no se inclinan al bien sinó obligados por la fuerza; de lo que se infiere que la sabiduría sola del príncipe es la que ha de producir los buenos consejos (2), y que los buenos consejos nunca o rara vez suplan la sabiduría del príncipe.

Exámen.

No hay un libro de historia ni de moral en que no se censure severamente el amor que suelen tener los príncipes a la adulacion. Queremos que los reyes sean amigos de la verdad, que sus oidos se acostumbren a ella, y con razon lo deseamos. Pero tambien queremos que tengan suficiente amor propio para amar la gloria, en lo cual veo casi una contradiccion: porque exijir de un príncipe acciones grandes y loables, y pretender al mismo tiempo que renuncie a la única recompensa que cabe dispensarles, es exijir demasiado de la humana naturaleza; y es contradictorio querer que se afane por merecer elojios, y que los desprecie despues de merecidos. Mucho honor hacemos a los príncipes si creemos que puedan ejercer mas imperio sobre sí mismos que sobre los demas; y no debemos olvidar que el desprecio de la virtud proviene de la indiferencia con que miran algunos su buena o mala reputacion.

« *Contemptus virtutis ex contemptu famæ.* »

Es tambien digno de notarse que los príncipes insensibles a su reputacion, han sido comunmente indolentes o voluptuosos, cuerpos viles y corrompidos, incapazes de toda virtud. Tambien los ha habido tiranos y crueles, que han gustado de la adulacion; pero esta odiosa vanidad es un vicio mas que los afea, porque, lejos de merecer elojios, sus hechos han sido y son el oprobio de la humanidad.

Para un príncipe vicioso, la lisonja es un veneno mortal que fecundiza la semilla de su natural corrupcion; para el virtuoso, es una mancha que enmohece y empaña el brillo de su gloria.

Es preciso distinguir la adulacion grosera de la astuta lisonja. Un hombre de talento rechaza la primera, pero rara vez sabe resistir a la segunda. Hablo de ese arte sofistico que emplean algunos con tanta habilidad para disimular los defectos y justificar las pasiones; que sabe dar a la crueldad la apariencia de justicia; que confunde la prodigalidad con la liberalidad, el vicio con el placer; y que cuida sobre todo de exajerar los vicios de los demas para que resalten menos los defectos del heroe. La mayor parte de los hombres caen en los lazos de estos aduladores, que, sin mentir por completo, hallan escusas para toda clase de acciones; y mucho menos podrán tratarlos con desden o rigor cuando les alaban sus buenas cualidades.

La lisonja que se funda sobre una base sólida es la mas sagaz de todas; es preciso tener muy fino el discernimiento para poder distinguir aquello que añade por via de adorno a la verdad desnuda. Un adulador fino no irá en pos del soberano a los campos de batalla con un séquito de poetas que canten

(1) Claudio, segun Tácito, no sabia dejarse llevar por el consejo de otro, ni guiarse por el suyo propio.

(2) Alfonso, rey de Aragon, tenia por el mayor absurdo que los reyes se dirijiesen por sus ministros, y los jenerales de un ejército por sus tenientes. (Panermi. *De rebus gestis Alfonsi.*)



sus gloriosos hechos; ni cometerá la torpeza de escribir dedicatorias, prólogos o epístolas en verso alejandrino; ni menos tratará de aturdir al heroe con una pomposa narracion de sus victorias; antes estudiará la verdad sencilla; hablará poco y con timidéz, pero siempre afectando la mayor inocencia. ¿Cómo es posible que un príncipe chistoso o epigramático se enfade de que un amigo celebre en voz baja su buen humor? Como se podía esperar que Luis XIV, que reconocía con orgullo la imponente majestad de su propia persona, se enfadase contra aquel viejo oficial que temblaba al dirijirle la palabra, y le dijo interrumpiéndose: «¿Al menos V. M. se dignará creer que nunca he temblado así delante de sus enemigos?»

Los príncipes que han sido simples particulares antes de ser reyes, podrán tal vez acordarse de lo que fueron y huir de los peligros de la adulacion; pero los que han reinado siempre, se nutren de incienso como los Dioses, y morirían de consuncion si les faltasen aduladores.

Sería, pues, mas justo que compadeciéramos a los reyes en vez de condenarlos. Los aduladores, y sobre todo los calumniadores, son los que merecen el odio del público, asi como son dignos de castigo los que les ocultan la verdad. Pero repito en conclusion que no debemos confundir la lisonja con la adulacion. Trajano se sentía estimulado a la práctica de la virtud por el panegírico de Plinio; mientras que Tiberio se encenagaba mas y mas en el vicio por la adulacion de los senadores.

CAPITULO XXIV.

Porque los príncipes de Italia han perdido sus estados.

Un príncipe, aunque sea nuevo, se mantendrá tan facilmente en la posesion de sus estados, como aquel que reine por título de herencia, si se conduce con arreglo a las máximas que acabo de esplicar; y aun en el primer caso su condicion será preferible bajo ciertos respectos a la de un príncipe hereditario, porque, como se examina con mas atencion el sistema de un príncipe nuevo, principalmente si gobierna con tino y sabiduría, este mismo mérito suyo le captará el afecto y la estimacion de los pueblos, mucho mejor todavía que la lejitimidad del título de su dominio. Siendo cierto, por otra parte, que los hombres atienden mas a lo presente que a lo pasado, y no piensan en variar cuando se hallan bien, un príncipe que llena cumplidamente sus deberes nunca debe temer que le falten su defensores. Lejos de ser un motivo para disminuir su aprecio la novedad de su fortuna, doblará por el contrario su gloria, como que su mérito solo será el que haya vencido todos los obstáculos que se le presentaron; y al paso que el reino de este adquiere mas esplendor por las buenas leyes que establece, por la institucion de una milicia respetable, por los amigos útiles que se ha granjeado, y por empresas brillantes consumadas con buen éxito, asimismo se envilece y degrada aquel que por su impericia o por su culpa pierde los estados que había heredado de sus mayores.

Si se examina la conducta del rey de Nápoles, la del duque de Milan y la de otros que han perdido sus dominios en nuestros dias, se advertirá que han incurrido todos en un grande error, por haberse descuidado en levantar una milicia nacional, y además en no haber hecho caso de ganarse el afecto de los pueblos, captando al mismo tiempo la voluntad de los magnates: tan cierto es que por desaciertos de esta naturaleza puede perderse un estado respetable, y capaz por sí mismo de poner en campaña un ejército numeroso. Filipo de

Macedonia, no el padre de Alejandro-Magno, sinó el que fué derrotado por Tito Quintio (1), poseía un estado muy poco considerable, comparado con el de Roma y los de la Grecia, contra cuyas fuerzas combinadas tuvo que defenderse. Resistió, no obstante, a estas grandes potencias, y en muchos años que duró la guerra, tan solo perdió unas cuantas ciudades; pero este príncipe era un guerrero distinguido, sabía además contemplar a los grandes y hacerse amar del pueblo.

No deben, pues, nuestros príncipes de Italia echar la culpa a la fortuna de haber perdido sus estados, sinó a su cobardía y a su falta de prevision; porque estaban tan distantes de creer posibles semejantes trastornos (como sucede de ordinario a los gobiernos que han gozado de tranquilidad por algun tiempo), que, cuando vieron acercarse al enemigo, huyeron en vez de defenderse, contando con que los pueblos, cansados bien pronto de la insolencia del vencedor, no tardarian en volverlos a llamar.

Cuando no hay otro partido que tomar, no es tan malo el último; pero, considerando que es una verguüenza despreciar los medios honrosos de evitar su ruina, y dejarse asi caer con la esperanza de que otros nos levantará; esperanza por lo regular vana, pero que, aun teniendo algun fundamento, es espuesta, porque aquel que confia en el socorro estranjero, debe temer el hallar un dueño en su vencedor. El príncipe ha de buscar recursos en sí mismo y en su valor contra la mala fortuna.

Exámen.

La fábula de Cadmo, que sembró los dientes de la serpiente que había vencido, y de ellos nació un pueblo de guerreros que se destruyeron unos a otros, es el emblema de los príncipes de Italia, tales como eran en la época de Maquiavelo. Su perfidia, sus mutuas traiciones fueron causa de su ruina. Lease la historia de Italia de fines del siglo XIV y principios del XV, y se verán las crueldades, las seducciones, las violencias, las alianzas que formaban unos con otros para destruirse mutuamente, las usurpaciones, los asesinatos, en suma, un conjunto de crímenes tan enormes que causa horror solo enumerarlos.

Sí, siguiendo los consejos de Maquiavelo, consiguiéramos desterrar del mundo la justicia y la humanidad, el Universo entero se trastornaría: los crímenes inundarían el Continente trasformándolo en un vasto desierto, y los príncipes Maquiavelistas serían los primeros que se hundirían en el abismo, a ejemplo de los príncipes de Italia, víctimas de su propia barbarie e iniquidad.

La cobardía de aquellos príncipes pudo sin duda contribuir a su desgracia; es cierto que esta fue la causa de la espulsion del rey de Nápoles; pero diga y argumente Maquiavelo cuanto quiera, invente sistemas, alegue ejemplos y gaste en buen hora la sutileza de su entendimiento, siempre tendrá que venir a parar en la justicia; no es posible, en política, hallar otro resultado: la fuerza misma de los sucesos le obligará, a pesar suyo, a reconocer esta verdad.

Yo quisiera preguntar a Maquiavelo qué significan estas palabras suyas, que copio en estracto: «Si el príncipe nuevo (esto es, el usurpador), se da a conocer por las cualidades que dejo dichas, vivirá mas seguro de su trono que si fuese príncipe hereditario; porque los pueblos no hacen caso de antecedentes con tal que hallen conveniencia de actualidad, y, una vez satisfechos, no tienen interés en cambiar de Soberano.» ¿Supone acaso Maquiavelo que, de dos hombres iguales en valor y discrecion, preferirán los pueblos el usurpa-

(1) Felipe, padre de aquel Perseo, último rey de Macedonia.

dor al príncipe lejítimo? Esto se opone a las nociones mas vulgares del sentido comun, porque no podría esplicarse la predileccion de un pueblo en favor de un hombre que emplea la violencia para avasallarle, sin tener cualidad alguna que le haga preferible al lejítimo soberano. Y si el objeto del autor es colocar al lado de un príncipe sin virtudes un usurpador valiente y lleno de capazidad, debo advertirle que la desigualdad de circunstancias hace nulo su raciocinio; y que aun así, nunca será estimado el hombre que se apodera con violencia del poder, porque una usurpacion es una injusticia y un mal precedente para lo futuro. De un hombre que empieza su carrera cometiendo un crímen, no pueden esperar los pueblos mas que un gobierno violento y tiránico. Si la doncella se prostituye el dia antes de su boda, ¿como podrá el marido vivir seguro de la virtud de su jóven esposa?

Maquiavelo pronuncia su propia sentencia en este capítulo, pues dice claramente que, sin el amor del pueblo, sin la adhesion de los grandes y sin un ejército bien disciplinado, es imposible que un príncipe se sostenga en el trono. La verdad le obliga a rendirle homenaje, asi como los ánjeles malditos reconocen a Dios, aunque le blasfeman. Y ¿qué medios debe emplear el príncipe para captarse ese amor de sus súbditos, que es, segun Maquiavelo, indispensable para su tranquilidad? ¿No es natural que en vez de ser injusto, cruel, tirano y perjuro, sea virtuoso, humano, bienhechor, probo y discreto?

Todo hombre que desempeña un destino o cargo público, por elevado o humilde que sea, necesita ser probo e ilustrado para obtener la confianza de los demas. Los hombres mas corrompidos escojen siempre a un hombre de bien para depositar en él su confianza, asi como los mas incapazes de gobernar, elijen siempre al mas discreto. ¡Pues qué!, cuando el último alcalde de monterilla está obligado a conservar recta y brillante la vara de la justicia, ¿habrá de estar el príncipe solo autorizado para mancharla?

Arranquemos, pues, la máscara a ese escritor político que pasó en vida por grande hombre, y cuyas doctrinas han profesado tantos estadistas, a pesar de haber conocido sus tendencias peligrosas. Las abominables máximas de Maquiavelo, que nadie hasta hoy se ha atrevido a combatir, han formado la base de la educacion de los príncipes, y aun hay ministros que las aplican sin consentir que se les acuse. ¡Dichoso el que pudiese desterrar del mundo el maquiavelismo! Yo he tratado de demostrar la falsedad e inconsecuencia de este pernicioso sistema; ahora toca a los gobernantes convencer al mundo con buenos ejemplos. Ellos deben desengañar a los pueblos de la falsa idea que se han formado de la ciencia política, haciéndoles ver que es el sistema de la sabiduría y no el catecismo de la mala fe. A ellos toca suprimir en el lenguaje diplomático las ambigüedades y sutilezas, reemplazándolas con la sinceridad y el candor, que, a decir verdad, son las cualidades muy raras en los soberanos de Europa. Los reyes deben manifestar con su conducta que ni ambicionan los estados de sus vecinos, ni tolerarán que estos intervengan en el gobierno de sus propios estados. El príncipe que todo lo quiere poseer, es como el hombre voraz que atesta su estómago de viandas, sin pensar que no podrá dijerirlas: el que se contenta con gobernar bien a sus súbditos naturales, es como el que se alimenta con sobriedad, y dijiere facilmente.

CAPITULO XXV.

¿QUÉ INFLUJO TIENE LA FORTUNA EN LAS COSAS DE ESTE MUNDO, Y DE QUÉ MODO SE LE PUEDE HACER FRENTE SIENDO ADVERSA?

No ignoro que han creido muchos, y piensan todavía, que las cosas de este mundo se gobiernan de tal modo por la Providencia o por la fortuna, que ningun poder tiene la prudencia humana contra los acontecimientos; y es por lo mismo inútil tomarse cuidado por lo que ha de suceder en ciertas ocasiones, o tratar de evitarlo o impedirlo (1).

Las revoluciones de que hemos sido y somos todavía testigos, son muy propias para acreditar una opinion semejante, de la cual aun a mí mismo me cuesta muchas vezes trabajo defenderme, considerando cuanto estos sucesos han pasado mas allá de lo que podíamos conjeturar. Sin embargo, como tenemos un libre albedrío, yo pienso, y es necesario reconocer, que la fortuna no gobierna el mundo en tales términos, que no le quede a la prudencia humana una gran parte de influjo en todos los sucesos que vemos.

Yo compararía el poder ciego de la fortuna con un rio violento, que, cuando sale de madre, inunda los campos, arranca de cuajo los árboles, derriba y se lleva los edificios, trasporta las tierras de un lugar a otro, y nadie se atreve ni puede oponerse a su furor; todo lo cual no impide el que luego que vuelve a sujetarse dentro de sus márjenes, se construyan diques y calzadas para precaver nuevas inundaciones y estragos. Lo mismo sucede ciertamente con la fortuna, que ejerce su poder, si no se le opone alguna barrera.

Echando una mirada a la Italia, teatro de frecuentes convulsiones, que ella misma ha provocado, se advierte que es un pais falto de diques y sin defensa. Si se hubiera puesto en estado de resistir a sus enemigos, a imitacion de España, Francia y Alemania, o la irrupcion de los estranjeros hubiera sido menos considerable y desastrosa, o no hubiera sido invadida.

Ya no hablaré mas sobre los medios jenerales de vencer la mala fortuna; pero, limitándome a ciertas particularidades, debo notar que aun en el dia no es cosa rara ver a príncipes que han caido de un estado de prosperidad en la desgracia, sin que pueda esto atribuirse a alguna mudanza en su conducta o en su carácter; lo cual en mi juicio proviene de las causas que he manifestado antes con bastante estension, a saber: que los príncipes que se fian demasiado en la fortuna, se arruinan cuando ella los abandona. Aquellos que arreglan su conducta a las circunstancias, rara vez son desgraciados, porque la fortuna se muda solamente para los que no saben acomodarse al tiempo. Prueba de esto es la diversidad de caminos que toman los que corren en pos de la gloria, o de las riquezas: el uno se dirije hacia su objeto a bulto y a la buena ventura; el otro con discernimiento y medida; este usa de la astucia, y aquel de la fuerza; uno tiene espera, otro es impaciente; y no obstante, vemos a muchos conseguir su intento por estos medios tan diversos y aun contrarios; y algunas vezes de dos que siguen la misma senda, el uno llega a su destino, y el otro se estravía. La diferencia de tiempos puede unicamente descifrar la estravagancia de los sucesos.

Las circunstancias deciden tambien si en tal o cual ocasion un príncipe se ha conducido bien o mal. Hay tiempos en que es necesario valerse de suma

(1) Tácito nos ofrece un ejemplo en la persona de Claudio, que la fortuna había designado para el imperio, siendo el sujeto en quien menos pensaban los romanos.



prudencia, y hay otros en que el príncipe puede o debe dejar alguna cosa a la casualidad; pero nada es tan difícil como mudar de intento y a tiempo de conducta y de carácter, ya sea porque no sepa uno resistir a sus hábitos e inclinaciones, o ya porque con dificultad se abandona un camino que siempre nos habia dirijido bien (1).

Julio II, de un jenio violento y arrebatador salió felizmente de todas sus empresas, sin duda porque las circunstancias en que este pontífice gobernaba la Iglesia, requerian un jefe de semejante carácter. Aun hay memoria de su primera invasion del territorio de Bolonia, viviendo Juan Bentivoglio, con la que dió celos a los Venecianos, a la España y a la Francia; pero no se atrevieron a incomodarle unos ni otros: los primeros, porque no se consideraban con fuerzas suficientes para resistir a un pontífice de aquel carácter; la España, porque ella misma tenia que recobrar el reino de Nápoles; y la Francia, porque además del interes que advertía en contemplar a Julio II, queria humillar tambien a los Venecianos, de suerte, que no titubeó en conceder al papa los socorros que le habia pedido.

Así es como Julio II salió felizmente de una empresa en que hubieran sido intempestivas la prudencia y la circunspeccion; y sin duda esta misma empresa hubiera tenido mal éxito, dando tiempo a la España y a los Venecianos para reconocerse, y a la Francia para que la entretuviera con escusas y dilaciones.

Julio II manifestó en todas sus empresas el mismo carácter de violencia, justificándolo el éxito plenamente; pero acaso no vivió bastante para probar la inconstancia de la fortuna, porque, si hubiese llegado tiempo de valerse de la prudencia y la circunspeccion, inevitablemente hubiera encontrado su ruina en aquella inflexibilidad de carácter e impetuosidad, que eran tan naturales en él.

De todo esto es preciso concluir que aquellos que no saben mudar de método cuando los tiempos lo requieren, prosperan sin duda mientras van de acuerdo con la fortuna; pero se pierden luego que esta se muda, no sabiendo seguirla en sus frecuentes variaciones.

Por último, opino que mas vale ser atrevido que demasiado circunspecto; porque la fortuna es de un sexo que únicamente cede a la violencia (2), repele siempre a los cobardes, y, si suele declararse por los jóvenes, es porque son ellos mas emprendedores y atrevidos.

Exámen.

La cuestion de la libertad orijinal del hombre es un problema que hace perder el juicio a los filósofos, y que ha provocado mas de una vez el anatema de los teólogos. Los partidarios de la libertad dicen que, si el hombre no es libre, fuerza es creer que sea Dios quien obre por ellos; y por consiguiente, Dios es quien se vale del hombre para cometer el robo, el homicidio y todos los demas crímenes; lo cual se opone a la idea que tenemos formada de S. S. Ademas, si fuese cierto que el Ser Supremo es padre de todos los vicios e iniquidades que en el mundo se cometen, no habría ya criminales que castigar, porque no existirían ni el crímen ni la virtud; y como es imposible examinar esta horrorosa doctrina sin echar de ver su falsedad y sus contradicciones, no nos queda mas recurso que declararnos en favor de la libertad del hombre.

Por otra parte, los sectarios del sistema de la predestinacion dicen que Dios

(1) Maquiavelo dice tambien en sus Discursos «que la causa porque la fortuna abandona a un príncipe, es que ella muda los tiempos, y entonces el príncipe no muda de sistema ni de recursos.» Acusábase de mudable a un rey de Esparta, que sabia obrar segun las circunstancias: «No soy yo quien varía, respondia él, sinó los negocios.»

(2) Anibal llamaba a la fortuna madrastra de la prudencia.



sería mas imperfecto en su naturaleza que un operario ciego, si, despues de haber creado el mundo, ignorase lo que debia pasar en él. Un relojero, dicen, conoce la accion de la rueda mas pequeña de un relój, porque sabe el movimiento que le imprimieron sus manos y el uso a que la destinó cuando fue fabricada; ¿y se quiere que Dios, ese Ser infinitamente sabio, sea un simple espectador curioso e impotente de las acciones del hombre? ¿Como es posible que el Creador, que puso tan admirable órden en todas sus obras, sujetándolas a ciertas leyes constantes e inmutables, haya reservado al hombre solo la independencia y la libertad? ¿No es esto decir que el capricho de los hombres, y no la Providencia, es quien gobierna el mundo? ¿Cuál es el autómata; el Creador o la criatura? Natural es que lo sea el hombre, en quien reside la flaqueza, y no Dios, en quien residen la fuerza y el poderío. La razon y las pasiones, son pues, cadenas invisibles, con las cuales la Providencia gobierna y conduce al jénero humano, a fin de que sus acciones todas cooperen a provocar los acontecimientos que dispuso su eterna sabiduría.

De modo que, por huir de un escollo, tropiezan los filósofos con otro, empujándose mutuamente hacia el abismo del error; mientras que los teólogos pinchan, cortan y tenazean en la tinieblas a los que caen bajo su férula, y se escomulgan unos a otros devotamente por pura caridad. Estos furiosos escolásticos se pelean como los romanos y los cartajineses: cuando estos veian que las tropas romanas amagaban al África, llevaban ellos la guerra a Italia; y cuando los romanos vieron a Anibal próximo a llamar a las puertas de Roma, enviaron las lejiones a sitiar a Cartago. La índole de los sofistas se asemeja mucho al carácter nacional de los soldados franceses: son muy buenos para atacar, pero muy malos para defenderse. Por esto aseguraba un decidor chistoso que Dios era el padre de todas las sectas, porque a todas habia dado armas guales, repartiendo entre ellas, por iguales partes, la razon y el desvarío.

Maquiavelo ha querido desenterrar del campo de la metafísica este antiguo problema de la libertad y la predestinacion del hombre, para trasportarlo al terreno de la política, sin tener en cuenta que estas materias son enteramente estrañas a su asunto. El hombre político debe tratar de aguzar su penetracion a fin de obrar o escribir con prudencia; y poco le atañe averiguar si existe o no en el hombre el libre alvedrío, o si la casualidad y la fortuna son arbitros de los destinos del jénero humano.

Fortuna y *casualidad* son palabras vacías de sentido, que sin duda deben su orijen a la ignorancia de los hombres, que han designado con nombres vagos e inciertos los efectos cuyas causas desconocen. Así es que, cuando hablamos de la fortuna de Cesar, aludimos a las circunstancias y coyunturas que favorecieron los designios de aquel hombre ambicioso; del mismo modo, que al hablar del infortunio de Caton, queremos dar a entender las desgracias que sobrevinieron, y aquella multitud de contratiempos cuyos efectos aparecieron con tal rapidez en pos de sus causas, que toda la prudencia de Caton no bastó a preverlos ni a combatirlos.

Lo que entendemos por *casualidad* se esplica por el juego de los dados mejor que con cualquier otro ejemplo. La casualidad hace que los dados, al caer sobre el tapete, marquen doce puntos en vez de siete, o siete en vez de doce. Para descomponer este fenómeno fisicamente, sería necesario que nuestra vista fuese tan penetrante que pudieramos ver la posicion de los dados cuando entran en el tubo de carton, los movimientos de la mano que los sacude, las vueltas que dan, etc.: todas estas causas, en conjunto, constituyen lo que llamamos casualidad. Pero las facultades del hombre son muy limitadas, y por eso no podremos nunca prever los golpes de la fortuna. Cuanto mas aguze el hombre su entendimiento, tanto mas se acercará a la resolucion de los problemas de la casua-



lidad; pero la vida es demasiado corta para que podamos llegar a este grado de luzidez, y nuestra intelijiencia es demasiado imperfecta para que pueda nunca combinar tanta multitud de causas y efectos.

Voy a citar dos grandes hechos, que probarán cuan lejos está la humana sabiduría de prever los acontecimientos. El primero es la sorpresa de la ciudad de Cremona, que intentó el príncipe Eujenio; empresa concertada con toda la prudencia imajinable, y ejecutada con un valor inmenso, pero que se frustró del modo siguiente: El príncipe se introdujo al romper el alba en la ciudad por una cloaca que le abrió al efecto un cura con quien se había puesto de acuerdo; pero tropezó con un rejimiento de suizos que, por un capricho de su jefe, se habían reunido aquella mañana mas temprano que de costumbre en el campo de ejercicios. Este rejimiento le opuso resistencia, y dió lugar a que se reuniera la guarnicion. Además, el guia que debía conducir a sus soldados a una de las puertas de la ciudad, se estravió en el camino; de modo que el destacamento que aguardaba en las afueras el momento oportuno para entrar, llegó tarde al sitio de la refriega.

El segundo acontecimiento a que me refiero es el de la paz que los ingleses hicieron con la Francia antes que terminase la famosa guerra de Sucesion de España. Ni los ministros del emperador de Alemania, ni los mas profundos filósofos, ni los mas hábiles estadistas hubieran podido sospechar en aquella ocasion que un par de guantes habían de cambiar la suerte de la guerra y los destinos de Europa. Y sin embargo, esto mismo fue lo que sucedió al pie de la letra.

La duquesa de Marlborough desempeñaba entonces un cargo palaciego cerca de la persona de la reina Ana de Inglaterra, mientras su esposo recojía en los campos de Brabante ricas cosechas de laureles. Ambos consortes sostenían entonces el partido de la guerra: la duquesa con su influencia y con el favor que gozaba en la corte, y el duque con su gran reputacion y con sus continuas victorias; de suerte que el partido *tory*, que se inclinaba a la paz y aspiraba al poder, se esforzaba en vano por derribar a sus poderosos rivales. Pero una causa tan fútil como inopinada vino a echar por tierra el poder de la favorita. La reina y *lady* Marlborough habían mandado hacer al mismo tiempo unos guantes; pero la duquesa, mas impaciente que su augusta señora, dió a entender a la guantera que no había dificultad en que fuese ella servida antes que la reina. Pasados algunos dias, Ana pidio sus guantes con imperio: una dama de honor, enemiga de la duquesa, escusó a la guantera, informando a la reina de cuanto había pasado, y se prevalió de esta coyuntura con tanta malignidad que logró hacer pasar a la duquesa por una favorita insolente e insoportable. Por último, la guantera misma acabó de agriar el humor de la reina Ana refiriéndole el cuento con toda la posible perfidia. Este lijero incidente puso a los cortesanos en fermentacion; la intriga empezó a minar el terreno de la duquesa; el partido tory, a cuyo frente se hallaba el mariscal de Tallard, convirtió el asunto en cuestion política, y la duquesa de Marlborough perdió enteramente el favor de su soberana.

Con la caida de la favorita cayó el partido *wigh*, que era el de los aliados del emperador de Alemania. El nuevo gobierno se apresuró a ajustar la paz con la Francia, y las demas naciones, viéndose abandonadas de la Inglaterra, ajustaron tambien la paz con Luis XIV. Tal es a vezes el orijen de los mas importantes acontecimientos: la Providencia se burla de la sabiduría y de la grandeza de los hombres, cambiando la suerte de las monarquías por las causas mas fútiles y aun ridículas. En esta ocasion, una intriguilla de mujeres salvó a Luis XIV de las consecuencias desastrosas de una guerra, que ni su sabiduría, ni sus ejércitos, ni sus grandes recursos hubieran podido evitar.

Esta clase de acontecimientos suceden, pero no con frecueucia; ni es bastante su autoridad para desacreditar por completo la prudencia y la penetracion de los hombres. Son como las enfermedades que suelen alterar la economia de un cuerpo sano, cuyo estado normal es la salud y robusiez. Es, pues, necesario que los que están destinados a gobernar el mundo cultiven sus facultades de penetracion y prudencia; y si quieren cultivar la fortuna, aprendan a acomodarse a todas las circunstancias; empresa muy árdua y, hasta hoy, insuperable.

Hay dos clases principales de caracteres: unos vivos y osados, otros pausados y circunspectos; y como estas causas normales dependen de una causa física, es casi imposible que un príncipe pueda doblegar su carácter al imperio de las circunstancias, variando de color con la facilidad del camaleon. Hay siglos en que los acontecimientos favorecen a esos hombres de carácter atrevido y emprendedor, que parecen nacidos para cambiar la faz de la tierra: las revoluciones, las guerras y el vértigo belicoso que suele apoderarse de los reyes en determinadas épocas, ofrecen a un conquistador mil ocasiones favorables a sus designios. El mismo Hernan Cortés, en su conquista de Méjico, fue favorecido por las guerras civiles de los americanos.

Otros siglos hay en que el mundo, menos ajitado, quiere ser rejido con dulzura, prudencia y circunspeccion: es la calma bonancible que viene siempre en pos de la tempestad. Entonces encuentran ocupacion los caracteres prudentes y sesudos; las negociaciones diplomáticas son mas eficazes que las batallas, y el hábil estadista consigue con su pluma lo que no podría conseguirse con la espada.

Si un jeneral de ejército pudiese ser a un tiempo atrevido y circunspecto, sería casi siempre invencible. Fabio, con su lentitud, destruia los ejércitos de Anibal; porque aquel prudente romano sabía que los cartajineses carecian de dinero y de reclutas, y que, sin necesidad de pelear, moririan los enemigos de consuncion. La política de Anibal, por el contrario, le obligaba a buscar los combates. Su verdadera fuerza consistia en la iniciativa del principio de accion, y era preciso obrar con prontitud para establecerse solidamente en el pais, por el terror que inspiran siempre las acciones rápidas y brillantes; y solo así podría hallar los recursos de que tanto necesitaba.

Si en el año de 1704 el elector de Baviera y el mariscal de Tallard no hubiesen salido de Baviera para avanzar hacia Blenhcim y Hoghstet, queriendo hacer de este modo gala de su estupidez, se hubieran mantenido dueños de toda la Suabia; porque el ejército de los aliados, no pudiendo sostenerse por mas tiempo en Baviera, por falta de víveres, se hubiera visto obligado a retirarse hacia el Mein, y finalmente a disolverse. Fue, pues, una falta de circunspeccion en el elector haber confiado al éxito de una batalla, memorable y gloriosa para la Alemania, la posesion de un territorio que pudo haber conservado facilmente; falta que fué castigada con la derrota total de los franceses y y bávaros, y con la pérdida de la Baviera y todo el territorio situado entre el Alto-Palatinado y el Rhin.

Los que abogan por los caracteres intrépidos y fogosos no hablan nunca de los temerarios que han perecido, sinó de los que han logrado vencer con la ayuda de la fortuna. Sucede en esto como en materia de apariciones y profecías: todos se olvidan de las muchas que han resultado falsas, y solo se acuerdan de las pocas que se han realizado. Esta clase de acontecimientos debieran esplicarse por las causas que los motivaron, en vez de querer esplicar las causas mismas, que se desconocen, por los efectos que han producido.

En mi oponion los pueblos gobernados por príncipes atrevidos viven amenazados de continuos peligros, porque está en el carácter del hombre osado

arriesgarlo todo por conquistarse poder y gloria; mientras que el soberano pacifico y circunspecto, si bien no es apto para ejecutar heroicas acciones, es mas a propósito para gobernar. El uno aventura sus estados; el otro los con-conserva; y para que cada cual en su esfera, pueda llegar a ser gran hombre, es preciso que venga al mundo en tiempo oportuno, sin lo cual sus talentos le serian mas perniciosos que útiles. Todo hombre que raciocina, y principalmente los que estan destinados a gobernar a los demas, deberian trazarse un plan de conducta tan lójico y razonado como una demostracion matemática: por este medio conseguirian ser siempre consecuentes en su modo de obrar, sin separarse de su objeto, y podrian aprovechar mejor las coyunturas y acontecimientos, encaminándolos al logro del fin meditado.

Pero esos príncipes de quienes exijimos tantos y tan raros talentos ¿no son hombres como los demas? Mientras no sean dotados de una naturaleza superior a la humana, es imposible que llenen todos sus deberes con la perfeccion deseada. Mas facil es encontrar el Fenix de los poetas o las unidades de los metafísicos que el hombre de Platon. Justo es, pues, que los pueblos se contenten con los esfuerzos que hacen sus soberanos para hacerse dignos de su elevado cargo, y que toleren sus defectos, cuando esten compensados con buenas cualidades y sanas intenciones. Nada es perfecto en el mundo; la flaqueza y el error son propiedades inseparables del hombre. El príncipe mas perfecto sería aquel que menos se asemejase al príncipe de Maquiavelo; y el pais mas dichoso sería aquel en que existiese una mutua induljencia entre el soberano y sus súbditos, que haria revivir entre ellos ese amoroso espíritu de confraternidad, sin el cual la vida es una carga pesada y el mundo un valle de amarguras.

CAPITULO XXVI. (1)

Exhortacion para libertar la Italia del yugo de los estranjeros.

Cuando repaso las materias que contiene este libro, y me detengo a examinar si las circunstancias en que nos hallamos serán o no favorables para el establecimiento de un gobierno nuevo, que fuese tan ventajoso para Italia, como honroso a su autor, me parece qne no ha habido ni habrá tiempo mas oportuno de llevar a ejecucion una empresa tan gloriosa.

Si fue preciso que el pueblo de Israel estuviera esclavizado en Ejipto para apreciar las raras prendas de Moisés; que los Persas jimiesen en la opresion de los Medos para conocer todo el valor y la magnanimidad de Ciro; en fin, si los Atenienses no hubieran percibido tan vivamente la importancia de los beneficios de Teseo, a no haber esperimentado los males inherentes a la vida errante y vagamunda; ha sido necesario tambien que, para apreciar el mérito y talento de un libertador de Italia, se viera nuestro infausto pais maltratado mas cruelmente que la Persia; que sus habitantes hayan estado mas dispersos que los Atenienses; y en fin, que hayan vivido sin leyes y sin jefes, saqueados, divididos y esclavizados por los estranjeros.

Alguna vez, en verdad, han aparecido varones de un mérito tan singular, que pudiera habérseles creido enviados por Dios para libertarnos; pero no parece tambien sinó que la fortuna celosa se empeñó en abandonarlos en la mitad

(1) Este capítulo está suprimido en varias traducciones a diversos idiomas; pero nosotros hemos creido conveniente no mutilar en nada la obra.

de su carrera (1); de suerte que nuestra desgraciada patria jime todavía exánime, y se consume esperando algun redentor que ponga fin a la devastacion y frecuente saqueo de la Lombardía, de la Toscana y del reino de Nápoles; pide al cielo que levante algun príncipe poderoso para sacarla del yugo pesado y aborrecible de los estranjeros, para cicatrizar las hondas llagas que tiene abiertas tanto tiempo ha, y para conducirla bajo sus estandartes a una victoria permanente contra tan crueles opresores.

Pero ¿en quién podrá la Italia poner los ojos sinó en vuestra casa, que, sobre hallarse visiblemente favorecida del cielo, y en el dia encargada del gobierno de la Iglesia (2), posee además la sabiduría y el poder necesarios para intentar una empresa tan noble? Yo no creo que os presente obstáculos invencibles la ejecucion de este proyecto, si considerais que los grandes príncipes, que os pueden servir de norma, no eran mas que hombres poderosos como vos, aunque su mérito les haya elevado sobre los demas de su especie; y a la verdad ninguno de ellos se halló en una situacion tan favorable como la vuestra. Debo añadir que, estando tambien la justicia de vuestra parte, su causa no podia ser mas lejítima, ni Dios estar por ellos mas bien que por vos. Toda guerra es justa desde que es necesaria; y es humanidad tomar las armas por la defensa de un pueblo, cuando está en ellas su único y postrer recurso. Todas las circunstancias concurren a facilitar la ejecucion de un designio tan noble; y basta para llevarle a buen término, caminar por las huellas que dejaron los hombres ilustres que os he dado a conocer en el discurso de esta obra. ¿Es acaso necesario que hable el cielo? Pues ya ha manifestado tambien su voluntad por señales prodijiosas. Se ha visto al mar abrirse y dar paso por sus abismos; a una nube señalar el camino que se debe seguir; brotar agua de una roca, y caer maná del cielo. Todo lo demas debemos hacerlo nosotros. pues Dios no nos ha dotado de intelijencia y de voluntad sinó es para alcanzar la porcion de gloria que nos está reservada.

Si ninguno de nuestros príncipes ha podido hasta ahora hacer lo que se espera de vuestra ilustre casa, y si la Italia ha sido en sus guerras constantemente desgraciada, consiste en que no ha acertado a reformar sus instituciones militares aboliendo el antiguo método de pelear, y tomando otro mas adaptable a las luzes del dia.

Nada honra mas a un príncipe nuevo, ni influye tanto en alcanzarle la admiracion y respeto de sus súbditos, como las instituciones y leyes nuevas que establece, cuando estas son buenas y van acompañadas de un carácter de grandeza. La Italia se halla indudablemente bien dispuesta para recibir nuevas formas. A sus habitantes de ningun modo les falta valor; les faltan buenos jefes: y prueba de esto es, que los italianos son muy diestros en los desafios y en otras contiendas particulares, al paso que en las batallas aparece casi apagado su coraje. Un fenómeno tan raro no puede atribuirse sinó a la debilidad e impericia de los oficiales, que no saben hacerse obedecer por aquellos que conocen o presumen conocer el oficio de la guerra; y así vemos que las órdenes de los principales capitanes de nuestro tiempo no se han ejecutado jamás con exactitud y celeridad. Hé aquí porqué los ejércitos levantados en Italia para las guerras que hemos tenido de veinte años acá, han sido casi siempre derrotados. Basta acordarse de las batallas de Tar, Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Maestri.

Proponiéndose, pues, vuestra ilustre casa imitar a aquellos antepasados nuestros, que libertaron a su pais del dominio de los estranjeros, debe antes de

(1) Parece que el autor hace aquí alusion al P. Savenarola. (Véase su *Historia de Florencia*).
(2) Julian de Médicis, electo papa en el año de 1513, y que tomó el nombre de Leon X, llamado comunmente el *restaurador de las bellas letras*.



todo formar una milicia nacional, que es la única buena, y en cuya fidelidad puede tenerse confianza; siendo de notar que, aun cuando cada soldado en particular sea bueno, llegarán a ser todavía mejores todos reunidos, viendo que el príncipe los lleva por sí mismo al combate, los honra y recompensa.

Síguese de aquí que es indispensable tener tropas sacadas del mismo pais, si se quiere que este no sea invadido por los estranjeros. La infantería suiza y la española son muy apreciables; pero ni la una ni la otra carecen de defectos, que pueden evitarse en la formacion de la nuestra, y hacerla superior a ellas. Los españoles no pueden resistir el choque de los escuadrones, ni los suizos sostenerse al frente de una infantería tan valiente y obstinaba como la suya, sin volverle la espalda. En efecto, se ha visto y se verá mucho tiempo que las tropas de infantería española no pueden resistir el choque de la caballería francesa, y que a la infantería suiza puede arrollarla la infantería española. Si se dudara de este último supuesto, traería a la memoria la batalla de Rábena (1), en que la infantería española peleó con las tropas alemanas, que guardan en el combate el mismo orden que los suizos. Habiéndose arrojado los españoles con la impetuosidad que acostumbran, y abrigados con sus broqueles, en medio de las picas de los alemanes, fueron estos precisados a replegarse; y hubieran sido derrotados enteramente, a no haber caido sobre los españoles la caballería.

Trátese, pues, de formar una milicia que no tenga los defectos de la infantería suiza, ni los de la española, y que pueda sostenerse contra la caballería francesa: nada hay mas propio para que un príncipe nuevo ilustre su reino y adquiera una gran reputacion.

Es harto escelente para dejar perder la ocasion que se presenta, y ya es tiempo que la Italia vea quebrantadas sus cadenas. ¿Con qué demostraciones de gozo y de reconocimiento recibirían a su libertador estas desgraciadas provincias que jimen tanto tiempo ha bajo el yugo de una dominacion odiosa? ¿Qué ciudad le cerraría sus puertas, o qué pueblo sería tan ciego que rehusara obedecerle? ¿Qué rivales tendría que temer? ¿Habría un solo italiano que no corriera a rendirle homenaje? Todos se hallan ya cansados de la dominacion de estos bárbaros. Dígnese vuestra ilustre casa, fortalecida con todas las esperanzas que da la justicia de nuestra causa, formar una empresa tan noble, a fin de que recobre nuestra nacion bajo vuestras banderas su antiguo lustre, y sea tal que pueda cantar con mejores auspicios aquellos versos de Petrarca:

Virtú contro al furore
Prenderá l' arme, e fia il combatter corto,
Che l' antico valore
Negl' italici cuor non é ancor morto.

Exámen.

De las diversas clases de negociaciones y de las causas que pueden motivar justamente una declaracion de guerra.

Ya hemos visto en el curso de esta obra la falsedad de los argumentos que ha empleado Maquiavelo para fascinar al lector, disfrazando a los malvados con máscaras de grandes hombres. A arrancarles esta máscara se han

(1) Se dió el dia 11 de abril de 1512; y aunque en ella quedó victoriosa la Francia, tuvo que llorar la pérdida irreparable del vencedor, el maiogrado jóven Gaston de Foix, sobrino de Luis XII, No contento con haberle cubierto de gloria delante de Rávena, de haber antes rechazado un ejército de suizos, y lanzado al papa de Bolonia, atravesando rápidamente cuatro rios, perseguia á un cuerpo de españoles que iba de retirada, cuando fue muerto.

dirijido todos mis esfuerzos, a fin de desengañar a muchos de la idea erronea que se han formado, o pudieran formarse, acerca de la conducta política de los soberanos en jeneral. He dicho a los reyes que su verdadero interes está en hacerse superiores a sus súbditos en virtudes, para que no se vean estos obligados a condenar en otros los mismos vicios que tolerarian de la real persona. He probado en fin, que no bastan gloriosos hechos de armas para establecer la reputacion de un buen príncipe, sinó que debe procurar en lo posible la felizidad de su pueblo. A esto añadiré ahora, para concluir, algunas consideraciones sobre dos puntos que considero muy eseuciales eu política: el uno tocante a las negociaciones diplomáticas, y el otro referente a las causas que pueden constituir un *casus belli*.

Los embajadores y ministros residentes en las cortes estranjeras deben ser considerados en jeneral como una raza privilejiada de espias, cuya mision es observar cuidadosamente la conducta del soberano en cuya corte residen, penetrar sus designios, interpretar sus disposiciones y prever sus obras, a fin de poder informar de cuanto ocurra al príncipe que los emplea en su servicio. El principal objeto de un embajador debe ser, sin duda alguna, el de estrechar los vínculos de amistad y alianza entre los soberanos; pero, en vez de ser mensajeros de paz, son con frecuencia precursores de la guerra. La audacia, la astucia y el soborno son las armas que jeneralmente emplean para arrancar a los ministros los secretos del estado, atrayéndose a los débiles con pérfidas razones, a los orgullosos con lisonjas, y a los interesados con ricos presentes. En una palabra, hacen todo el mal que pueden porque creen pecar por deber y están seguros de la impunidad. Contra los artificios de estos espias deben los príncipes tomar justas medidas. Cuando las negociaciones diplomáticas son importantes, entonces debe el soberano examinar cuidadosamente la conducta de sus ministros, a fin de averiguar si alguna lluvia de Danae ha logrado alijerar en ellos el sueño de la virtud.

En épocas de crisis en que suele tratarse de formar alianzas, el soberano debe poner en juego toda su prudencia y discrecion; debe disecar la naturaleza de sus promesas, para que pueda cumplirlas en lo sucesivo, porque un tratado, considerado en todas sus partes y en sus consecuencias futuras, aparece con mucha mayor trascendencia de la que resulta considerándolo en conjunto. Sucede con frecuencia que aquello que a primera vista nos parece una ventaja real y positiva, no es sinó un miserable paliativo que puede acarrear la ruina del estado. A estas precauciones hay que añadir un cuidadoso esmero en la eleccion de palabras, a fin de que no pueda hacerse una distincion fraudulenta entre la significacion de los términos y el sentido que se les quiere dar.

Debiera formarse una coleccion de todas las faltas que han cometido los príncipes por lijereza o esceso de confianza para uso de los que quisieren firmar tratados o hacer alianzas en lo sucesivo. El tiempo que perderían los reyes en su lectura les serían sumamente útil en la practica de estas espinosas negociaciones.

No siempre se hacen los tratados por conducto de ministros debidamente acreditados. A vezes suelen los príncipes enviar comisionados sin carácter diplomático que hacen sus proposiciones indirectamente y con tanta mayor libertad cuanto que de este modo comprometen menos la dignidad de sus soberanos. Los preliminares de la última paz entre la Francia y la Alemania se concluyeron de esta manera, sin que el resto del imperio ni las potencias marítimas tuvieran noticia de ello.

Victor Amadeo, el príncipe mas artificioso y mas hábil de su época, sabía mejor que nadie el arte de disimular sus designios: la Europa fue victima en



mas de una ocasion de su astucia y sagazidad. Citaré en otros el ejemplo de su alianza con la Francia, cuando el mariscal de Catinat, disfrazado bajo el hábito de un monje, entró en su palacio so pretesto de escuchar su confesion, siendo el verdadero objeto del confesor y del confesado ajustar secretamente las bases de una alianza entre la Francia y la Savoya, separándose esta última del partido del emperador de Alemania. Esta negociacion se llevó a cabo con tanto silencio y destreza, que la Europa, sorprendida con las nuevas de su repentina alianza, creyó ver un fenómeno desconocido en la ciencia política. No pretendo justificar ni censurar la conducta de Victor Amadeo; he propuesto su ejemplo como modelo de habilidad y discrecion, que son cualidades necesarias a todo soberano, cuando se emplean con un fin loable.

Es regla jeneral que deban emplearse en las negociaciones hombres sagazes, penetrantes y persuasivos, que, no solo esten versados en el manejo de la intriga, sinó que sepan leer en la fisonomia los secretos del corazon.

No conviene abusar de la astucia. Sucede en esto como en el modo de usar los estimulantes que despiertan nuestro apetito: si se usan con demasiada frecuencia, gastan el paladar y pierden su virtud. La probidad, por el contrario, es un alimento simple que conviene a todos los temperamentos y que robustece el cuerpo sin irritarle.

El príncipe que llegue una vez a tener reputacion de candoroso, se captará infaliblemente la confianza de todos los soberanos de Europa; será dichoso sin apelar a la intriga, y fuerte por la sola fuerza de su virtud. La paz y la felizidad de los pueblos son el centro a donde vienen a reunirse los senderos de la sana política y el blanco de todas las negociaciones honradas.

La tranquilidad de la Europa depende muy principalmente en nuestros dias del mantenimiento del equilibrio de los poderes; con el cual se consigue que las monarquías poderosas estén contrapesadas por otros poderes reunidos. Si llegase a faltar este equilibrio, sería de temer una revolucion universal que tal vez diera por resultado el alzamiento de una nueva monarquía compuesta de los despojos de las demás. El interes de los príncipes de Europa *les aconseja*, pues, que no se descuiden en formar alianzas y hacer mutuos convenios, a fin de que, reunidos, puedan oponerse con fuerzas iguales a los designios de algun monarca ambicioso; desconfiando sobre todo, de los que traten de desunirlo, por medio de la zizaña. Acuérdense de aquel consul que, queriendo demostrar cuan necesaria es la union a los débiles, asió de la cola de un caballo, e hizo inútiles esfuerzos para arrancarla; pero luego que, separando la crines, pudo arrancarlas una a una, logró reunir en su mano fácilmente la cola entera. Esta leccion es tan útil para ciertos príncipes modernos como lo fué para las lejiones romanas: solo su union puede hacerles temibles y mantener la paz y la tranquilidad en la Europa.

El mundo sería muy dichoso si las negociaciones diplomáticas bastasen a mantener la justicia y a conservar la paz y buena armonía entre las naciones; si los hombres empleasen argumentos en vez de armas, y se contentasen con discutir en vez de matarse unos a otros. La necesidad, empero, obliga a los príncipes a recurrir a otros medios mas crueles. Hay ocasiones en que es preciso defender con las armas la libertad de los pueblos, obteniendo asi por medios violentos lo que no puede conseguirse con razones pacíficas. En estos casos el soberano juega la suerte de su pueblo en los campos de batalla; y solo entonces deja de ser una paradoja ese dicho tan conocido de un gran jeneral, que «una buena guerra da y asegura una larga paz.»

Una guerra es justa o injusta segun las causas que la provocan. Los soberanos, ofuscados a vezes por sus pasiones o por la ambicion, no ven la injusticia de su conducta, y las acciones mas violentas les parecen justificadas. La

guerra es un recurso que solo debe emplearse en casos desesperados, examinando antes si es el orgullo o la razon lo que nos mueve a emprenderla.

Hay guerras defensivas, y estas son indudablemente las mas justas.

Hay guerras de interés, que son las que emprenden los reyes para mantener sus derechos. Las armas son sus argumentos, y la suerte de los combates decide de la validez o injusticia de sus pretensiones.

Hay guerras de precaucion, que suelen emprender los príncipes por motivos de interés político. Estas guerras son ofensivas, mas no por eso menos justas. Cuando el poder jigantesco de una monarquía parece próximo a desbordarse, inspirando serios temores a los demas soberanos, es prudente oponer diques a su impetuosidad. Estos sucesos se anuncian siempre con ciertos preliminares significativos, que dan a entender al soberano amenazado la proximidad de una lucha, difícil de sostener con sus propios recursos. Es, pues, indispensable que se reuna con sus aliados para hacer frente al enemigo comun. Si los reyes de Ejipto, de Syria y de Macedonia se hubiesen ligado contra los romanos, jamas hubieran estos podido arrebatarles sus coronas: semejante alianza hubiera dado por resultado una guerra ofensiva; y probablemente el aborto de los designios ambiciosos de aquel imperio jigante, que logró sucesivamente encadenar el universo.

Siempre es prudente preferir los males conocidos a los inciertos. Vale mas que un príncipe arrostre los peligros de una guerra ofensiva, cuando aun es dueño de optar entre el laurel y la oliva, que aguardar a que su adversario le declare la guerra en momentos menos propicios, cuando tal vez no consiga sinó retardar por algun breve tiempo el desastre que le amenaza. Es mas prudente vivir sobre aviso que esperar el aviso de otros: los que han observado esta máxima conocen su utilidad.

Muchos príncipes han tomado parte en las guerras de sus vecinos, sin mas interés que el de cumplir sus tratados de alianza, en virtud de los cuales se han visto obligados a suministrarles un número determinado de tropas auxiliares. Estos compromisos son hijos de la necesidad, porque, como los soberanos no pueden conservar sus tronos sin prestarse ayuda mútuamente, ni hay príncipe alguno en Europa que pueda hacerse respetar con sus solas fuerzas, de aquí resulta esa necesidad de prestarse mútuamente auxilio en los momentos de peligro, contribuyendo cada cual con sus fuerzas a la seguridad de todos. El éxito de la guerra suele favorecer a unos aliados mas que a otros, segun el rumbo que toman los acontecimientos; pero esta desigualdad en los beneficios, imposible de prever ni de equiparar, no impide que los tratados se hagan y se cumplan con la mas relijiosa escrupulosidad, cómo lo aconsejan la honradez y la sabiduría. Las alianzas son tambien de gran valor para los mismos pueblos, porque hacen mas eficaz la proteccion que les debe el soberano.

Podemos, pues, concluir que toda guerra que tenga por objeto rechazar la usurpacion, mantener lejítimos derechos y garantizar la libertad del mundo, es conforme a la justicia; y el soberano que la emprenda con este fin, no será nunca responsable de la sangre derramada, porque obrará por necesidad, y porque la guerra en ciertos casos es preferible a la paz.

En otros tiempos, los príncipes desdeñaban las alianzas, prefiriendo vender sus soldados a la parte mas jenerosa, y traficando vilmente con la sangre de sus súbditos. La institucion del soldado tiene por objeto la defensa de la patria: venderle a un estraño como se venden las fieras para un anfiteatro, es deshonrar la noble carrera militar y pervertir el objeto de la guerra. Dícese que es sacrilejio vender las cosas sagradas; ¿y hay algo mas sagrado que la sangre del hombre?

Las relijiosas, si son intestinas, se deben jeneralmente a la imprudencia del

soberano. Cuando este favorece a una secta mas que a otra, cuando reprime o ensancha demasiado al ejercicio público de ciertas relijiones, o cuando se mezcla él mismo en cuestiones de partido, no debe estrañar que el fanatismo encienda la tea de la discordia. El medio mas seguro de versé libre de las tempestades que el espíritu dogmatico de los teólogos suscita con tanta tenazidad entre los hombres, es mantener la preponderancia del gobierno civil en su mayor vigor, dejando a cada cual la libertad de su conciencia. El príncipe debe siempre ser rey y nunca monje.

En cuanto a las guerras relijiosas que se mueven en el esterior, debo decir que son el colmo del absurdo y de la injusticia. Salir de Aix la Chapelle para ir a convertir a los sajones con la espada como hizo Carlo Magno, o equipar una flota para obligar al sultan a que se haga cristiano, son empresas que no es posible calificar. La manía de las Cruzadas pasó ya, y ¡quiera el cielo que nunca vuelva!

En jeneral la guerra es tan fecunda en calamidades, son tan inciertos sus resultados y tan funestas sus consecuencias, que nunca son inútiles los esfuerzos que haga el soberano para evitarla. Las violencias que cometen las tropas en un pais enemigo son nada en comparacion de los males que amenazan a los estados del príncipe belicoso. Estoy persuadido que, si los monarcas tuviesen a la vista el cuadro fiel de las miserias que preparan a los pueblos con una simple declaracion de guerra, no serían insensibles a un espectáculo tan doloroso. Los reyes no pueden formarse una idea exacta de estos males que no conocen, porque su condicion les pone al abrigo de estas calamidades de la guerra. ¿Cómo es posible que sientan el peso de las contribuciones que agobian a los pueblos, la falta de la juventud trabajadora que cambia la azada par el fusil, el estrago de las epidemias que diezman el ejército, el horror de la batalla, la desesperacion del soldado mutilado, que pierde quizás con los miembros de su cuerpo el único instrumento de su industria, el dolor de la viuda y del huérfano y la pérdida de tantos hombres útiles al estado, que mueren antes de tiempo privando a la patria de sus servicios?

Los reyes que tratan a sus súbditos como si fueran esclavos, esponen sus vidas sin piedad y los llevan a la matanza con bárbara indiferencia; pero los príncipes que tratan a los demas hombres como a sus iguales, y qúe saben que el pueblo es un cuerpo, del que ellos son el alma, economizan siempre que pueden la sangre de sus súbditos.

Antes de concluir esta obra, ruego a los soberanos que no se ofendan de la libertad con que les hablo: mi objeto es decir la verdad, exhortar a los hombres todos a que practiquen la virtud, y no adular a ninguno. La buena opinion que tengo de los príncipes que reinan actualmente en el mundo, me hace creer que son dignos de escuchar la verdad. (1) Solo a un Neron, a un Alejandro VI, a un Cesar Borja o a un Luis XI, sería peligroso decirla. Gracias al cielo, la Europa se ve libre de semejantes monstruos; y el mejor elojio que puede hacerse de sus actuales soberanos es decir que un escritor se atreve a censurar las vicios que degradan a los reyes, y las leyes contrarias a la justicia.

(1) Escribia el autor en 1740.

89

270

574

82 40

139,



